

El sendero del

TAO

OSHO

Kairós

OSHO

EL SENDERO DEL TAO

Traducción del inglés de Indra Dhanu Ramírez

editorial **K**airós

Título original: TAO: THE PATHLESS PATH

Selección de textos

© 2002 Osho International Foundation www.osho.com/copyrights

OSHO® es una marca registrada de OSHO International Foundation Switzerland

www.osho.com/trademark

All rights reserved

© de la edición en castellano:

2003 by Editorial Kairós, S.A.

Numancia 117-121, 08029 Barcelona, España

www.editorialkairos.com

Diseño cubierta: A. Pániker

Primera edición en papel: Octubre 2003

Primera edición digital: Junio 2013

ISBN papel: 978-84-7245-557-3

ISBN epub: 978-84-9988-265-9

ISBN kindle: 978-84-9988-266-6

ISBN Google: 978-84-9988-267-3

Depósito legal: B 16.583-2013

Composición: Pablo Barrio

El material de este libro ha sido seleccionado entre varias charlas dadas por Osho ante una audiencia durante un periodo de más de treinta años. Todos los discursos de Osho han sido publicados íntegramente en inglés y están también disponibles en audio. Las grabaciones originales de audio y el archivo completo de textos se pueden encontrar on-line en la biblioteca de la www.osho.com.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

SUMARIO

Introducción

- 1. ¿Quién es verdaderamente feliz?**
- 2. Un hombre que sabe cómo consolarse**
- 3. Sin arrepentimiento**
- 4. No hay descanso para los vivos**
- 5. Es mejor estar quieto, es mejor estar vacío**
- 6. Acatar la Torá, estar abierto al Tao (preguntas y respuestas)**

Sobre el autor

Resort de Meditación OSHO Internacional

Más información

EL SENDERO DEL TAO

INTRODUCCIÓN

Una parábola taoísta:

Existe una estatua de Lao Tzu, el fundador del Tao. Un joven lleva años pensando en ir a las montañas y conocer la estatua de Lao Tzu. El joven ama las palabras, la forma en que Lao Tzu ha hablado, el estilo de vida que ha llevado, pero nunca ha visto una estatua suya. No existen templos taoístas, así que hay muy pocas estatuas y todas están en las montañas, al aire libre, talladas en la misma montaña, sin techo, sin templo, sin sacerdote, sin culto.

Pasan los años, y siempre muchas cosas se interponen. Pero una noche decide finalmente que debe ir, además el lugar no está lejos, sólo queda a cien millas de distancia, pero como él es pobre tendrá que caminar. A media noche –elige la noche porque al estar dormidos la esposa, los hijos y la familia no se le presentará ningún problema– coge una lámpara en sus manos, pues la noche es oscura, y se aleja del pueblo.

Al salir del pueblo y dirigirse al primer mojón, surge en él un pensamiento: «¡Por Dios, cien millas, y sólo tengo dos pies! Esto me va a matar. Estoy pidiendo lo imposible. Nunca he caminado cien millas y no hay carretera...». El camino es estrecho, de montaña, sólo para caminantes y también peligroso, así que piensa: «Vale la pena esperar a que amanezca. Al menos habrá luz y veré mejor; de otro modo me despeñaré en algún punto de este estrecho sendero y desapareceré sin ver la estatua de Lao Tzu; sería el final, simplemente. ¿De qué sirve suicidarse?».

Estaba en ésas, sentado a las afueras del pueblo, cuando se le acercó un anciano a la salida del sol. Vio al joven sentado y le preguntó:

–¿Qué estás haciendo aquí?

El joven se lo explicó.

El anciano rió. Dijo:

–¿No has escuchado el viejo refrán? Nadie es capaz de dar dos pasos al mismo tiempo. Sólo puedes dar un paso a la vez: los poderosos, los débiles, los jóvenes, los viejos; no importa. Y el refrán continúa: «solamente paso a paso puede un hombre recorrer diez mil millas», ¡y este camino sólo tiene cien! No seas estúpido. Además, ¿quién te está diciendo que sigas sin parar? Puedes tomarte tu tiempo; pasadas diez millas puedes descansar un día o dos, disfrutar. Éste es uno de los valles más hermosos y ésta una de las más hermosas montañas, y los árboles están llenos de frutos, frutos que a lo mejor ni siquiera has probado. De todas maneras, yo me dirijo allí. Puedes venir conmigo. He hecho este camino miles de veces; además tengo por lo menos cuatro veces tu edad. ¡Levántate!

El anciano era muy autoritario. Cuando dijo: «¡Levántate!», el joven simplemente se puso en pie. Le dijo, además:

–Dame tus cosas. Eres joven, inexperto; cargaré con tus cosas. Tú sólo sígueme y ya descansaremos tanto como quieras.

Y lo que había dicho el anciano era verdad. En cuanto se adentraron más profundamente en el bosque y las montañas, todo se fue volviendo más y más hermoso. Y las frutas eran silvestres, jugosas. Además, iban descansando: cada vez que el joven deseaba detenerse, el anciano accedía. Le sorprendía que el anciano nunca dijera que era hora de descansar. Pero, cada vez que el joven decía que era hora de descansar, el anciano estaba dispuesto a hacerlo: descansaban un día o dos y luego retomaban la ruta.

De esta forma recorrieron sin problemas las cien millas y llegaron al final del sendero; entonces tuvieron acceso a una de las estatuas más hermosas de uno de los hombres más grandes que ha caminado sobre la tierra. Incluso su estatua tenía algo; no era sólo una pieza de arte. Había sido creada por artistas taoístas para representar el espíritu del Tao.

El Tao cree en la filosofía del dejarse llevar. Cree que tú no tienes que nadar sino flotar en el río, simplemente debes permitir que el río te lleve a donde va, porque cada río llega finalmente al océano. Así que no te preocupes; llegarás al océano. No hay necesidad de estar tenso.

En aquel lugar solitario se alzaba la estatua y, precisamente junto a ella había una cascada, pues al Tao se le llama el camino de la corriente de agua. Tal como el agua, sigue y sigue fluyendo sin manuales, sin mapas, sin reglas, sin disciplina... pero de una forma un tanto extraña,

El Tao cree en la filosofía del dejarse llevar. Cree que tú no tienes que nadar sino flotar en el río, simplemente debes permitir que el río te lleve a donde va. muy humildemente, porque siempre está buscando la posición más baja en todas partes. Nunca va cuesta arriba. Siempre va cuesta abajo, pero llega al océano, a su propio origen.

Toda la atmósfera del lugar era representativa de la idea taoísta del dejarse llevar. El anciano dijo:

–Ahora empieza el recorrido.

El joven dijo:

–¿Qué? Pero si yo creía que después de caminar estas cien millas la ruta habría terminado.

–Así es precisamente como los maestros han estado hablando a la gente –contestó el anciano–. Pero la realidad es ahora: desde este punto, desde esta atmósfera, comienza una ruta de mil y una millas. Y no te voy a engañar, porque después de mil y una millas te encontrarás con otro anciano, posiblemente yo, que te dirá: «Ésta es sólo una parada, continúa». El mensaje indica continuar.

El recorrido mismo es la meta.

Es infinito. Es eterno.

1. ¿QUIÉN ES VERDADERAMENTE FELIZ?

Cuando Lieh Tzu estaba comiendo a la vera del camino, en la ruta a Wei, vio una calavera centenaria. Cogió una vara y señaló hacia la calavera y, dirigiéndose a su discípulo Pai Feng, dijo: «Sólo ella y yo sabemos que tú nunca has nacido y nunca morirás. ¿Crees que es ella la desgraciada? ¿Crees que somos nosotros los verdaderamente felices?».

Disfruto mucho con Lieh Tzu. Él es una de las expresiones más perfectas de lo inexpresable. La verdad no se puede expresar; esa imposibilidad de expresión es intrínseca a la verdad. Miles y miles de personas han intentado expresarla, sólo unos pocos han conseguido dar apenas un reflejo de la verdad. Lieh Tzu es uno de esos poquísimos; es un ser poco común.

Antes de entrar en su mundo, se tienen que entender algunas cosas sobre él y su enfoque. Su enfoque es el de un artista –poeta, narrador–, es un maestro narrador. Siempre que alguien ha experimentado la vida, su experiencia ha florecido en parábolas; ésta parece ser la manera más fácil de dar una indicación de aquello que no puede ser dicho. Una parábola es un recurso, un gran recurso. Éste no es simplemente un relato ordinario. Su propósito no es entretenerte. Su propósito es decir algo que no puede ser dicho de otra manera. La vida no puede incluirse en una teoría; es demasiado vasta, es demasiado infinita.

Una teoría es cerrada por su propia naturaleza. Una teoría tiene que ser cerrada si es una teoría. No puede tener un final abierto, de otra manera carecerá de significado. Una parábola tiene un final abierto: dice y aun así deja mucho por decir; solamente señala. Y aquello que no puede ser dicho puede ser indicado. Es un dedo que señala la luna. No te quedes con el dedo –es algo irrelevante– mira la luna. Estas parábolas son bellas de por

sí, pero ése no es su propósito... van más allá, son trascendentales. Si diseccionas la propia parábola no llegarás a comprender demasiado.

Es algo similar al ombligo en el ser humano. Si vas a un cirujano y le preguntas cuál es el propósito del ombligo en el cuerpo, y él disecciona el cuerpo, no encontrará ninguna explicación. El ombligo parece casi inútil. ¿Cuál es el propósito del ombligo? Tuvo uno cuando el niño estaba en el vientre de su madre: su propósito fue relacionar al niño con la madre, conectar al niño con la madre. Pero ahora el niño ya no está en el vientre: puede que la madre haya muerto, que el niño haya envejecido. Entonces, ¿cuál es el propósito del ombligo? Tiene uno trascendental: no tiene un propósito por sí mismo. Tendrás que observar alrededor, por todas partes, para encontrar la indicación, hacia dónde señala. Señala que ese ser humano fue niño una vez, que el niño estuvo una vez en el vientre de la madre, que el niño estuvo conectado con la madre. Se trata sólo de una marca que ha dejado el pasado.

Así como el ombligo muestra algo del pasado, una parábola muestra algo del futuro. Muestra que hay una posibilidad de crecimiento, de estar conectado con la existencia. Ahora mismo es sólo una posibilidad, no es definitiva. Si sólo diseccionas la parábola, se convierte en una narración ordinaria. Si no la diseccionas y en cambio absorbes simplemente su significado, su poesía, su música, si olvidas la narración y sólo te quedas con el significado, pronto verás que señala hacia un futuro, hacia algo que puede ser pero todavía no es. Es trascendental.

En Occidente, a excepción de las parábolas de Jesús no existe nada similar a las de Lieh Tzu, Chuang Tzu, el Buda... no existe nada como las parábolas de estas personas; sólo las de Jesús. E incluso las parábolas de Jesús son de una cualidad tal que sin duda debió haberlas traído de Oriente. Están las parábolas de Esopo, pero son también reflexiones del libro de parábolas más importante de Oriente, el *Panchatantra*. La parábola es una invención oriental y de tremenda importancia.

Así que lo primero que debe entenderse de Lieh Tzu es que él no es un teórico, no te dará ninguna teoría. Él simplemente te dará parábolas.

Una teoría se puede diseccionar; en ello está su significado. No tiene trascendencia, el significado es inmanente. Una parábola no puede ser diseccionada. Disecciónala y morirá. El significado es trascendental; no está en ella. Está en otra parte. *Tiene* que estar. Tienes que vivir la parábola; entonces captarás su significado. Tiene que convertirse en tu corazón, en tu respiración. Tiene que convertirse en tu ritmo interior.

De ahí que estas parábolas sean tremendamente artísticas, pero no mero arte. Contienen una gran religiosidad.

Una teoría se puede diseccionar; en ello está su significado. No tiene trascendencia, el significado es inmanente. Una parábola no puede ser diseccionada. Disecciónala y morirá. El significado es trascendental; no está en ella.

Lieh Tzu tampoco es un teólogo. No habla de Dios. Él *expresa* a Dios pero no habla *de* Dios. Todo lo que dice viene de la fuente, pero él no habla *de la* fuente. Deja que esto te quede muy claro. Hay dos clases de personas: unas hablan de Dios; son los teólogos. Otras *transmiten* a Dios; son los místicos. Lieh Tzu es un místico. El hombre que habla de Dios no ha conocido a Dios. De ser así, ¿por qué “hablar de”? El “de” muestra su ignorancia. Cuando una persona transmite a Dios, ha experimentado. Entonces Dios no es una teoría a probar o desaprobado, no; entonces Dios es su propia vida, algo que tiene que vivirse.

Para comprender a un hombre como Lieh Tzu, tendrás que vivir una vida auténtica. Sólo entonces, a través de tu propia experiencia, serás capaz de sentir lo que él quiere expresar con sus parábolas. No se trata de que puedas aprender las teorías y llegues a informarte; la información no ayudará. A menos que *sepas*, nada va a ayudar. Por tanto, si estas parábolas crean en ti una sed de saber, un gran deseo de saber, un hambre enorme de saber, si estas parábolas te llevan por una ruta desconocida, en un peregrinaje, sólo entonces, sólo al recorrer el camino, te llegarás a familiarizar con él.

Hay dos clases de personas: unas hablan de Dios; son los teólogos. Otras *expresan* a Dios; son los místicos.

Lieh Tzu, Chuang Tzu y Lao Tzu, los tres maestros taoístas hablan únicamente del camino. *Tao* significa “el camino”; ellos no hablan en absoluto de la meta. Dicen: la meta ya se cuidará por sí misma; no necesitas preocuparte por la meta. Si conoces el camino conoces la meta, porque la meta no está al final mismo del camino. La meta está a todo lo largo del camino; a cada momento, a cada paso está allí. No se trata de que al finalizar el camino llegas a la meta; a cada momento, donde quiera que estés, estás en la meta si estás en el camino. Estar en el camino es estar en la meta. Por consiguiente, ellos

no hablan de la meta, no hablan de Dios, no hablan de *moksha*, nirvana, iluminación; no, absolutamente no. Muy simple es su mensaje: tienes que encontrar el camino.

Las cosas se vuelven un poco más complicadas porque ellos dicen que el camino no tiene mapa, el camino no está trazado, el camino no implica que puedas seguir a alguien y encontrarlo. El camino no es como una gran autopista; el camino es como un pájaro que vuela en el firmamento; no deja rastros tras de sí. El pájaro ha volado, pero no quedan rastros; nadie puede seguirlos. Por tanto, el camino es un camino sin sendero. *Es un camino, pero es un camino sin sendero.* No está hecho de antemano, no está disponible. No puedes simplemente decidir recorrerlo; tendrás que encontrarlo. Y tendrás que encontrarlo a tu manera. El camino de otros no va a servir.

El Buda lo ha recorrido, Lao Tzu lo ha recorrido, Jesús lo ha recorrido, pero estos caminos no te van a servir de ayuda porque tú no eres Jesús, no eres Lao Tzu, no eres Lieh Tzu. Tú eres tú, un individuo único. Sólo al caminar, sólo al vivir tu vida encontrarás el camino. Esto es algo de gran valor.

Por eso el taoísmo no es una religión organizada, no puede serlo. Es una religión *orgánica*, pero no una religión *organizada*. Tú puedes ser taoísta si vives tu vida de forma auténtica, espontáneamente, si tienes el coraje de ir hacia lo desconocido a tu manera, individualmente, sin apoyarte en otro, sin seguir a nadie, simplemente yendo hacia la noche oscura sin saber si llegarás a algo o si te perderás. Si tienes el valor, el riesgo está allí; es arriesgado, es osado.

El cristianismo, el hinduismo, el mahometismo son grandes autopistas. No necesitas arriesgar nada, tú simplemente sigues a la multitud, vas con la masa. Con el Tao tienes que ir solo, tienes que estar solo. El Tao respeta al individuo, no a la sociedad. El Tao respeta al que es único y no a la multitud. El Tao respeta la libertad y no la conformidad. El Tao no tiene tradición. El Tao es una rebelión, y la mayor rebelión posible.

Por eso llamo al Tao, “el camino sin sendero”. *Es un camino pero no como los otros caminos.* Tiene en sí una cualidad diferente: la cualidad de la libertad, la cualidad de la anarquía, la cualidad del caos. El Tao dice que si te impones a ti mismo una disciplina serás un esclavo. La disciplina tiene que surgir de tu atención consciente, entonces serás un maestro. Si impones un orden en tu vida, esto será sólo una pretensión. El desorden permanecerá profundamente, en el propio fondo de tu ser. El orden estará en la superficie, en el centro habrá desorden. Esto no va a ayudar.

El Tao respeta al individuo, no a la sociedad. El Tao respeta al que es único y no a la multitud.
El Tao respeta la libertad y no la conformidad. El Tao no tiene tradición. El Tao es una
rebelión, y la mayor rebelión posible.

El orden real surge, no de afuera sino de lo más profundo de tu ser. Permite el desorden, no lo reprimas. Enfrentalo, asume el reto del desorden. Al asumir el reto del desorden y vivirlo –vivirlo peligrosamente– surge un orden en tu ser. Este orden sale del caos, no sale de ningún modelo. Esta *gestalt* es totalmente diferente: nace dentro de ti y es fresca; no es tradicional, es virgen; no es de segunda mano. El Tao no cree en una religión de segunda mano ni en un dios de segunda mano. Si tomas al Dios de Jesús, te vuelves un cristiano; si tomas al Dios de Krishna, te vuelves un hinduista; si tomas al Dios de Mahoma, te vuelves un mahometano. El Tao dice: sin embargo, mientras no encuentres a tu Dios, no estás en el camino.

Por tanto, todos estos caminos simplemente te distraen del camino real. Al seguir a otros te extravías. Al seguir cualquier modelo de vida te vuelves un esclavo. Al seguir cualquier modelo te aprisionas a ti mismo. Y Dios, o el Tao, o el *dharma*, o la verdad, es posible sólo para alguien que sea absolutamente libre, incondicionalmente libre.

Por supuesto, la libertad es peligrosa porque no da seguridad, no da certeza. Hay gran seguridad cuando estás siguiendo a una multitud: la multitud te protege. Hay mucha seguridad cuando estás siguiendo una multitud porque, en la misma presencia de tanta gente, sientes que no estás solo y que no puedes perderte. Debido a esta seguridad estás perdido, debido a esta seguridad nunca buscas, nunca exploras y nunca investigas. Y la verdad no se puede encontrar a menos que hayas investigado, a menos que hayas investigado por tu cuenta. Si tomas verdades prestadas te vuelves erudito; pero ser erudito no implica saber.

Al seguir cualquier modelo te aprisionas a ti mismo. Y Dios, o el Tao, o el *dharma*, o la verdad, es posible sólo para alguien que sea absolutamente libre, incondicionalmente libre.

El Tao está muy en contra de la erudición. El Tao dice que si eres ignorante, y la ignorancia es tuya, está bien; al menos es tuya y lleva consigo una inocencia. Pero si estás cargado de conocimiento acumulado, escrituras, tradiciones, entonces vives una vida falsa, una pseudovida. Entonces no estás viviendo realmente, sólo tienes la

pretensión de que estás viviendo. Haces gestos impotentes, gestos vacíos. Tu vida no tiene la intensidad, la pasión; no puede tener la pasión. La pasión sólo surge cuando vas por tu cuenta, solitario, hacia el vasto firmamento de la existencia.

¿Por qué no puedes moverte tú solo? Porque no confías en la vida. Tú sigues a los mahometanos, sigues a los hinduistas, sigues a los judíos porque no confías en la vida, confías en las multitudes. Para moverse en solitario uno necesita confiar enormemente en la vida... en los árboles, en los ríos, en el firmamento, en lo eterno de todo esto: uno confía en ello. Tú confías en las concepciones creadas por el ser humano; tú confías en los sistemas creados por el ser humano; tú confías en las ideologías creadas por el ser humano. ¿Cómo pueden ser verdaderas las ideologías creadas por el ser humano?

El Tao dice que la ignorancia no es el obstáculo frente a la verdad. La erudición es el obstáculo.

El ser humano ha creado estas ideologías sólo para ocultar el hecho de que no sabe, para ocultar el hecho de que es ignorante. El ser humano es astuto, ingenioso, y puede crear racionalizaciones, pero estas racionalizaciones son falsas; no puedes avanzar con ellas hacia la verdad. Tendrás que dejarlas. El Tao dice que la ignorancia no es el obstáculo frente a la verdad. La erudición es el obstáculo.

Déjame contarte unas cuantas anécdotas.

En la gran obra de Samuel Beckett, *Esperando a Godot*, se produce este pequeño incidente; reflexiona sobre él.

Dos vagabundos, Vladimir y Estragón están en el escenario. Están allí para esperar, tal como todo el mundo está esperando, nadie sabe exactamente qué. Todo el mundo está esperando con la ilusión de que algo va a suceder. Hoy no ha sucedido, mañana va a suceder. Así es la mente humana: el día de hoy se desperdicia, pero la mente humana tiene la esperanza de que mañana algo va a suceder. Y estos dos vagabundos están sentados debajo de un árbol, esperando... esperando a Godot.

Nadie sabe exactamente quién es este Godot. La palabra se asemeja a Dios, [1] pero es sólo una semejanza y, en realidad, los dioses que estás esperando son todos Godots. Tú los has creado porque uno tiene que esperar a alguien, de otra manera ¿cómo podrías tolerar la existencia? ¿Para qué? ¿Cómo vas a posponer el vivir? ¿Cómo vas a tener

esperanzas? La vida se hará intolerable, imposible, si no hay nada que esperar. Alguien espera dinero, alguien espera poder, alguien espera la iluminación y alguien espera alguna otra cosa, pero todo el mundo está esperando, y la gente que espera es la gente que no acierta.

Estos dos vagabundos están allí sólo para esperar. Esperan la llegada de un hombre, Godot, quien se supone les proveerá de abrigo y sustento. Mientras tanto intentan pasar el tiempo con pequeñas conversaciones, chistes, juegos y discusiones sin importancia...

Así es tu vida: uno se entretiene mientras tanto con las pequeñas cosas. Lo grandioso va a pasar mañana. Godot llegará mañana. Hoy uno discute: la esposa con el marido, el marido con la esposa; asuntos menores: “pequeñas conversaciones, chistes, juegos... tedio y vacío”. Eso es lo que todo el mundo siente: tedio, vacío... “nada que hacer” es el refrán que resuena una y otra vez... Ellos dicen una y otra vez: «no hay nada que hacer»; y luego se consuelan: «Pero mañana él va a venir». En realidad, él nunca les ha prometido nada, ellos nunca lo han conocido: es una invención. Uno tiene que inventar. Ante la desdicha uno tiene que inventar el mañana y aferrarse a algo. Tus dioses, tus cielos, tus paraísos, tus *mokshas*: todo es invención. El Tao no habla de ello.

Esta representación de Samuel Beckett, *Esperando a Godot*, es esencialmente taoísta.

En medio del primer acto, dos desconocidos, Pozzo y Lucky, irrumpen en el escenario. Pozzo parece ser un hombre de recursos; Lucky, el sirviente, está siendo conducido a un mercado de las cercanías para ser vendido. Pozzo describe a los vagabundos las virtudes de Lucky, la más destacada de todas, que puede *pensar*. Para enseñárselo a ellos, hace sonar su látigo y ordena: «¡Piensa!», y sigue a continuación un largo e «histórico monólogo incoherente en el que se mezclan confusamente fragmentos de teología, ciencia, deportes y conocimientos varios, hasta que los otros tres saltan sobre él y lo hacen callar».

¿En qué consiste tu pensamiento? ¿Qué quieres decir cuando declaras, «¿Estoy pensando?» ¿Es un «histórico monólogo incoherente en el que se mezclan confusamente fragmentos de teología, ciencia, deportes y conocimientos varios...» hasta que llega la muerte y te silencia? ¿En qué consiste todo tu pensamiento? ¿En qué puedes pensar? ¿Qué hay que pensar? ¿Cómo puede uno llegar a la verdad a través del pensamiento? El pensamiento no puede proporcionar la verdad. La verdad es una experiencia y la experiencia, acontece sólo cuando cesa el pensamiento.

Por tanto, el Tao dice que la teología no va a ayudar, que la filosofía no va a ayudar, que la lógica no va a ayudar, que la razón no va a ayudar. Puedes continuar pensando y pensando y ello no será más que invención, una pura invención de la mente humana para ocultar su propia estupidez. Y así puedes seguir y seguir, un sueño puede dar lugar a otro, y ese otro sueño puede llevarte a otro... sueños dentro de sueños dentro de sueños; así es toda filosofía, toda teología.

Sueños dentro de sueños, dentro de sueños... Así prosigue la mente. Una vez empiezas a soñar, aquello no tiene final, y lo que llamas pensar es mejor llamarlo soñar. Eso no es pensar.

Puedes continuar pensando y pensando y ello no será más que invención, una pura invención de la mente humana para ocultar su propia estupidez.

Recuerda, la verdad no requiere del pensamiento; requiere experiencia. Cuando ves el sol y la luz no piensas en ellos, lo ves. Cuando te encuentras una rosa no *piensas* en ella, la *ves*. Cuando la fragancia llega a tu nariz, la hueles; no piensas en ello. Cuando estás cerca de la realidad no es necesario pensar. Entonces la realidad es suficiente, entonces la experiencia es suficiente. Cuando estás lejos de la realidad, piensas: reemplazas la realidad por el pensar. Una persona que ha comido bien no va a soñar por la noche que ha sido invitada a un festín. Una persona que ha pasado hambre durante el día seguramente soñará esa noche, que ha sido invitada a un festín. Una persona que está sexualmente satisfecha soñará con objetos sexuales. Así es toda la psicología freudiana: sueñas con cosas que te hacen falta en la vida; sueñas para compensar. Todo el enfoque taoísta también es así. Lo que dice Freud respecto al sueño, respecto al pensamiento, lo menciona el enfoque taoísta sobre el pensamiento como tal. Y el sueño es sólo una parte del pensamiento; nada más.

El pensamiento es un sueño con palabras; el sueño es un pensamiento con imágenes. Ésa es la única diferencia. El sueño es una forma primitiva del pensamiento, y el pensamiento es una forma más evolucionada del sueño, más civilizada, más culta, más intelectual, pero es lo mismo, sólo que las imágenes han sido reemplazadas por palabras y, en cierta forma, debido a que las imágenes han sido reemplazadas por palabras, se ha alejado aún más de la realidad, porque la realidad está más cerca de las imágenes que de las palabras.

Lieh Tzu no es un pensador. Permite que esto se grabe en ti profundamente; eso te ayudará a entender sus parábolas. Lieh Tzu es un poeta, no un pensador, y cuando digo “poeta” me refiero a alguien que cree en experimentar, no en especulaciones.

El poeta está en la búsqueda. Su búsqueda se dirige a la belleza, pero la belleza no es más que la verdad vislumbrada. La verdad, cuando la vislumbras sólo por un momento, aparece como belleza. Cuando la verdad se realiza completamente, entonces llegas a saber que la belleza era sólo una función de la verdad. Dondequiera que existe la verdad existe la belleza: ésta es una sombra de la verdad. Cuando la verdad es vista a través de velos, es belleza; cuando la belleza está desnuda, es verdad.

Por tanto, la diferencia entre el poeta y el místico no es muy grande. El poeta se está acercando; el místico ha llegado. Para el poeta sólo hay vislumbres de la verdad; para el místico la verdad se ha convertido en su propia vida. El poeta sólo es transportado algunas veces al mundo de la verdad y luego vuelve a caer. Para el místico la verdad se ha convertido en su morada: él vive *la* verdad.

Los poetas están muy cerca de lo religioso. Los pensadores, los filósofos, los razonadores, los teólogos, los científicos están muy lejos: la totalidad de su enfoque es verbal. El enfoque poético es existencial y el enfoque del místico es existencial por excelencia: es absolutamente existencial.

Tao quiere decir “existir en el camino”, y existir de tal forma que el camino y tú no sean dos cosas. Esta existencia es una; no estamos separados de ella. La separación, la idea de separación es muy ilusoria. Estamos unidos entre todos; somos una totalidad. No somos islas, somos un continente. Tú estás en mí, yo estoy en ti. Los árboles están en ti, tú estás en los árboles. Es un todo interconectado.

Basho ha dicho que es como si se tratase de una vasta telaraña. ¿Lo has probado? Toca la telaraña en cualquier punto y toda la telaraña empezará a sacudirse, a temblar: el todo vibra. Toca la hoja de un árbol y habrás hecho vibrar con ella a todas las estrellas. Es posible que no lo puedas ver ahora mismo, pero las cosas están tan profundamente relacionadas que es imposible no tocar las estrellas al tocar una hoja, la pequeña hoja de un árbol.

La totalidad es una; la separación no es posible. La idea misma de separación es el obstáculo. La idea de separación es lo que llamamos ego. Si estás en el ego no estás en el camino, no estás en el Tao. Cuando se abandona el ego estás en el Tao. Tao significa

“existencia sin ego”, vivir como parte de este todo infinito y no vivir como una entidad separada.

Ahora bien, se nos ha enseñado a vivir como entidades separadas, se nos ha enseñado a tener nuestra propia voluntad. Las personas vienen a mí y me preguntan: ¿Qué debemos hacer para desarrollar nuestra fuerza de voluntad?”. El Tao está contra la voluntad, está contra la fuerza de voluntad, porque el Tao está por el todo y no por la parte. Cuando la parte existe dentro del todo, cada cosa es armónica. Cuando la parte empieza a existir por su cuenta, todo se vuelve inarmónico, hay desacuerdo, conflicto, confusión. Si no estás en fusión con el todo, hay confusión. Si la fusión con el todo no se está produciendo, con seguridad habrá confusión. Cada vez que dejas de estar con el todo eres infeliz.

Tao significa “existencia sin ego”, vivir como parte de este todo infinito y no vivir como una entidad separada.

Permitamos que ésta sea la definición de felicidad: estar con el todo es estar feliz; estar con el todo es estar saludable, estar con el todo es estar en santidad. Estar separado es estar insano, estar separado es estar neurótico, estar separado es perder el estado de gracia.

La caída del hombre no se produce por haber desobedecido a Dios. La caída se produce por lo que él piensa que es. La caída se produce porque el hombre piensa que *él es* una entidad separada. Ésta es una tontería: tú no podrías haber existido si tus padres no hubieran estado presentes y los padres de tus padres y los padres de sus padres... hasta llegar a Adán y Eva. Si Adán y Eva no hubieran existido, tú no estarías aquí. Por tanto, tú estás conectado a la totalidad del pasado.

La caída del hombre no se produce por haber desobedecido a Dios. La caída se produce por lo que él piensa que es. La caída se produce porque el hombre piensa que *él es* una entidad separada.

Además, Adán y Eva son sólo un mito. El pasado no tiene comienzo, no puede tener ningún comienzo; la idea misma de un comienzo es absurda. ¿Cómo pueden empezar las cosas de repente? Ésta es una procesión sin principio de eventos. Tú estás conectado con

todo el pasado y tú estás también conectado con todo el futuro, porque sin ti el futuro no será el mismo. Puede que no seas nadie, pero dejarás tu marca. Todo el futuro, todo el futuro eterno tendrá una cierta cualidad porque tú has existido. Puede que hayas existido durante setenta años y puede que durante esos setenta años existieras conscientemente sólo durante siete segundos; aun así habrás dejado una marca: el todo no será el mismo. Si no hubieras estado ahí, las cosas habrían sido completamente diferentes. Las cosas serán ahora muy diferentes porque tú has existido. Tú continuarás. Puede que tú no hagas nada en especial, nada enorme y grandioso, nada más que una vida ordinaria pero, aun así, afectarás a todo el destino de la existencia.

Pasado, futuro –tú estás conectado–, ésta es la dimensión del tiempo. Y luego, en el espacio tú estás conectado con todo. Esos árboles, el sol, la luna, las estrellas... estás conectado con todo. Si el sol deja de existir o se enfría, como un día tiene que suceder, porque la energía se está disipando cada día... cuando se enfríe el sol, todos nos enfriaremos inmediatamente. Perderemos vida, porque la vida necesita calor; por tanto, el sol te está dando vida continuamente. Y recuerda, en la vida no hay un proceso en una sola dirección; no puede ser. Existe el dar y recibir: todas las vías van en dos direcciones. Si el sol te está dando vida, tú debes estar dándole vida al sol de una u otra forma.

George Gurdjieff le daba este sentido cuando solía decir a sus discípulos que la luna se alimenta del ser humano. Existe la posibilidad. Tú te alimentas de los animales, tú te alimentas de los árboles, cada cosa es alimento de algo. ¿Por qué tendría que ser el hombre una excepción? Gurdjieff tiene algo de razón en ello. Cada cosa es alimento de otra, entonces ¿por qué tendría que ser el hombre la única excepción, al no ser alimento de nadie? ¿Es él quien se come toda la existencia y no sirve de alimento para nadie? Eso no es posible; las cosas están enlazadas. Por eso Gurdjieff inventó la hermosa teoría de que el ser humano sirve de alimento para la luna; la luna se alimenta del hombre, de la conciencia del hombre.

Algo de verdad hay en ello, porque la luna llena enloquece a las personas. Por eso a los locos se les llama lunáticos, chiflados. Un lunático está chiflado. El océano se agita. Existe la posibilidad de que el ser humano también se agite en la noche de luna llena, porque el noventa por ciento del ser humano es océano y nada más. Un noventa por ciento de ti es simplemente océano; tú estás hecho de océano. El noventa por ciento es agua, y esta agua tiene las mismas sales que el océano, exactamente en la misma

proporción. Por tanto, cuando se alborota el océano, algo debe estar sucediendo también en tu cuerpo.

Dentro de ti, un noventa por ciento es océano; algo debe estar alborotándose. Los poetas dicen que escriben hermosas poesías en la noche de luna llena; los amantes dicen que algo se vuelve tremendamente romántico en esas noches. Además, es un hecho bien establecido en la actualidad, que más gente se vuelve loca en las noches de luna llena que en cualquier otra noche. Son pocos los que enloquecen en las noches sin luna, mientras que hay un gran número de personas que se vuelven locas cuando hay luna llena.

Tal vez Gurdjieff tiene algo de razón cuando dice que la luna se alimenta de tu conciencia. Puede que sea ficción, pero incluso ciertas ficciones contienen alguna parte de verdad, y cuando un hombre como Gurdjieff crea una ficción, tiene que haber algo de verdad en ella.

El todo está conectado. Estamos comiendo, estamos siendo comidos: por un lado tomamos, por el otro lado damos. Tú te comes una manzana; un día el manzano se alimentará de tu cuerpo, tu cuerpo se volverá un fertilizante. Cuando te estás comiendo la manzana nunca se te ocurre pensar que, a lo mejor, tu padre o tu abuelo pueden estar en la manzana, y que posiblemente te estás comiendo a tu abuela o a tu abuelo y que, algún día, tus hijos te comerán a ti.

Todas las cosas están conectadas. Esta conexión se expresa en la palabra *Tao*: la conexión, la interconexión, la interdependencia de todo. Nadie está separado, de ahí que el ego sea absurdo. Sólo el todo puede decir “Yo”; las partes no deberían decir “yo”. Si ellas lo tienen que decir, lo deberían decir como un formalismo lingüístico, pero no tendrían que apropiarse el “yo”.

Cuando existes separado de la existencia, existes en la desdicha, porque llegas a desconectarte y nadie más es responsable de ello; lo eres tú. Cuando estés feliz, observa lo que pasa. Cuando estás feliz no tienes ego. En esos momentos de felicidad, de gozo, de gracia, el ego desaparece súbitamente; tú te estás fundiendo más en el todo; los límites son menos claros, los límites están más difusos. Cuando los límites quedan completamente difusos, como si el río hubiera desaparecido en el océano, cuando todos los límites quedan difusos y eres uno vibrando con el todo, hay felicidad.

Todas las cosas están conectadas. Esta conexión se expresa en la palabra *Tao*: la conexión, la interconexión, la interdependencia de todo. Nadie está separado, de ahí que el ego sea absurdo.

Se dice que en algún lugar, en algún tiempo, vivió un rey. El rey tenía todo lo que se puede desear: riqueza, poder, incluso salud. Tenía una esposa e hijos a los que amaba, pero no tenía felicidad. Triste y sombrío se sentaba en su trono...

Es algo natural. Cuanto más tengas lo de *este* mundo, tendrás menos felicidad, porque cuanto más tienes lo de este mundo, más fuerte se vuelve tu ego, más se refuerza tu ego, más se cristaliza; de ahí la infelicidad. Por eso nunca se ha oído de reyes que hayan sido felices, o muy raramente. No es sólo una coincidencia que el Buda y Mahavira hayan dejado sus reinos para convertirse en mendigos, y al convertirse en mendigos declarasen: «Ahora nos hemos convertido en emperadores», debido a que llegaron a ser felices.

Un *sannyasin* es una persona que ha aprendido el camino del Tao y dice: «He dejado de ser “yo”. Sólo la totalidad es». Éste es el sentido de lo que Jesús dice una y otra vez: «Benditos sean los pobres de espíritu; para ellos es el reino de Dios». “Pobre de espíritu” es una referencia a la persona que no tiene ego, que es tan pobre que ni siquiera tiene la idea de “yo”, pero que es, por otro lado, la persona más rica. Por eso dice Jesús: «Aquellos que son los últimos aquí serán los primeros en el reino de Dios». Los más pobres se convertirán en los más ricos. Recuerda que “pobre” no expresa un concepto financiero; “pobre” quiere decir que una persona no es nadie. Al llegar a ser nadie te conviertes en parte del todo.

El rey debe haber sido muy infeliz. «Debo conseguir la felicidad», se dijo el rey. El médico real fue convocado.

–Quiero felicidad. Hazme feliz y te haré rico. Si no me haces feliz, te cortaré la cabeza –dijo el rey.

El médico se sintió perdido. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo hacer feliz a alguien? Nadie sabe cómo. Nadie ha sido nunca capaz de hacer feliz a otro. Pero el rey estaba loco y podía matar. El médico dijo:

–Tendré que meditar, señor, y consultar las escrituras. Vendré mañana por la mañana.

Meditó toda la noche y por la mañana llegó a una conclusión: «Es muy simple».

Había consultado sus libros, pero la felicidad no se mencionaba en los libros de medicina. El problema era difícil, pero él inventó algo, prescribió un remedio. Dijo:

–Su majestad, tiene que encontrar la camisa de un hombre feliz y apropiársela. Entonces obtendrá la felicidad y sabrá en qué consiste.

Era un remedio simple: encontrar la camisa de un hombre feliz y usarla.

El rey se alegró mucho al escuchar esto. Dijo:

–¿Así de simple?

Entonces le dijo a su primer ministro:

–Ve y encuentra un hombre feliz y tráeme su camisa tan pronto como sea posible.

El ministro se fue. Fue a ver al hombre más rico y le pidió su camisa, pero él le dijo: «Puede usted llevarse todas las camisas que quiera, pero yo mismo soy infeliz, así que enviaré también a mis sirvientes a buscar un hombre feliz y su camisa. Gracias por su remedio».

Fue luego a visitar a muchas personas, pero ninguna de ellas era feliz. No obstante, se mostraron dispuestos a ayudar a su rey: «Podemos dar nuestras vidas para que el rey llegue a ser feliz. ¿Qué decir de las camisas? Podemos dar nuestras vidas pero no somos felices; nuestras camisas no servirán».

El ministro se sintió entonces muy desgraciado. ¿Qué hacer? Ahora sería él el culpable; el médico había salido airoso, pero le había dejado con el problema y estaba muy preocupado. Entonces alguien dijo:

–No se preocupe tanto. Conozco a un hombre feliz. Usted debe haberlo escuchado alguna vez, en alguna parte; él toca su flauta por la noche, a la orilla del río. Seguramente le ha escuchado alguna vez.

Él dijo:

–Sí, algunas veces en medio de la noche me he quedado encantado. ¡Qué bellas notas! ¿Quién es ese hombre? ¿Dónde está?

–Esta noche iremos a buscarlo. Él viene sin falta cada noche.

Efectivamente, esa noche fueron a la orilla del río y encontraron al hombre tocando con su flauta algo tremendamente hermoso. Las notas tenían tanta gracia que alegraron al ministro, que exclamó:

–¡Ya he encontrado al hombre!

Cuando llegaron allí, el hombre dejó de tocar.

–¿Qué quieren ustedes?

–¿Es usted feliz? –inquirió el ministro.

–Soy feliz, soy *felicidad*. ¿Qué quiere usted?

El ministro danzaba de contento.

–Sólo quiero que me dé su camisa.

El hombre permaneció en silencio.

–¿Por qué se queda callado? –preguntó el ministro–. ¡Entrégue me su camisa! El rey la necesita.

–Esto es imposible –dijo el hombre–, porque no tengo camisa alguna. Usted no puede verlo porque está oscuro, pero estoy sentado aquí, desnudo. Podría haber dado mi camisa, puedo dar mi vida, pero no tengo camisa alguna.

–Entonces, ¿por qué está tan feliz? –preguntó el ministro–. ¿Cómo puede estar tan feliz?

–El día que lo perdí todo, la camisa también, alcancé la felicidad... El día que lo perdí todo. En realidad no tengo nada, ni siquiera me tengo a mí mismo. Yo no estoy tocando esta flauta; el todo está tocando a través de mí. Soy una nada, una ausencia, un don nadie...

Éste es el significado de “pobre de espíritu”: uno que no posee nada, que no tiene nada, que no sabe nada, que *es* un don nadie. El Tao dice: cuando seas una nada llegarás a serlo todo. Afirma que *eres* y serás desgraciado.

Este Tao, este disolverse con el todo, este desaparecer en el cosmos, no se puede enseñar. Puedes aprenderlo, pero no se puede enseñar. Por eso, Lieh Tzu y otros maestros taoístas no predicán nada, no tienen nada que predicar. Ellos hablan con

parábolas. Tú puedes escuchar el relato, y si lo escuchas realmente, algo se abrirá en ti como si fuera una explosión. Por tanto, todo depende de tu forma de escuchar.

El propio Lieh Tzu estuvo con su maestro durante muchos años, sentado simplemente en silencio, sin hacer nada, aprendiendo a estar en silencio, aprendiendo a ser pasivo, a ser receptivo, aprendiendo a ser femenino; así es como se convierte uno en un discípulo. Déjame decírtelo: no hay maestros, sólo hay discípulos, porque esto es algo que no se puede enseñar. Entonces, ¿por qué se dice que hay maestros? El Buda no te puede enseñar, Lieh Tzu no te puede enseñar; entonces, ¿por qué se les llama maestros? Por el contrario, si hay un discípulo, él aprende.

Por tanto, un maestro no es alguien que te enseña; un maestro es alguien en cuya presencia tú puedes aprender. Permite que se conozca la diferencia: un maestro no es alguien que te enseña, porque no hay nada que enseñar. Un maestro es alguien en cuya presencia es posible aprender.

Un buscador acudió a Jalaluddin Rumi, el místico sufi y le dijo:

–¿Me enseñarás? ¿Me enseñarás, maestro?

Jalaluddin le observó y contestó:

–¿Me dejarás enseñar?

–¿Por qué no habría de dejarte enseñar? –respondió el hombre–. He venido a aprender.

–Porque esto es lo más importante; ¿me dejarás enseñar? –dijo Jalaluddin–. De otra manera no puedo enseñar, porque, en realidad, no es posible enseñar, sólo es posible aprender. Si lo permites, entonces el aprendizaje florecerá.

Permite que se conozca la diferencia: un maestro no es alguien que te enseña, porque no hay nada que enseñar. Un maestro es alguien en cuya presencia es posible aprender.

Lieh Tzu estuvo con su maestro durante muchos años, sentado en silencio, sin hacer nada, volviéndose más y más pasivo. Llegó el día en que se volvió absolutamente silencioso; no había un vestigio de pensamiento en su ser, ni una ola. Su energía estaba completamente presente, era un embalse, un lago plácido sin olas, sin un soplo del viento; entonces lo entendió.

Es algo que se produce en sólo un momento. La verdad no es un proceso, es un acontecimiento. No es gradual, no necesita tiempo para producirse. El tiempo, cuando es necesario, es un tiempo necesario sólo para ti, porque ahora mismo no puedes estar en

silencio. Si puedes estar en silencio, cabe la posibilidad de que se produzca ahora mismo. Siempre se produce en silencio.

¿Qué se produce en silencio? Cuando estás en silencio no eres, los límites se disuelven, eres uno con la totalidad.

Permíteme contarte un cuento taoísta.

–Maestro, lo he conseguido –dijo un discípulo de Lao Tzu.

–Si dices que lo has conseguido –contestó Lao Tzu– entonces, es seguro que no lo has conseguido.

El discípulo esperó durante meses. Entonces, un día dijo:

–Estabas en lo cierto, maestro. Ahora, *eso se ha conseguido*.

Primero había dicho «lo he conseguido» y el maestro lo denegó. Luego, después de unos cuantos meses, un día se abrió algo en él como una explosión, así que manifestó: «*eso se ha conseguido*».

Lao Tzu le miró con gran compasión y amor, y le acarició la cabeza. Le dijo entonces:

–Ahora está bien. Cuéntame pues, qué ha sucedido. Me gustaría escucharlo ahora. ¿Qué ha sucedido?

–Hasta el día en que dijiste «Si dices que lo has conseguido, entonces es seguro que no lo has conseguido», estaba esforzándome. Estaba haciendo todo lo que podía. Estaba intentándolo duramente. El día en que dijiste: «si dices que lo has conseguido, entonces no lo has conseguido», lo entendí. ¿Cómo puedo “yo” conseguirlo, si el “yo” es la barrera? Así que tuve que dejar que sucediera.

Eso puede ser conseguido, y los taoístas incluso lo llaman “eso”. Ellos no dicen “él”; ellos no dicen “ella”; ellos no dicen “Dios padre”. Ellos no le dan un nombre personal; simplemente dicen “eso”. “Eso” es impersonal, es el nombre del todo: “Tao” quiere decir “eso”.

–El Tao se ha conseguido –dijo–, y llegó sólo cuando yo no estaba allí.

Lao Tzu dijo:

–Cuéntale a los otros discípulos en qué situación se produjo aquello.

–Lo único que puedo decir es que yo no era bueno, no era malo, no era un pecador, no era un santo, no era esto, no era aquello, no era nadie en particular cuando sucedió eso –respondió el discípulo–. Yo estaba simplemente en una actitud pasiva, en una tremenda actitud pasiva; era nada más que una puerta, una apertura. Ni siquiera lo había invitado, porque incluso la invitación habría ido con mi firma. Ni siquiera lo había invitado... En realidad me había olvidado de eso por completo. Estaba sentado, nada más. Ni siquiera estaba buscando, preguntando, averiguando. Yo no estaba allí, y de repente eso me desbordó.

Así es como sucede. A ti te puede suceder si te vuelves más y más pasivo. El Tao es el camino de lo femenino. Las demás religiones son agresivas, las demás religiones están más orientadas hacia lo masculino. El Tao es más femenino. Y recuerda: la verdad sólo viene cuando te encuentra en un estado femenino de conciencia; nunca de otra forma. Tú no puedes conquistar la verdad. Esto es una tontería; ni siquiera vale la pena pensar en ello, en que puedas conquistar la verdad. ¡La parte conquistando al todo! La parte sólo puede permitir, la parte sólo puede dejarse llevar.

El Tao es el camino de lo femenino. Las demás religiones son agresivas, las demás religiones están más orientadas hacia lo masculino. El Tao es más femenino.

Este dejarse llevar se dará si puedes hacer una cosa: deja de aferrarte al conocimiento, deja de aferrarte a las filosofías, deja de aferrarte a las doctrinas, a los dogmas. Deja de aferrarte a las iglesias y a la religión organizada, o de otra forma tendrás falsas concepciones, y estas falsas concepciones no dejarán que la verdad entre en ti.

Una hermosa parábola:

Las golondrinas se posaban en fila a lo largo de los aguilonos de la granja, parloteando unas con otras con inquietud, hablando de muchas cosas, pero con el pensamiento puesto sólo en el verano y en el sur, pues se acercaba el otoño y el viento del norte estaba a punto de llegar.

Y de repente, un día desaparecieron todas. Todo el mundo habló entonces de las golondrinas y del sur.

–Creo que me iré al sur el próximo año –dijo una gallina.

El año se terminó y regresaron las golondrinas. El año se terminó y se posaron otra vez en los aguilonos, y en todo el corral se hacían comentarios sobre el viaje de la gallina.

Y una mañana muy temprano, con el viento del norte, súbitamente las golondrinas se echaron a volar mientras sentían el viento en sus alas y una fuerza les llegaba junto con el misterioso, antiguo conocimiento y una fe más que humana. Se remontaron entonces hacia lo alto y abandonaron el humo de nuestras ciudades.

–Creo que el viento es el adecuado –dijo la gallina, así que extendió sus alas y salió corriendo del corral. Continuó luego aleteando en dirección a la carretera y siguió un trecho más abajo hasta que llegó a un jardín.

Al atardecer regresó jadeante. En el corral contó a pollos y gallinas cómo había ido hacia el sur hasta llegar a la autovía y cómo había visto pasar el tráfico del mundo y llegado luego a campos donde crecen las patatas. Había visto además los rastrojos que dan de vivir a los humanos y, entonces, al final del camino, había encontrado un jardín sembrado de rosas, de bellas rosas, y al jardinero mismo allí presente.

–Qué cosa más interesante –dijeron las aves de corral–, y qué descripción tan hermosa, ¡de verdad!

Pasó el invierno y los meses amargos se alejaron dando paso a la primavera, y con ella a las golondrinas que llegaron otra vez.

Las aves de corral no aceptaron entonces que hubiese un mar en el sur.

–Tendrían que escuchar a nuestra gallina –alegaban.

La gallina se ha convertido ahora en la que sabe. Sabe qué hay en el sur, pero ni siquiera ha salido del pueblo, sólo ha recorrido una corta distancia camino abajo. El intelecto es una gallina. No puede ir muy lejos. Pero una vez la gallina sabe algo, te pone sobre aviso; se convierte en un obstáculo.

Abandona tu intelecto, y no perderás nada. Carga con tu intelecto, y lo perderás todo. Abandona tu intelecto, y sólo perderás tu prisión, tu falsedad. Abandona tu intelecto, y tu conciencia se remontará súbitamente hacia lo alto, desplegará sus alas... y podrás ir al mismo sur, a los mares abiertos a los que perteneces. El intelecto es un agobio para el hombre.

Una última cosa antes de adentrarnos en la parábola: el Tao empieza con la muerte. ¿Por qué? Para empezar, hay algo muy significativo. El Tao dice que si entiendes la muerte lo entenderás todo, porque con la muerte tus límites se desvanecerán. Con la muerte, tú desaparecerás. Con la muerte, el ego será abandonado. Con la muerte, la mente ya no estará presente. Con la muerte todo lo que no es esencial será abandonado, y sólo permanecerá lo esencial.

Abandona tu intelecto, y no perderás nada. Carga con tu intelecto, y lo perderás todo.

Si puedes entender la muerte, serás capaz de entender en qué consiste el Tao, en qué consiste el camino sin sendero, porque la religión también es una forma de morir, el amor es también una forma de morir, la oración es también una forma de morir. La meditación es una muerte voluntaria. La muerte es el fenómeno supremo. Es la culminación de la vida, el *crescendo*, la cumbre más alta. Tú conoces sólo una cumbre y esa cumbre es la del sexo, la cumbre más baja de los Himalayas. Sí, es una cumbre, pero la más baja; la muerte es la más alta de las cumbres.

El sexo es nacimiento: es el comienzo de los Himalayas, la cumbre más baja. Lo más elevado no es posible precisamente al comienzo. Poco a poco, las cumbres se hacen más elevadas, y finalmente llegan al máximo. La muerte es lo máximo, el sexo es el comienzo. Entre el sexo y la muerte está toda la historia de la vida.

La psicología occidental empieza con la comprensión del sexo. La psicología oriental, la psicología de los budas, empieza con la comprensión de la psicología de la muerte. La

comprensión del sexo es muy primaria; la comprensión de la muerte es lo supremo.

Además, al entender la muerte puedes morir conscientemente. Si mueres conscientemente no volverás a nacer; no será necesario. Ya habrás aprendido la lección; no serás devuelto otra vez a la rueda de la vida y de la muerte. Habrás conocido; habrás aprendido. No será necesario que se te envíe otra vez a la escuela: habrás trascendido. Si no captas el significado de la muerte, tendrás que ser devuelto. La vida es un estado de aprendizaje sobre la muerte.

La parábola:

«Cuando Lieh Tzu estaba comiendo a la vera del camino, en la ruta a Wei, vio una calavera centenaria. Cogió una vara y señaló hacia la calavera y, dirigiéndose a su discípulo Pai Feng, dijo: “Sólo ella y yo sabemos que tú nunca has nacido y nunca morirás. ¿Crees que es ella la desgraciada? ¿Crees que somos nosotros los verdaderamente felices?”».

Es una declaración muy enigmática, un código que se debe descodificar. *«Sólo ella y yo sabemos –dice Lieh Tzu, señalando hacia la calavera centenaria–, que tú nunca has nacido y nunca morirás.»* ¿Por qué dice “sólo ella y yo”? La calavera ha muerto de manera involuntaria y Lieh Tzu ha muerto de manera voluntaria. En cierta forma, ambos están muertos. Lieh Tzu ha muerto a través de la meditación. Lieh Tzu ha muerto porque ya no tiene ego, porque ya no está separado del todo, porque él ya no está. Ésta es una muerte real, más profunda en verdad que la muerte de la calavera. No hay certeza de que el hombre que ha muerto y cuya calavera ha estado enterrada durante cien años lo haya sabido. No hay certeza: puede que lo haya sabido, puede que no. Pero hay certeza de que Lieh Tzu lo sabe: su muerte es consciente.

No obstante, él aprovechó la situación. La parábola aprovecha una situación. Su discípulo Pai Feng estaba sentado a su lado, la calavera yacía allí y él señaló hacia la calavera: *«Sólo ella y yo sabemos que tú nunca has nacido y nunca morirás.»*

¿Quién muere? Y ¿quién es el que nace? El ego es el que nace, y el ego muere. En lo profundo, donde no hay ego, tú nunca has nacido y nunca morirás. Tú eres eterno, eres eternidad, eres el sustrato mismo, el material mismo del que está hecha la existencia; ¿cómo puedes morir? No obstante, el ego nace y el ego muere.

Tú nunca has nacido y nunca morirás, pero ¿cómo saberlo? Te gustaría esperar a que llegara la muerte? Eso es muy arriesgado, porque si vives toda tu vida

inconscientemente, no hay muchas posibilidades de que te puedas volver consciente cuando mueras. No es posible, si toda tu existencia ha sido una continuidad de vivencias inconscientes; morirás en la inconsciencia, no serás capaz de saber. Morirás en estado de coma, no serás capaz de observar y ver qué está pasando. Ni siquiera fuiste capaz de ver la vida, ¿cómo vas a ver la muerte? La muerte es más sutil.

Si realmente quieres saber, empieza entonces a volverte más alerta, más atento. Vive conscientemente, aprende sobre la conciencia, acumula conciencia. Conviértete en una gran llama de conciencia; entonces, cuando venga la muerte, serás capaz de observarla, serás capaz de verla y sabrás que «El cuerpo está muriendo, el ego está muriendo, pero yo no estoy muriendo porque soy el observador». Este observador es la esencia misma de la existencia. A este observador se le llama “Dios” en otras religiones y “Tao”, según Lieh Tzu y Chuang Tzu, el conocedor, el elemento que conoce, conciencia, atención, estado de alerta.

Empieza a vivir una vida consciente. Haz lo que estás haciendo, pero hazlo como si fueras un testigo de ello: obsérvalo, continúa observándolo en silencio. No te pierdas en medio de las cosas; permanece alerta, permanece distante. Empieza con las pequeñas cosas: caminar por la calle, comer, tomar un baño, coger la mano de un amigo, hablar, escuchar; pequeñas cosas, pero permanece atento. Lo olvidarás una y otra vez. Recuérdalo nuevamente, recupéralo otra vez, encuéntralo otra vez. Esto es lo que el Buda llama plena atención, lo que Gurdjieff llama recuerdo de sí. Continúa recordando que eres un testigo. Al comienzo es arduo, duro, porque nuestro sueño es prolongado. Hemos dormido por muchas vidas; nos hemos acostumbrado a dormir, estamos roncando, metafísicamente. Es una cosa difícil, pero si lo intentas, poco a poco un rayo de atención empezará a entrar en tu ser. Es una posibilidad; difícil, pero posible, no es imposible. Y es lo más valioso que hay en la vida.

Si realmente quieres saber, empieza entonces a volverte más alerta, más atento. Vive conscientemente, aprende sobre la conciencia, acumula conciencia.

«Sólo ella y yo sabemos que tú nunca has nacido y nunca morirás.» Sé que tú nunca morirás porque nunca has nacido, pero no lo sabes. Mi conocimiento no te va a ayudar, tienes que saberlo tú. Tiene que convertirse en tu propia comprensión, en una luz para ti mismo.

«Crees que es ella la desgraciada? ¿Crees que somos nosotros los verdaderamente felices?» Entonces él le hace una pregunta a su discípulo: «¿Quién es feliz? ¿Los que están vivos o los que están muertos? ¿Quién es realmente feliz?». Y deja la pregunta. Es un *koan*: el discípulo tiene que meditar sobre la cuestión.

La parábola no dice nada, termina repentinamente. Ahora el discípulo tiene que ponderarla. Ahora tiene que meditar, tiene que estar consciente de la muerte, de la vida, del amor, de esto y de aquello. También tiene que meditar en la pregunta: ¿Quién es realmente feliz? ¿Eres feliz sólo porque estás vivo? No lo eres; el mundo en su totalidad es muy desgraciado. En consecuencia se puede deducir una cosa, y se puede deducir incondicionalmente: el simple hecho de estar vivo no es suficiente para ser feliz; hace falta algo más para ser feliz, algo “más”. Vida más atención consciente... entonces surge la felicidad, porque con la atención consciente, con la luz de la atención consciente la oscuridad del ego desaparece.

En consecuencia, cuando la vida tiene un punto adicional de atención consciente, se producen grandes cosas. Primero, el ego desaparece, y junto con el ego desaparece la muerte, porque sólo el ego puede morir, dado que el ego ha nacido. Con la desaparición del ego desaparecen el nacimiento y la muerte. Con la desaparición del ego tu separación de la existencia desaparece.

Éste es el significado de la crucifixión: el ego es crucificado. Cuando Jesús es crucificado nace Cristo; éste es el significado de la resurrección. Por una parte crucifixión, por la otra resurrección.

Muere si quieres estar realmente vivo. Es muy paradójico, pero tremendamente cierto, absolutamente cierto. Tal como estás, no estás ni vivo ni muerto. Tú estás suspendido en el medio; por eso hay infelicidad, tensión, angustia. Estás dividido: no estás ni vivo ni muerto. Permanece, o bien completamente vivo, y sabrás lo que es la vida, o bien completamente muerto, y también sabrás lo que es la vida porque la totalidad abre la puerta del Tao.

Sé total. El hombre que está dormido no puede ser total para nada. Si estás comiendo no eres total; piensas en mil y una cosas, sueñas mil y un sueños, simplemente te llenas mecánicamente. Puedes estar haciendo el amor con tu compañera o compañero y no estar totalmente presente. Puedes, tal vez, estar pensando en otras mujeres, hacerle el amor a tu esposa y estar pensando en alguna otra mujer. O puedes, tal vez, estar

pensando en el mercado, en los precios de las cosas que tú quieres comprar, un coche, una casa o mil y una cosas, y hacer el amor mecánicamente.

Permanece, o bien completamente vivo, y sabrás lo que es la vida, o bien completamente muerto, y también sabrás lo que es la vida porque la totalidad abre la puerta del Tao.

Sé total en tus actos, y al ser total tendrás que estar alerta; nadie puede ser total sin estar alerta. Ser total implica no pensar en otra cosa. Si estás comiendo, estás comiendo simplemente; estás totalmente aquí y ahora. El comer lo es todo: no te estás llenando únicamente; lo estás disfrutando. El cuerpo, la mente, el alma, están todos en sintonía mientras comes: hay una armonía, un ritmo profundo entre los tres niveles de tu ser. Entonces el comer se vuelve una meditación, el caminar se vuelve una meditación, el cortar leña se vuelve una meditación, el sacar agua del pozo se vuelve una meditación, el cocinar se vuelve una meditación. Las pequeñas cosas se transforman, se convierten en actos luminosos, y cada acto se vuelve tan completo que adquiere la cualidad del Tao.

Cuando eres total no eres el hacedor. Entonces Dios es el hacedor, o la totalidad es el hacedor; tú sólo eres un vehículo, un pasadizo, y volverse un pasadizo es dicha, es bendición.

2. UN HOMBRE QUE SABE CÓMO CONSOLARSE

Mientras Confucio vagaba por el monte T'ai, vio a Jung Ch'i Ch'i caminando por el páramo de Ch'ang, con un tosco abrigo de piel y una soga en torno a la cintura, cantando mientras tocaba el laúd.

–Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría? –preguntó Confucio.

–Tengo muchas alegrías. Entre las innumerables cosas que engendró el cielo, la humanidad es lo más noble, y tengo la suerte de ser humano. Ésta es mi primera alegría. Hay personas que nacen y no viven un día o un mes, que nunca han abandonado los pañales, pero yo he pasado ya de los noventa. Ésta es mi alegría. La pobreza es común a la humanidad, y la muerte es el final. Así pues, siendo parte del común de la humanidad, y a la espera de mi final, ¿qué sentido tiene preocuparse?

–¡Qué bien! –dijo Confucio–. He aquí un hombre que sabe cómo consolarse.

Esta parábola es hermosa, y no sólo hermosa sino muy sutil. Si la miras sólo superficialmente, no te darás cuenta del significado. Las parábolas taoístas no son superficiales. Son muy profundas; hay que penetrar en ellas, mirarlas y meditar sobre ellas; sólo entonces conocerás su verdadero significado. Superficialmente, parece como si esta parábola estuviera a favor de Confucio; superficialmente, parece como si la parábola estuviera diciendo que Confucio es sabio. En realidad es precisamente lo contrario.

Hay una oposición enorme, diametral, entre la actitud taoísta y la actitud del confucianismo. Confucio está lo más lejos posible de la visión taoísta. Confucio cree en la ley, Confucio cree en la tradición, cree en la disciplina. Confucio cree en el carácter,

en la moralidad, en la sociedad, en la educación. El Tao cree en la espontaneidad, en la individualidad, en la libertad. El Tao es rebelde; Confucio es muy conformista.

El taoísmo es el inconformismo más profundo que se ha desarrollado en el mundo, en cualquier época de la historia; esencialmente es una rebelión. A tal punto ha sido una rebelión, que los místicos taoístas Lao Tzu, Chuang Tzu y Lieh Tzu no hacen más que ridiculizar la actitud del confucianismo. Ésta es una parábola sobre la ridiculez. Lo entenderás cuando te lo explique. Su ridiculez también es muy sutil, no evidente. Primero comprendamos el sentido superficial.

«Mientras Confucio vagaba por el monte T'ai, vio a Jung Ch'i Ch'i caminando por el páramo de Ch'ang, con un tosco abrigo de piel y una soga en torno a la cintura, cantando mientras tocaba el laúd.»

El taoísmo es el inconformismo más profundo que se ha desarrollado en el mundo, en cualquier época de la historia; esencialmente es una rebelión.

El canto, la música, la danza, es el lenguaje de la alegría, de la felicidad. Es la expresión de una persona que no es desgraciada. Pero puede que sea sólo en apariencia, puede que sólo sea una proyección, puede que sólo sea cultivada. En lo profundo, la situación puede ser precisamente la contraria. A veces pasa que tú ríes porque no quieres llorar. A veces pasa que tú sonríes porque las lágrimas acuden a tus ojos, y si no sonríes empezarán a rodar por las mejillas. A veces tú mantienes una actitud, una pose cultivada, una máscara de felicidad, porque ¿qué sentido tiene mostrarle tu infelicidad al mundo? A eso se debe que la gente parezca tan feliz. Todo el mundo piensa que él es la persona más infeliz del mundo, porque conoce su realidad, y sólo las poses de los otros, las poses cultivadas. Por eso todo el mundo piensa en lo más profundo: «Soy la persona más desgraciada; además, ¿por qué lo soy cuando todo el mundo se siente tan feliz?».

El canto y la danza son con certeza el lenguaje de la alegría, pero tú puedes aprender el lenguaje sin saber qué es la alegría. La humanidad ha hecho esto: las personas han aprendido a hacer gestos, gestos vacíos.

Pero Confucio se engaña. Dice: *«Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría?»*. La máscara ha engañado a Confucio; puede que el hombre esté contento, puede que no lo esté. Se tiene que mirar al hombre directamente; su naturaleza, no su expresión. La expresión puede ser falsa: las personas tienen expresiones aprendidas. Algunas veces...

¿lo has observado? Alguien sonrío; en los labios hay una hermosa sonrisa, pero mira a los ojos, y los ojos dirán justamente lo contrario. Alguien te dice una cosa: «Te amo». Pero mírale a la cara, a los ojos, a la vibración misma de la persona, y ¡parecerá que te odia! Pero sólo por cortesía te dirá: «Te amo».

Confucio miraba sólo la apariencia: esto es lo primero que debe recordarse. Además, se engañó; se engañó hasta tal punto, que llamó al hombre «maestro». Le dice: «*Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría?*».

Ahora bien, una vez más, la alegría no tiene motivo, no puede tener un motivo. Si la alegría tuviera un motivo entonces no sería alegría en absoluto: sólo se puede gozar sin motivo, sin causa. Una enfermedad tiene un motivo, pero ¿la salud? La salud es natural. Si le preguntas al doctor: «¿Por qué estoy saludable?», él no podrá responderte. Si vas al doctor y le dices: «¿Por qué estoy enfermo?», él te puede responder, porque la enfermedad tiene una causa. Él puede diagnosticar tu caso y encontrar la razón de tu enfermedad; pero nadie ha sido aún capaz de hallar el motivo por el cual una persona es saludable. La salud es natural, la salud es lo adecuado. La enfermedad es lo no adecuado, la enfermedad indica que algo ha estado mal. Cuando todo está bien, uno se siente saludable. Cuando uno está en armonía con el todo, uno se siente saludable. No existe un motivo para ello. No obstante, Confucio preguntó: «*Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría?*».

La alegría no tiene motivo, no puede tener un motivo. Si la alegría tuviera un motivo entonces no sería alegría en absoluto: sólo se puede gozar sin motivo, sin causa.

Lieh Tzu bromea otra vez sobre Confucio; se trata de gente muy sutil. Está diciendo que toda la actitud equivocada del confucianismo se ubica allí, en la misma pregunta. Confucio piensa que la alegría tiene *motivos*. La alegría no puede tener motivo alguno. La alegría existe, simplemente, sin explicación, es inexplicable. Cuando está, está; cuando no está, no está. Cuando no está, puedes encontrar los motivos por los que no está, pero cuando está no puedes encontrar los motivos por los que está, y si puedes encontrar los motivos por los que está, tu alegría es entonces cultivada, no es real, no es auténtica, no es verdadera. No está fluyendo de lo más profundo de tu ser; tú sólo la estás manejando, la estás manipulando, la estás fingiendo. Cuando la alegría es un gozo

fingido, puedes encontrar el motivo. No obstante, cuando la alegría es verdadera, es tan misteriosa, tan primaria, que no puedes encontrarle un motivo.

Si le preguntas a un buda: «¿Por qué estás feliz?», él se encogerá de hombros. Si le preguntas a Lao Tzu: «¿Por qué estás dichoso?», te dirá: «No preguntes. En vez de preguntar por qué estoy dichoso, averigua por qué tú no lo estás».

Es algo que se parece a un pequeño manantial en la montaña: cuando no hay obstáculos, el manantial fluye; cuando hay rocas en medio, no puede fluir. Al remover las rocas no estás creando un manantial, sólo remueves lo negativo, sólo remueves el obstáculo; el manantial ya existía, pero no podía fluir a causa de las rocas. Cuando quitas las rocas no estás creando el manantial, el manantial ya estaba allí. Al quitar las rocas has quitado lo negativo, el obstáculo; entonces el manantial fluye. En consecuencia, si alguien pregunta: «¿Por qué fluye el manantial?». Pues porque está allí; por eso es que fluye. Si *no* está fluyendo entonces hay una causa. Deja que esto penetre en ti profundamente, porque éste también es tu problema.

Nunca te preguntes por qué eres feliz, nunca preguntes por qué uno es dichoso, de otra manera habrás hecho una pregunta equivocada.

Confucio está preguntando algo, y al preguntarlo muestra sus presuposiciones; Confucio cree que todo tiene una causa. Si todo tiene una causa, entonces sólo puede existir la ciencia. Entonces no queda posibilidad para lo religioso, porque la ciencia es una investigación sobre la relación causa-efecto, una investigación sobre la causalidad. Así es toda actitud científica: dice que al existir algo, debe tener una causa; puede que la conozcas puede que no, pero la causa tiene que existir. Si no la conocemos hoy, la conoceremos mañana o pasado mañana, pero la causa tendrá que ser conocida, porque debe haber una causa. Ésta es la actitud científica: todo puede ser reducido a una causa.

¿Cuál es entonces la actitud religiosa? La actitud religiosa dice que nada puede ser reducido realmente a su causa. Lo que puede ser reducido no es esencial. Lo esencial es, simplemente; existe sin causa alguna: es un misterio. Éste es el significado de misterio: lo que no tiene causa.

Confucio está haciendo una pregunta de acuerdo a sus presuposiciones, de acuerdo con su filosofía: «*Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría?*».

¿Por qué lo pregunta? Porque si se conoce el motivo, otros también pueden cultivarlo. Si alguien dice: «Al ponerme de cabeza me vuelvo muy pacífico», tú también te pones de cabeza y te vuelves pacífico. Alguien dice: «Soy feliz porque he renunciado al

mundo» y tú entonces también renuncias al mundo y llegas a ser feliz. La felicidad se vuelve, por consiguiente, algo que puede ser manipulado.

La actitud religiosa dice que nada puede ser reducido realmente a su causa. Lo que puede ser reducido no es esencial. Lo esencial es, simplemente.

Así es la gente: unos imitan a otros y, en realidad, la felicidad no tiene motivo. El día que entiendas esto podrás ser feliz en cualquier momento. Si existe una causa, entonces la causa llevará un tiempo. Tendrás que practicar, tendrás que practicar mucho. La actitud radical del Tao en su conjunto expresa que tú puedes ser feliz en *este* momento.

¿Esto qué quiere decir? Quiere decir que no existe el motivo, así que no hace falta practicar. Es sólo un asunto de aceptarlo, ya está presente si lo *aceptas*. Si no lo aceptas, actúas como la roca; si lo aceptas, la roca queda removida. Es sólo cuestión de aceptarlo. Dios está ahí, tú lo aceptas; eso es todo. Si no lo aceptas, él no entrará porque no puede destruir tu libertad, él protege tu libertad. Si tú dices no, él no va a entrar en tu ser. Si en tu puerta está escrito que no se acepta a nadie sin tu permiso, él esperará. Él ni siquiera va a pedirte permiso; simplemente esperará, porque incluso al pedirte permiso está interfiriendo en tu libertad. Él esperará. Él no hará sonar el timbre; simplemente esperará. Dios está en todas partes, esperando, y espera muy silenciosamente... por eso no se siente su presencia, parece casi ausente. ¿No lo ves? Dios parece ser la mayor ausencia en el mundo. Por eso pueden existir los ateos, y pueden decir: «¿Dónde está tu Dios? Nosotros no vemos nada». Él no interfiere en absoluto; él te permite una libertad total y la libertad total implica ir *contra* Dios.

Tu naturaleza está en la dicha. Tú estás hecho del ingrediente llamado dicha. No obstante, tienes que admitirlo, tienes que relajarte, tienes que soltarte; no existen los motivos, sólo es necesario soltarse. En consecuencia, teóricamente, te puede suceder en este preciso momento; no se debe desperdiciar una fracción de segundo. Si hay una causa, entonces... entonces será necesario un largo tiempo y, aun así, uno nunca sabe: puede que tengas éxito, puede que no.

Capta la diferencia entre la actitud hinduista y la actitud taoísta. Los hinduistas, los jainistas, los budistas, todos ellos dicen que el *karma* de vidas pasadas se tiene que limpiar. Mucho es lo que se tiene que hacer, se necesita una gran disciplina; sólo entonces tendrás la posibilidad de lograrlo. Ashtavakra, Lao Tzu, Bodhidharma, Lin Chi,

todos ellos dicen que no se necesita nada, sólo que lo aceptes. Relájate, acéptalo y en este mismo momento empezará a fluir en ti.

Confucio dice: «*Maestro, ¿cuál es el motivo de su alegría?*». Dígame cómo lo ha logrado. Dígame cuál fue su proceso, qué metodología siguió, qué principios, qué disciplinas, qué escrituras. ¿Cómo lo ha logrado? Ahora Confucio se muestra codicioso. Quiere alcanzar el mismo estado, en el que cantar es natural y la música fluye y uno celebra. Él está tremendamente impresionado con este hombre porque iba «*con un tosco abrigo de piel y una soga en torno a la cintura, cantando mientras tocaba el laúd*».

Un hombre pobre no tiene nada que motive su felicidad, no tiene por qué sentirse feliz. Si estuviera amargado sería comprensible; si estuviera deprimido sería comprensible: Confucio habría pasado delante de él sin notar siquiera su existencia. Pero este hombre pobre que no tiene nada, con una soga en torno a la cintura, ¿está cantando? ¿Canta una canción de amor? ¿Y toca el laúd? Confucio está impresionado, magnetizado, pero hace una pregunta equivocada.

Un taoísta no hará jamás una pregunta semejante. La alegría existe, *sencillamente* existe. No tiene ningún motivo, de ahí que no sea posible encontrar un método, sólo la comprensión.

El hombre dijo: «*Tengo muchas alegrías*».

Si tienes muchas alegrías, no has entendido qué es la alegría, porque sólo hay una alegría. No puede haber muchas. Puede haber muchas enfermedades, pero no puede haber muchas “salubridades”. Tú puedes tener tu enfermedad, yo puedo tener la mía y alguien más la suya; no obstante, si yo estoy saludable y tú estás saludable y alguien más está saludable, ¿cuál es la diferencia? ¿Puedes hacer una distinción entre mi salud y la tuya? No hay ninguna posibilidad: la salud es universal, la enfermedad es personal. La enfermedad proviene del ego, la salud no proviene del ego. La enfermedad proviene del cuerpo, de la mente; la salud proviene del más allá, y el más allá es uno. Mi cuerpo difiere del tuyo; naturalmente yo tendré una enfermedad diferente, tú tendrás una enfermedad diferente, pero ¿la salud? La salud es una, simplemente: tiene el sabor, siempre el mismo sabor, eternamente el mismo.

Alguien le preguntó al Buda: «¿Qué sabor tiene tu estado búdico?». Él dijo: «Ve y saborea el mar, saboréalo por todas partes; por esta orilla, por cualquier orilla o en cualquier playa. O ponte en medio del océano y saboréalo, o ve a la otra orilla y siempre encontrarás el mismo sabor, el mismo sabor salado. El estado búdico tiene un sabor».

Todos los que se han convertido en budas han llegado al mismo sabor. La salud tiene el mismo sabor. Si un niño es saludable, un joven es saludable, un anciano es saludable, todos tienen también un mismo sabor. Si una mujer es saludable y un hombre es saludable tendrán el mismo sabor.

No obstante, las enfermedades son diferentes. En la actualidad, la ciencia médica afirma que incluso cuando dos personas sufren de la misma enfermedad, las dos enfermedades no son las mismas. Sucede en consecuencia que si padeces una enfermedad –a lo mejor tuberculosis– y tu esposa sufre la misma enfermedad, las mismas medicinas no servirán para los dos. Tú necesitas una medicina y tu esposa necesita otra clase de medicina. Por eso se necesita un médico; de otra manera con el farmacéutico sería suficiente. Si se ha decidido que para la tuberculosis hace falta esta medicina, entonces ¿qué necesidad hay de ver al médico? El farmacéutico puede suministrarla.

En la actualidad, cada vez más, debido a que la ciencia médica está profundizando en el fenómeno de la salud y la enfermedad, se están dando cuenta de que cada enfermedad lleva consigo una personalidad: va con la persona. Por tanto, dicen: no trates la enfermedad, trata a la persona. No te preocupes demasiado por la enfermedad. Mira a la persona, a su personalidad en conjunto, su forma de vida, sus actitudes, sus pautas de comportamiento. Míralos y entonces encontrarás que el nombre “tuberculosis” puede ser el mismo, porque sería muy difícil tener nombres separados para cada cosa, pero cada tuberculoso sufre de una manera diferente y se hace necesario que su tratamiento sea distinto al de los demás.

Las enfermedades son personales, pero ¿la salud? La salud es impersonal, universal. Lo mismo la alegría. La infelicidad es una enfermedad; la alegría es salud, bienestar. Ahora bien, Confucio ha hecho una pregunta equivocada y ha provocado una respuesta equivocada. Además, obviamente, el hombre no sabe nada sobre la alegría. Él dice: «*Tengo muchas alegrías*», dice.

¿Muchas? Entonces algo no está bien. La alegría es una. Cuando dices que tienes muchas alegrías no sabes lo que es la alegría. Puede que hables de placeres, puede que hables de tus llamados “momentos de felicidad”, que en realidad no son momentos de felicidad, sino de menor infelicidad. Una persona es muy infeliz; entonces un día se siente menos infeliz y dice: «Me siento muy feliz». Eso es simplemente relativo; esa persona no sabe qué es la felicidad.

Sólo conoce algunas veces una infelicidad muy intensa, y otras veces una infelicidad menos intensa. Cuando no es tan intensa dice: «Me siento feliz». Tú puedes observarlo en ti mismo. ¿Has sabido alguna vez lo que es la felicidad? ¿Conoces su sabor? Tú sólo has conocido diferentes estados de infelicidad.

Algunas veces la infelicidad es tan grande que se hace insoportable. Algunas veces es soportable, controlable, la puedes tolerar. Pasas de menos infelicidad a más infelicidad, de más infelicidad a menos infelicidad, pero no sabes lo que es la felicidad, porque una vez sabes lo que es, entonces no es necesario en absoluto ser infeliz, porque tienes la clave. Puedes abrir esa puerta cada vez que decidas abrirla. No obstante, tú no puedes abrir la puerta de la felicidad; esto simplemente indica que no tienes la clave. Tú sólo conoces los estados relativos del mismo fenómeno: algunas veces está muy oscuro y no puedes ver en absoluto, otras veces no está tan oscuro, hay penumbra; pero tú no conoces la luz. La luz no es un estado relativo de oscuridad, la luz no es menos oscuridad. Recuerda: la luz es una clase totalmente diferente de energía; no tiene nada que ver con la oscuridad. La luz y la oscuridad no pueden existir juntas en la misma habitación. La luz es algo positivo, la oscuridad es algo negativo; la infelicidad también lo es.

Cuando dices que tienes muchas alegrías no sabes lo que es la alegría. Puede que hables de placeres, puede que hables de tus llamados “momentos de felicidad”, que en realidad no son momentos de felicidad, sino de menor infelicidad.

El hombre dijo: «*Tengo muchas alegrías. Entre las innumerables cosas que engendró el cielo, la humanidad es lo más noble, y tengo la suerte de ser humano. Ésta es mi primera alegría*».

Aparentemente esto parece muy significativo, atrayente, porque satisface al ego humano. El ser humano siempre ha pensado de sí mismo que es la creación suprema de la existencia. El ser humano siempre ha pensado que casi es Dios, y se siente muy feliz. No obstante, ¿cómo puede ser posible la felicidad con un ego? La infelicidad viene con el ego. Y éste es uno de los mayores argumentos del egoísta: el hombre casi es Dios, y esto lo decimos solamente para ser corteses. En el fondo sabes que Dios es casi como *tú*.

La idea misma del “yo” lleva consigo una implicación de ser el primero, siendo lo demás secundario. Friedrich Nietzsche es más sincero que muchos otros; él dice: no

puedo admitir que Dios exista porque entonces quedo en segundo lugar y no puedo quedar en segundo lugar. No acepto mi posición de segundón. Si Dios existe, entonces yo siempre seré secundario. No importa cuánto crezca o a dónde llegue, seré secundario, nunca seré primario, el primero. Esto no es aceptable así que dice: «Dios ha muerto y el hombre es libre». Dios es esclavitud. Él es consistente, en cierta manera. Digo “en cierta manera”, porque en el fondo todo el mundo lo piensa así: cada ego quiere ser el primero.

Aunque seas un gran devoto, una presunta gran persona “religiosa”, a cada momento estás tratando de manipular a Dios a tu conveniencia. «¡Cumple con mi voluntad!». Esto es todo lo que implican tus oraciones: «Hazlo como yo quiero. Escúchame». Todo tu esfuerzo consiste en convertir a Dios en tu sirviente. Le llamas “Señor”, “Maestro”, pero eso sólo es un soborno; tú estás tratando de manipularlo. Tú dices: «Yo no soy nadie. Tú lo eres todo», pero en el fondo tú sabes quién es quién. En realidad, incluso cuando luchas por tu Dios, lo haces por *tu* Dios. Incluso cuando te sacrificas en algún pedestal, en algún altar, es por tu Dios por el que te sacrificas. Cuando te inclinas ante una imagen de Dios en un templo, o en una mezquita, o en una iglesia, lo haces ante la imagen que has creado, lo haces ante tu Dios. Te inclinas ante tu propia creación. Te inclinas ante un espejo. Te ves reflejado allí y dices: «¡Qué hermoso!». Si un cristiano dice cómo es Cristo de hermoso, si un hinduista dice cómo es Krishna de hermoso, si un budista dice cómo es el Buda de hermoso, el budista no aceptará que Cristo es hermoso; eso no satisface a su ego. El cristiano no aceptará que el Buda es hermoso; eso no satisface a su ego. El hinduista no puede creer que Cristo o Mahoma, o Moisés sean hermosos; esto no satisface a su ego.

Recuerda: nosotros estamos satisfaciendo a nuestros egos de todas las maneras posibles: abiertas o sutiles, directas o indirectas. Y una persona realmente religiosa es la que sabe esto, la que toma conciencia de esto, y en este estado de conciencia el ego desaparece.

Una persona verdaderamente religiosa no tiene idea de quién es superior. Una persona religiosa no puede decir: «Soy superior a un árbol, soy superior a un animal, soy superior a un pájaro». Una persona religiosa no puede decir: «Soy superior». Una persona religiosa tiene que saber que “yo no soy”, y en esa experiencia de “yo no soy” fluye la alegría. Se ha removido la roca.

Nosotros estamos satisfaciendo nuestros egos de todas las maneras posibles: abiertas o sutiles, directas o indirectas. Y una persona realmente religiosa es la que sabe esto, la que toma conciencia de esto y, en este estado de conciencia el ego desaparece.

Ahora bien, este hombre dice: «*Tengo muchas alegrías. Entre las innumerables cosas que engendró el cielo, la humanidad es lo más noble...*».

¿Por qué? ¿Por qué la humanidad es lo más noble? Si contemplamos la historia humana, la humanidad parece ser lo más innoble. Mira a los animales: ellos no han sido tan violentos, tan terribles, no han estado tan locos. ¿Has visto alguna vez a un animal convertirse en un político, que trate de ser el presidente de un país? Ellos no están locos. Ellos viven naturalmente, ellos mueren naturalmente. Los animales salvajes nunca enloquecen. Algunas veces enloquecen cuando se les obliga a vivir en un zoológico; el zoológico es una creación humana. Los animales no se suicidan nunca, pero algunas veces se suicidan en el zoológico. En el zoológico se vuelven peligrosos y algunas veces asesinos. Sí, los animales matan, pero matan cuando quieren comer. El hombre mata sin razón. El hombre va a una región salvaje, mata un tigre y dice: «Esto es un juego. Esto es “diversión”. Iba de safari». ¿Has escuchado alguna vez que un león se vaya de *safari*? Los leones nunca se van de safari. Si un león tiene hambre mata, por supuesto, pero esto es algo natural en él.

Una vez me contaron la siguiente historia.

Una vez un león y un zorro entraron en un restaurante. Se sentaron y a continuación el zorro pidió, pero pidió sólo para uno. El camarero preguntó entonces:

–¿Desea algo para su amigo?

El zorro contestó:

–¿A usted que le parece? ¿Cree que si él tuviera hambre yo estaría sentado aquí?

Él no tiene hambre; eso es seguro. Cuando los animales tienen hambre, matan, pero no matan por jugar, no matan por diversión; no están interesados en el hecho de matar. Por supuesto tienen interés por la comida; no hay nada erróneo en ello. El hombre mata sin razón alguna. Los animales no matan por ideologías; no dicen: «Yo soy comunista y tú eres capitalista. Te mataré». No dicen: «Soy un fascista y tú un comunista, así que te voy a matar». Ellos no tienen ninguna ideología, ni matan porque sean cristianos o hinduistas o mahometanos.

El hombre mata con cualquier excusa, con cualquier excusa, la que sea. Los hinduistas pueden matar a los mahometanos, los mahometanos pueden matar a los hinduistas, los cristianos pueden matar a los mahometanos y los budistas, etc. ¿Y por qué? Por doctrinas abstractas, por principios; y nadie está dispuesto a vivir por esas doctrinas, pero todo el mundo está dispuesto a matar a otros por esas mismas doctrinas. Si alguien ofende la Biblia, el cristiano está dispuesto a matarlo, y si le preguntas: «¿Vives según tu Biblia?», te responderá: «Es muy difícil». No le interesa vivirla, a nadie le interesa vivirla, pero si se trata de matar, entonces todo el mundo se muestra muy interesado.

A lo largo de los siglos, en tres mil años, ha habido cinco mil guerras. No, ningún animal es tan innoble; los animales tienen una nobleza natural. El hombre es muy astuto.

No obstante, el hombre dijo: «... *la humanidad es lo más noble, y tengo la suerte de ser humano. Ésta es mi primera alegría*». Esto no es alegría. Es el placer proveniente de sentirse egoísta, de “ser alguien”. Y recuerda: esto no te llevará a la verdadera felicidad, porque en el fondo hay comparación. Si te estás sintiendo superior, en algún momento te podrías sentir inferior.

Una vez escuché a un hombre religioso, a un santo, a un santo muy conocido en la India, dar esta enseñanza a sus discípulos: «Busca siempre a las personas que no tengan tanto como tú, y te sentirás muy feliz. Si tienes casa busca siempre a personas que no tengan casa». Naturalmente, te sentirás muy feliz. «Si tienes sólo un ojo, busca a las personas que están ciegas... te sentirás feliz». Pero, ¿qué clase de felicidad es ésa? ¿Y qué clase de religiosidad es ésa? Además, no puedes prescindir de la otra cara de la moneda. Tú tienes un ojo; cuando miras a una persona ciega, te sientes feliz. Pero si te encuentras con una persona que tiene dos ojos hermosos, entonces ¿qué harás? Te sentirás infeliz.

En lo que llamas “felicidad”, la infelicidad está implícita. No, a través de la comparación nadie llega a la alegría. La alegría es un estado no comparativo. No compares.

Una vez me contaron la siguiente historia:

El padre va con su vástago a ver un espectáculo que presenta a cincuenta de las más audaces artistas del desnudo que hay en el país.

–¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! –exclama el padre durante la presentación.

–¿Qué sucede, papá, ¿no te gusta el espectáculo? –pregunta el hijo.

–Claro que sí –le responde–. Es que estaba pensando en tu madre.

Si comparas, tu comparación va a crear problemas. Recuérdalo: la alegría no surge de la comparación; nunca. No obstante el hombre dice: *«Tengo muchas alegrías. Entre las innumerables cosas que engendró el cielo, la humanidad es lo más noble, y tengo la suerte de ser humano. Ésta es mi primera alegría»*.

Como alegría no es mucho. No es más que un estímulo para el ego: te sientes bien, te sientes superior; pero una persona que necesita ser superior para sentirse bien, es una persona que lleva un volcán en su interior. Una persona que tiene que ser superior para sentirse feliz está sufriendo en el fondo de un complejo de inferioridad. Sólo una persona inferior piensa en términos de superioridad. Una persona real, una persona auténtica, no es superior ni inferior; simplemente *es* única; nadie es menos que ella y nadie es más que ella.

Toda la existencia es igual. Los árboles y las rocas, los animales, los pájaros, los hombres, las mujeres y Dios; todos compartimos la totalidad de la existencia en igualdad de términos. Cuando ves esta tremenda igualdad, esta unicidad, te sientes alegre; y tu alegría no tiene motivo, es inmotivada.

Una persona que necesita ser superior para sentirse bien, es una persona que lleva un volcán en su interior. Una persona que tiene que ser superior para sentirse feliz está sufriendo en el fondo de un complejo de inferioridad.

«Hay personas que nacen y no viven un día o un mes, que nunca han abandonado los pañales, pero yo he pasado ya de los noventa. Ésta es mi alegría».

Compara... Algunos han muerto al nacer, algunos eran jóvenes y murieron; este hombre está comparando: *«Tengo noventa años, he vivido mi vida, entonces ¿por qué sentirse desgraciado? Soy feliz; he vivido más que otros»*. Pero y si esos otros no hubieran muerto, entonces ¿qué? Si él estuviera solo en el mundo, ¿sería entonces feliz? Piénsalo. Todo el mundo desaparece, sólo queda este hombre. No hay animales, no hay pájaros, ni rocas; él no puede compararse ni puede llamarse “hombre superior”. No hay jóvenes muriendo, no hay niños muriendo; él no puede compararse diciendo que ha vivido hasta los noventa años. Si se quedara solo, ¿sería feliz? Toda su felicidad desaparecería porque le viene de las comparaciones.

El Tao dice: si estás solo, absolutamente solo y tu felicidad se mantiene inalterable, entonces lo has conseguido; de otra manera no lo has conseguido.

Una felicidad comparativa es una pseudofelicidad. «Yo tengo un automóvil grande, tú no. Me siento feliz porque tú no lo tienes». Esto es una tontería. ¿Cómo puedo sentirme feliz porque no tienes un automóvil? ¿Si no lo tienes, ¿qué tiene que ver eso con mi felicidad? «Yo tengo una casa muy grande y tú no la tienes, por tanto me siento feliz». Esta felicidad parece más basada en hacer a los otros infelices que en hacer que uno sea feliz. «Tú no tienes un automóvil, tú no tienes una buena casa. Estoy feliz porque tú eres desgraciado». Observa la lógica de ello; su matemática es simple: «Soy feliz cuando la gente es desgraciada, así que cuanto más gente desgraciada exista, más feliz seré. Si el mundo entero se vuelve un infierno, seré muy feliz». Ésta es la lógica, y es lo que ha estado haciendo el hombre.

En Calcuta, solía alojarme en una casa, la casa más hermosa de la ciudad. Y el dueño estaba locamente enamorado de su casa. Era una mansión de mármol, realmente hermosa, construida con gusto, con un sabor muy aristocrático; además, tener diez acres de jardín en medio de la ciudad era algo imposible en Calcuta, y él los tenía. Sentía realmente un profundo amor por su casa, y cada vez que yo lo visitaba me llevaba a la piscina, al jardín, al césped. Me enseñaba esto y aquello, las mejoras que había hecho desde la última vez que había estado allí. Pero la última vez que fui estaba muy triste.

–¿Qué sucede? No me has llevado a ninguna parte. ¿No has hecho nada nuevo? –le pregunté.

–He perdido todo interés en la casa. ¿No te has dado cuenta de que aquí al lado mi vecino ha construido una que es mucho mejor? Hasta que no pueda construir una casa mejor que ésa seguiré estando triste –me explicó.

Bien, este hombre tenía la misma casa, pero su felicidad había desaparecido.

¿Qué tiene que ver tu felicidad con tu vecino? Si él ha construido una casa más grande, ¿cómo puede esto preocuparte? Además, ¡tu casa sigue siendo la misma! Y tú ya no eres feliz. Le dije: «Desde luego una cosa es cierta: no era por tu casa que estabas feliz. Estabas feliz por la pobre casa del vecino».

Observa. Observa siempre. Estar feliz cuando alguien es desgraciado es una conducta violenta. Así es como las personas empiezan a coger el rumbo equivocado, volviéndose opresores, volviéndose explotadores, volviéndose peligrosos. Son una maldición para el mundo, siempre se rigen por la misma lógica.

Lo que este hombre está diciendo es: «Soy más feliz que los otros. Date cuenta: mucha gente ha muerto cuando era joven y yo todavía estoy vivo, saludable y ya tengo

noventa años. Ésta es mi alegría».

«La pobreza es común a la humanidad, y la muerte es el final. Así pues, siendo parte del común de la humanidad, y a la espera de mi final, ¿qué sentido tiene preocuparse?» Ahora está diciendo: *«Casi todos los seres humanos son pobres, por tanto ésta es la norma, ser pobres; y, naturalmente, todo el mundo va a morir, por tanto yo voy a morir. Soy pobre, voy a morir, todo el mundo va a morir, todos los demás son pobres, así que ¿por qué estar triste? Por eso estoy feliz».*

Esto no es felicidad. *«¡Qué bien!»*, dijo Confucio... Confucio se quedó muy impresionado, dijo: *«¡Qué bien! He aquí un hombre que sabe cómo consolarse».*

Sin embargo, con esta frase Lieh Tzu ha hecho una jugada. Él dice que Confucio se quedó muy impresionado, y que dijo: *«¡Qué bien! He aquí un hombre que sabe cómo consolarse»*, pues para Confucio estar satisfecho en la vida es la meta, consolarse es la meta. Pedir más, dice Confucio, es pedir lo imposible. Esto es todo lo que un hombre puede lograr y este hombre sabe cómo consolarse; además es feliz y está cantando.

Sin embargo, para los taoístas consolarse es algo negativo, no es satisfacción. La satisfacción no tiene nada que ver con la consolación; la satisfacción abarca una dimensión totalmente diferente. Trata de comprenderlo. La consolación implica, de alguna manera, que uno racionaliza una situación intentando no estar preocupado, intentado no estar muy inquieto, creando amortiguadores a su alrededor. Gurdjieff solía llamarlos *amortiguadores*; todo el mundo crea amortiguadores alrededor de sí mismo para no chocar tanto con la vida.

En los trenes se usan amortiguadores así como los automóviles, a fin de que si vas por una carretera montañosa –y la vida es una vía montañosa– no vayas dando tumbos. Estos amortiguadores son como muelles. Si la carretera tiene baches, los muelles, los amortiguadores disminuyen el efecto del golpe; éste no te llega.

Las llamadas filosofías de consolación son amortiguadores. Al darte cuenta de que eres pobre, te viene una gran tristeza y creas el amortiguador: «Hay mucha gente pobre, millones de personas son pobres, por tanto, ¿de qué sirve preocuparse? Así son las cosas». Ya has creado un amortiguador.

Para los taoístas consolarse es algo negativo, no es satisfacción. La satisfacción no tiene nada que ver con la consolación; la satisfacción abarca una dimensión totalmente diferente.

Estás enfermo; aparece la infelicidad; vas al hospital a que te visiten, miras a la gente, y te sientes muy feliz. Has creado un amortiguador: por lo menos no estás tan enfermo como otros. Has perdido una pierna; un poco más adelante, en la calle, ves a un mendigo que ha perdido ambas piernas y te consuelas. Éstos son amortiguadores. Miras siempre a aquellos que ni siquiera tienen lo que tú tienes. De esta manera la vida se vuelve menos impactante, vives más confortablemente, más convenientemente y no te ves afectado. Poco a poco, los amortiguadores crean tal distancia entre tú y la vida que ya no te afecta nada. Vives encapsulado dentro de tus amortiguadores, de tus filosofías, de tus consuelos. La vida termina un día; te puedes consolar: todo el mundo tiene que morir, no es algo que esté aconteciendo especialmente para ti, la existencia no es especialmente desagradable contigo, es algo que le sucede a todo el mundo. O puedes empezar a creer en la teoría de la reencarnación, en que tú nacerás mientras el alma es eterna; de nuevo, un amortiguador. O puedes pensar que sólo el cuerpo muere, y ¿qué es el cuerpo? Nada más que huesos, médula, carne, sangre: nada que valga la pena, es algo inútil, una bolsa de basura, así que déjalo morir. En cambio tu alma pura va a existir para siempre; se ha creado un amortiguador.

Estos amortiguadores no te permiten ver lo que es la realidad; son una manera de consolarte. Sin embargo, Confucio cree que el consuelo es lo último: cuando un hombre se puede consolar, conoce el arte de la vida. En esto, según piensa Confucio, consiste todo el arte de la vida: en vivir en este mundo miserable comparativamente en calma, no demasiado agobiado comparativamente. Sí, existe la desgracia, pero uno se puede proteger de ella creando concepciones, racionalizaciones. Y la humanidad ha ido pasando de una racionalización a otra, pero siempre encuentra una nueva.

Por ejemplo, en Oriente existe una racionalización muy antigua: si eres infeliz, dicen, es porque has hecho algo equivocado en tu vida anterior. Algo ha funcionado mal en tu pasado, has creado un mal *karma*; por tanto, eres infeliz. Las cosas tienen ahora una explicación; por tanto, uno tiene que sufrir. Ya sembraste; ahora estás cosechando.

Me han contado de un hombre que era un sastre muy bueno.

Lo pillaron robando y lo condenaron a dos años de prisión. El alcalde del pueblo fue a verlo porque era el mejor sastre del pueblo, y todo el pueblo padecía por su ausencia; el alcalde también apreciaba mucho a este sastre. Cuando fue a verlo a la cárcel, lo encontró dando algunas puntadas, cosiendo algo, el viejo hábito; además, ¿qué otra cosa podía hacer? El alcalde entonces le preguntó: «Así que, según veo, ¿estás cosiendo algo?».

Y el sastre respondió: «No señor, estoy cosechando». [2]

Toda la filosofía del *karma* dice que tú ya has sembrado y ahora estás cosechando; tú ya lo has hecho, por tanto, ésta es una consecuencia natural. Te da consuelo. Nadie, por consiguiente, está haciendo algo injusto contigo. Dios no es injusto, el destino no es injusto, el mundo no es injusto, la sociedad no es injusta; es tu propio *karma*, ¿qué se puede hacer? Uno tiene que pasar por ello y mantener la propia ecuanimidad, el propio equilibrio. Y no vuelvas a hacer tal cosa, o sufrirás otra vez en la próxima vida. Así que esto es lo único que se puede hacer: no puedes cambiar el pasado, pero puedes hacer algo con el futuro... un hermoso consuelo.

Esto ha ayudado a que en Oriente continúe la pobreza, la miseria. Ha ayudado a que en Oriente continúe la fealdad, la enfermedad, la falta de higiene. Ha servido para que los orientales se consuelen a sí mismos, y ese consuelo se ha transformado en un tremendo letargo. No hay nada que puedas hacer; tienes que tolerar. Todo lo que hace falta es cuidarse del futuro. Por tanto, el pasado se tiene que aceptar y el futuro se tiene que temer, eso es todo. No obstante, aun en la pobreza, en la miseria, los orientales parecen más felices que los occidentales. ¿Por qué? Los orientales tienen un bello amortiguador, un fuerte amortiguador para protegerse.

Ahora bien, cada sociedad tiene que crear estos consuelos de diferentes maneras. Hoy en día el psicoanálisis es uno de los procesos que dan más consuelo a los occidentales. Cuando vas al psicoanalista, él le achaca toda la responsabilidad a tu madre; tú te sientes aliviado y dices: «Entonces, ¿qué puedo hacer?». Tú no puedes cambiar a tu madre, como tampoco puedes cambiar tu pasado. Tu madre es tu pasado, ¿qué le vas a hacer? La próxima vez ¡pon un poco más de atención! No entres en ningún útero, eso es todo. Es algo que ya ha pasado: tú fuiste engendrado por una madre con tales y tales características y ella te ha estropeado la vida, por tanto, tú no eres responsable; te puedes sentir bien. Simplemente ha ocurrido una calamidad, y lo hecho, hecho está: acéptalo. Después de muchos años de psicoanálisis se te prepara simplemente para aceptar, te hacen consciente de que las cosas han sido de esta manera y de que nada se puede hacer. Todas sus explicaciones son racionalizaciones y las tienen para todo: si tienes alguna pregunta, ellos tienen una respuesta.

Si fumas, ellos te explican por qué fumas. Tu madre debió de haberte destetado antes de lo que deseabas, por tanto, ahora fumas. Así que tú no eres responsable, ¿qué se podía hacer? Tu madre te destetó, ahora el cigarrillo es un seno sucedáneo, y sí que lo es un poco. ¡Se han encontrado explicaciones muy agudas! Parece que lo es un poco, porque

del seno fluye leche tibia y del cigarrillo fluye humo tibio. Hay entonces una cierta similitud; además, tú aguantas un cigarrillo de la misma forma en que aguantas un seno en tu boca.

Ahora, cuando se trata de ellos mismos, entonces hay problemas. Se dice que Freud solía explicarlo todo por medio del sexo: para cualquier cosa que tú hicieras, él podía encontrar una explicación sexual. Si te soñabas escalando una montaña, eso era sexual: estabas escalando a una mujer. Si en tu sueño conducías rápido, eso no era nada más que algo sexual: querías penetrar a una mujer rápidamente. Él encontraba todas las explicaciones a través del sexo. Así como en Oriente se encontraron todas las explicaciones a través del alma y se llegó a un proceso muy consolador, Freud lo concibió todo a través del sexo.

No obstante, algunas veces tuvo dificultades. Él mismo fue un fumador empedernido, así que una vez alguien le preguntó:

–¿Cómo se puede explicar que fumes cigarros?

–Algunas veces puede que un cigarro no sea más que un cigarro y nada más que un cigarro –contestó él.

El discípulo por supuesto no quedó satisfecho así que le dijo a los otros discípulos: «Eso demuestra simplemente que ha habido una racionalización por parte de Sigmund Freud sobre su manera de fumar cigarros».

Freud quería protegerse. Ahora bien, sería demasiado pensar que tenía algún complejo oculto tras su hábito. Todo el mundo tiene un complejo, así que todo el mundo tiene que admitir el consuelo de que debido a este complejo... Pero Freud no podía tener este complejo, porque era perturbador para él saber que «Soy el psicoanalista más importante de todos los tiempos, el fundador del psicoanálisis, estoy fumando y sé lo que es». Así que dice: «A veces un cigarro es un cigarro».

Esta forma de explicar las cosas se ha vuelto muy común en Occidente. Ha tomado proporciones casi catastróficas. El psicoanálisis siempre está intentando averiguar el “porqué” de cada cosa, como si al saber el “porqué”, todo se resolviera. ¿Por qué eres infeliz? Ve al psicoanalista que él encontrará una respuesta. Tu padre fue así, tu madre fue así, tu infancia fue así, ésta es la razón, y tú llegas a alegrarte. Llegas a alegrarte porque ahora ya tienes la racionalización.

Me han contado el chiste sobre psiquiatras más corto posible. Escúchalo, es muy corto. ¡Pon atención!

Un hombre le pregunta a otro:

–¿Eres psiquiatra?

–¿Por qué lo preguntas? –dice el otro hombre.

Y el primero contesta:

–¡Así que *eres* psiquiatra!

El psicoanálisis siempre está intentando averiguar el “porqué” de cada cosa, como si al saber el “porqué”, todo se resolviera.

“¿Por qué?”; un continuo “¿por qué?”, como si el “porqué” fuera a resolver algo cuando simplemente pospone, lleva el mismo problema un poco más lejos; no obstante, el “porqué” se puede volver a preguntar. Los hinduistas dicen que tú hiciste algo equivocado en una vida pasada. Pregunta por qué, y entonces tendrán que ir a otra vida pasada. Tú preguntas entonces por qué y el *mahatma* se enojará mucho y dirá: «¡Para! Te has pasado de los límites. Éstas son cosas para experimentar, no para preguntar por ellas». Qué sentido tiene decir: «He hecho algo equivocado en mi vida pasada. ¿Por qué? Luego eso significa que hice también algo malo en otra vida. ¿Por qué? ¿Por qué hice algo equivocado en mi primera vida?». Es inútil. Pero si en Oriente la religión se volvió un consuelo, en Occidente está pasando lo mismo con el psicoanálisis: éste se está convirtiendo en un consuelo.

El psicoanálisis es casi una compulsión obsesiva por analizar todas y cada una de las cosas y por encontrar la causa de ellas. En Estados Unidos, particularmente, se ha vuelto casi una neurosis colectiva; todo el mundo va al psicoanalista o al psiquiatra; cualquiera que pueda permitírselo. Los que no visitan al psiquiatra son los pobres, los que no pueden permitírselo. Cuando las señoras se encuentran en los clubes, hablan de su psiquiatra, de lo que ha dicho y de lo profundo que es su análisis. Y todo queda reducido al denominador más bajo. Si le preguntas al psicoanalista: «¿Cuál es la causa de que exista este loto?», él dirá: «El lodo». Si tienes experiencias espirituales, ¿cuál es la causa? Él irá al sexo, al lodo, al denominador más bajo.

Pero estas cosas ayudan en cierta forma. Si te das cuenta de que todos estos *mahatmas* que experimentan *samadhi* no experimentan otra cosa que la sexualidad, la sexualidad sublimada, te tranquilizas. Entonces ya no tienes que preocuparte por eso, no tienes necesidad de buscarlo; no es más que sexualidad sublimada, y tú estás bien donde estás. Si el Buda logró la felicidad, esto no es más que una fantasía sexual, así que no hay nada

equivocado: puedes seguir leyendo tu *Playboy* y disfrutar de tus fantasías sexuales, porque la experiencia del Buda no fue otra cosa que una fantasía sexual sublimada. Consuelos...

Me han contado un relato de la Segunda Guerra Mundial, que trata sobre un cura que predicaba una y otra vez a las tropas sobre la predestinación.

El cura les decía a los soldados que no se preocuparan por su futuro o su destino en el campo de batalla, porque si estaban predestinados a morir la bala daría en el blanco, sin importar dónde estuvieran. O, por otro lado, si tenían que salvarse, ninguna bala les tocaría.

Un poco más tarde, en el calor de la batalla, con las balas silbando a su alrededor, el cura se arrimó corriendo al árbol mayor y más cercano. Un soldado que se ocultaba detrás de él le preguntó al cura por los sermones sobre la predestinación y la razón por la cual él mismo buscaba ahora refugio. «No has entendido del todo los principios y teorías sobre la predeterminación» –replicó el cura–. «Yo estaba predestinado a correr y esconderme detrás de este árbol.»

Explicaciones y más explicaciones... consuelos ingeniosos... sitios para ocultarse.

La vida se tiene que enfrentar. Es áspera; produce mucho dolor, pero el dolor se tiene que enfrentar. Hay infelicidad: se tiene que enfrentar, hay que pasar por ella sin explicaciones y sin consuelos. Si puedes vivir tu vida sin teorizar sobre ella, directamente, inmediatamente, momento a momento, un día, llegarás a esa fuente de gozo que no es consuelo, que es contentamiento. ¿Y cuál es la diferencia? Contentamiento es un estado positivo de tu ser, el consuelo es simplemente negativo. Tengo un ojo; otros ni siquiera tienen uno, eso me consuela. Soy desgraciado; hay otros que son todavía más desgraciados, eso me consuela. Soy joven; otros ya están viejos, eso me consuela. Estoy viejo, otros han muerto jóvenes, eso me consuela. Consolaciones y consolaciones, pero todas vacías.

Confucio cree en el consuelo. Lieh Tzu cree en el contentamiento y la diferencia entre ambas posturas se tiene que recordar. La satisfacción llega sólo cuando no comparas, cuando simplemente estás dentro de ti mismo, totalmente contigo mismo, centrado, arraigado. Y al estar en tu ser, te das cuenta de repente de que el todo es tuyo y de que tú eres parte del todo; no estás separado. El ego ha desaparecido, te has vuelto universal. En ese momento hay un gran contentamiento, una gran bendición, pero esa bendición, ese contentamiento no viene de una racionalización, viene de una realización: ésa es la diferencia.

El consuelo es una racionalización, el contentamiento es una realización.

Por tanto, hay tres estados mentales: el descontento, que es un estado de comparación; te comparas con los que tienen más que tú, entonces surge el descontento. Alguien tiene un hermoso automóvil y tú vas a pie, eres un peatón, entonces estás descontento. El segundo estado es el consuelo. Eres un peatón y ves a un mendigo que no tiene pies: te comparas con alguien que tiene menos que tú, pero de todas maneras te comparas. El descontento es una cara de la moneda; el consuelo, el mal llamado “contentamiento” es la otra cara de la misma moneda. Y el nombre de la moneda es “comparación”. Cuando te deshaces de la moneda por completo, del consuelo y el descontento, de todo, entonces te encuentras de pronto en un estado de no comparar: Éste es el verdadero contentamiento. Entonces no haces comparaciones sobre quién tiene más, quién tiene menos. En realidad no es ya un asunto de tener, es un asunto de ser. El tener nunca ayuda. Puedes tener todo lo que desees, pero nadie ha realizado su vida poseyendo.

Confucio cree en el consuelo. Lieh Tzu cree en el contentamiento y la diferencia entre ambas posturas se tiene que recordar. El contentamiento llega sólo cuando no comparas, cuando simplemente estás dentro de ti mismo, totalmente contigo mismo, centrado, arraigado.

Ahora bien, hay tres tipos de personas: los que poseen, los mundanos y los que renuncian, los no mundanos. Los primeros y los segundos no se oponen entre sí, aunque así lo parezca. Los primeros creen que al poseer más obtendrás la felicidad, los otros creen que al no poseer más obtendrán la felicidad, pero ambos creen en el poseer. El tercer tipo es de una dimensión totalmente diferente: la del ser; ni poseer ni no poseer.

Éste es el sentido que le doy al *sannyas*. No seas mundano, no seas no mundano. No te compares con los que poseen más, no te compares con los que poseen menos. No te compares. Simplemente sé como eres... admite tu estado de ser. Sé, y ese estado de ser traerá una tremenda alegría, y esa alegría será una, no muchas, y esa alegría no tendrá motivo alguno, será inmotivada, será simplemente como la salud, como el bienestar.

Una vez me contaron la siguiente historia:

Había una vez un hombre solitario y desgraciado. Se dirigió a Dios diciéndole:

—Dios mío, envíame una hermosa mujer; estoy muy solo, necesito compañía.

Dios se echó a reír y le dijo:

—¿Y por qué no una cruz?

El hombre le contestó muy enojado:

—¡Una cruz! ¿Para qué? ¿Tengo aspecto de querer suicidarme? Sólo quiero una mujer hermosa.

Le fue concedida entonces una mujer hermosa, pero pronto se volvió todavía más desgraciado que antes. La mujer era un martirio constante.

Él volvió a rezar nuevamente diciendo:

–Dios mío, envíame una espada.

Su plan consistía en matar a la mujer y liberarse de ella; anhelaba poder regresar otra vez a los agradables viejos tiempos.

Pero Dios se echó a reír nuevamente y le dijo:

–¿Y la cruz, qué? ¿Te la envió ahora mismo?

El hombre se puso furioso y le dijo:

–¿No crees que esta mujer ha sido más que una cruz? Por favor, envíame sólo una espada.

Así que apareció la espada. Mató a la mujer, fue descubierto y se le condenó a ser crucificado. Le rezó a Dios y le dijo mientras reía a carcajadas:

–Perdóname, Dios mío, por no haberte escuchado. Tú hablaste de enviar esta cruz desde el propio comienzo. Si te hubiera escuchado me habría ahorrado muchos problemas innecesarios.

El mundo, el otro mundo, la vida de matrimonio y la vida del monje... tantas complicaciones. Si escuchas al Tao, entonces el mensaje es muy simple. Permanece arraigado en tu ser y te salvarás de todos los problemas que trae el poseer y de todos los problemas que trae el no poseer. Tú simplemente sé. Ser es la meta del Tao.

Y se debe entender una cosa más: siendo, tú ya *eres*. No hay un llegar a ser; no tienes que llegar a ser; lo que es ya está ahí, lo llevas dentro de ti. Sólo debe permitírsele que se abra para que el perfume se libere al viento, y ésta es la verdadera canción, el gozo.

Permanece arraigado en tu ser y te salvarás de todos los problemas que trae el poseer y de todos los problemas que trae el no poseer. Tú simplemente sé.

El hombre iba cantando, pero el canto era aparente, nada más; provenía del consuelo, no era un canto verdadero. El hombre tocaba un instrumento, pero la música no era de verdad, porque la verdadera música viene únicamente cuando estás profundamente arraigado en ti mismo. Entonces tú *te* conviertes en el instrumento y el todo toca en él.

Recuerda, si buscas consuelo lo encontrarás, pero es una falsa moneda, confortable, conveniente, es como una droga. Empiezas a beber pero continúas estando infeliz. La desdicha no cambia, pero al beber empiezas a olvidarte de ella. El consuelo es una especie de intoxicación; además, nada cambia, porque la puerta que lleva a la desdicha permanece abierta; tú sigues comparando. La comparación es la causa fundamental de la desdicha. Al no ser comparativo, al no ser ni más alto ni más bajo, al ser tú mismo

simplemente, al no pensar en relación con otros, al pensar sólo en términos de tu tremenda soledad, llegas a ser feliz.

Una vez me contaron una historia:

Había una mujer que tenía un cuerpo extraordinario. Era deliciosa, bien desarrollada, tenía las medidas perfectas. Pero con todos estos dones contrajo una neurosis a causa de los mirones.

–¿Qué medidas tomas para evitar esta calamidad? –le preguntó su psiquiatra.

–Pues mantengo las persianas bajadas, pongo barrotes en las ventanas y siempre me desnudo detrás de una mampara.

–¿Y cómo consigues impedir que los chicos miren a través del ojo de la cerradura?

–Pues dejo la puerta abierta.

Efectivamente, si dejas la puerta abierta, nadie puede espiar por el ojo de la cerradura, pero la puerta está abierta, ¿entonces de qué sirve? El consuelo es así: como la puerta que permanece abierta, porque el consuelo depende de la comparación, y la infelicidad también depende de la comparación. Por tanto, la puerta está abierta, pero tú llegas a estar cada vez más intoxicado con el consuelo, cada vez más sofocado con tus propias teorías, con tus racionalizaciones, cada vez más aislado. Oculto detrás de tus amortiguadores, no te encuentras con la vida. Deja la comparación.

Ahora bien, esta parábola, si se lee ordinariamente, te dejará la impresión de que Lieh Tzu no está diciendo nada en contra de Confucio. Ésta es la forma que tienen los taoístas de decir las cosas; son personas muy sutiles. Lieh Tzu no ha pronunciado una sola palabra en contra de Confucio, pero ha demolido toda la filosofía confuciana. En consecuencia, cuando leas estas parábolas vas a ver que no son simples. Simples lo son, en cierta forma, pero muy profundas. Tienes que sumergirte a fondo, tienes que excavar, tienes que adentrarte en ellas y conocer la diferencia entre disciplina y espontaneidad.

Si algo viene de la disciplina, el Tao está en su contra. Si algo viene de la espontaneidad, el Tao está a su favor. El Tao es espontaneidad, el Tao es “lo que es”, el Tao es una aceptación tremenda de lo que hay. Y en esa aceptación uno florece.

Si algo viene de la disciplina, el Tao está en su contra. Si algo viene de la espontaneidad, el Tao está a su favor.

3. SIN ARREPENTIMIENTO

Sería Lin Lei casi centenario cuando, en plena primavera, se puso su abrigo de piel y se fue a recoger los granos abandonados por los segadores, cantando mientras caminaba a campo a través.

Confucio, que iba de viaje a Wei, lo vio a la distancia, y volviéndose a sus discípulos dijo:

–Valdría la pena hablar con aquel anciano. Alguien tendría que ir y averiguar qué tiene que decir.

Tzu Kung se ofreció a ir. Lo encontró al final del terraplén, y mirándole a la cara musitó:

–¿No siente usted siquiera algo de arrepentimiento? Usted canta, incluso mientras va recogiendo los granos.

Lin Lei no se detuvo ni dejó de cantar. Tzu Kung continuó presionándolo hasta que el anciano se giró para mirarle y le respondió:

–¿De qué tengo que arrepentirme?

–De niño, usted nunca aprendió a comportarse; como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo. En su vejez no cuenta con esposa o hijos, y se acerca la hora de su muerte. Maestro, ¿qué felicidad ha conseguido, que le hace cantar mientras camina recogiendo los granos?

–Los motivos de mi felicidad todos los humanos los comparten –dijo Lin Lei sonriendo–, pero en vez de disfrutarlos se preocupan por ellos. Puesto que no he sufrido aprendiendo a comportarme cuando era joven, y nunca me esforcé por lograr algo ya de mayor, he sido capaz de vivir durante todo este tiempo. Debido a que no tengo esposa e hijos ahora que estoy viejo y que la hora de mi muerte se acerca, puedo ser muy feliz.

–Es humano querer una larga vida y detestar la muerte; ¿por qué tendría usted que alegrarse de morir?

–La muerte es el retorno al lugar de donde salimos para nacer. Por tanto, ¿cómo puedo saber que cuando muera aquí no naceré en otro lugar? ¿Cómo puedo saber que vida y muerte no son tan buenas la una como la otra? ¿Cómo puedo saber que no es ilusorio codiciar la vida con ansiedad? ¿Cómo puedo saber que la muerte presente no ha de ser mejor que mi vida pasada?

Tzu Kung escuchó, pero no pudo entender lo que el anciano quería decir. Regresó y se lo contó a Confucio.

–Sabía que sería una persona de mérito como para hablar con ella –dijo Confucio–, y lo es, pero él es un hombre que ha encontrado y aun así no lo ha encontrado todo.

El Tao no es racional. Tampoco es irracional. Es más que racional. La vida es más que la razón. La vida es algo que supera lo que puede ser comprendido por la mente. La vida tiene que darte más de lo que puedes aprender, supera tu capacidad de aprender. Es mucho más grande de lo que podrías conocer jamás; pero se puede sentir. El Tao es intuitivo. El Tao es más completo. Cuando enfocas la vida con la cabeza, y sólo con la cabeza tienes un enfoque parcial; se presentarán malentendidos inevitablemente. Una persona que está intentando “imaginarse” la vida, va a caer con seguridad en una trampa tremenda y no será capaz de salir de ella fácilmente. Una vez empiezas a intelectualizar sobre la vida, comienzas a extraviarte. La vida se tiene que vivir. La vida se tiene que vivir existencialmente y no intelectualmente. El intelecto no es un puente sino una barrera.

Cuando enfocas la vida con la cabeza y sólo con la cabeza tienes un enfoque parcial; se presentarán malentendidos inevitablemente.

Esto se tiene que entender; entonces la parábola tiene una importancia tremenda. Vamos a adentrarnos en ella muy despacio, tratando de entender cada frase, cada palabra realmente.

El enfoque confuciano es un enfoque mental. El enfoque taoísta es un enfoque no-mental. Confucio piensa en la vida. Lao Tzu, Chuang Tzu, Lieh Tzu no piensan en la vida porque, según ellos, tú puedes pensar una y otra vez al respecto y no harás más que

dar rodeos sin llegar nunca al centro. Pensar una y otra vez no es la forma. Ve directamente, sé inmediato, *mira* la vida, no pienses en ella.

Recuerda siempre que el menú no es la comida. Puedes estudiar el menú una y otra vez: no te servirá de mucho. Tendrás que comer, tendrás que masticar, tendrás que digerir. Tendrás que estar conectado existencialmente con tu comida, tendrás que absorberla dentro de tu ser y hacerla parte de él. No será de ayuda que estudies solamente el menú o el libro de recetas de cocina. El erudito no hace más que estudiar el menú: cuanta más hambre siente, más estudia el menú; naturalmente el erudito sigue siendo una de las personas más hambrientas que hay en la vida. Nunca ha vivido, nunca ha amado, nunca se ha arriesgado. Nunca ha actuado, nunca ha danzado, nunca ha celebrado. No ha hecho más que sentarse y pensar en la vida. El intelectual ha decidido entender primero la vida intelectualmente y luego actuar. Ahora bien, ésta no es la forma adecuada de actuar. Primero tienes que actuar y luego viene la comprensión.

Es como si alguien dijese: «Primero tengo que saber qué es el amor y luego amaré». ¿Cómo puedes saber qué es el amor? La única forma de saberlo consiste en enamorarse; no hay otra forma. Puedes ir a la biblioteca, puedes preguntar a muchas personas, puedes consultar libros, enciclopedias y encontrarás mil y una cosas sobre el amor, pero no amor. Puedes convertirte en un gran erudito, tu mente se puede abarrotar de información, pero la información no es conocimiento.

La sabiduría no es información. Ésta te puede engañar, pero no puede engañar a la vida. En lo que respecta a la vida seguirás siendo un desierto: la flor del amor no brotará nunca en tu ser. Lo mismo pasa con todo lo que es significativo. Lo mismo pasa con todo lo que es orgánico. Lo mismo pasa con todo lo que está vivo. Éste es el planteamiento básico del Tao. Ahora, la parábola:

«Sería Lin Lei casi centenario cuando, en plena primavera, se puso su abrigo de piel y se fue a recoger los granos abandonados por los segadores, cantando mientras caminaba a campo través.»

Lin Lei es un maestro taoísta, pero los maestros taoístas como él viven una vida muy ordinaria. No viven de una forma extraordinaria, no afirman que son seres especiales, genios con talento, sabios, santos, *mahatmas*; no afirman nada. Ellos simplemente viven una vida ordinaria porque son seres ordinarios, naturales como los árboles, naturales como los pájaros, naturales como la naturaleza misma. Ellos no son egoístas en absoluto. Por ejemplo, si tú quieres encontrar en la India a los *mahatmas*, es fácil que lo consigas.

Pero si fueras a la China ancestral y quisieras conocer a un maestro taoísta, nadie sería capaz de decirte dónde puedes encontrar a uno. Tendrías que moverte, vagar por todo el país... y posiblemente, en cierto momento te encontrarías con alguno. Pero eso no será posible a menos que lo hayas experimentado en tu propio ser. A menos que tengas el gusto, el sabor, no serás capaz de reconocer a un maestro taoísta.

Lin Lei es un maestro taoísta; muy simple, muy viejo, muy anciano; tiene cien años y está recogiendo los granos que abandonan los segadores. Ahora bien, éste es el trabajo más humilde que uno puede encontrar, el más mísero, y aún así... iba «*cantando mientras caminaba a campo través*».

El taoísta está siempre feliz porque no busca un motivo; no busca una situación especial para estar feliz. La felicidad es como respirar, la felicidad es como el latido del corazón, la felicidad está en su ser; no es algo que le acontece. La felicidad no es algo que acontece y no acontece, la felicidad es algo que siempre está allí. Él está lleno de felicidad. La felicidad es el material del que está hecha la existencia, y el taoísta ha entrado en armonía con ella; naturalmente, él se siente feliz. Todo lo que hace, lo hace con alegría. Su felicidad precede a su acción.

Algunas veces te sientes feliz, algunas veces te sientes infeliz, porque tu felicidad es condicional. Cuando tienes éxito te sientes feliz, cuando fracasas te sientes infeliz; tu felicidad depende de alguna causa externa. Tú no siempre puedes cantar; incluso cuando cantas, tu canción no siempre tendrá la melodía. Algunas veces será simplemente una delicia y otras sólo una repetición muerta y apagada. Algunas veces, cuando llega el amigo, cuando encuentras un amor, te sientes feliz. Algunas veces, cuando se ha ido el amigo, cuando el amado ya no está, te sientes infeliz. Tu felicidad y tu infelicidad han sido producidas por lo externo; no es algo que fluye interiormente, no es algo que te pertenece. Otros te la dan y te la quitan, las circunstancias te la dan y te la quitan. Algo así no tiene mérito porque sigues siendo un esclavo, no eres el maestro.

El taoísta está siempre feliz porque no busca un motivo, no busca una situación especial para estar feliz. La felicidad es como respirar, la felicidad es como el latido del corazón, la felicidad está en su ser; no es algo que le acontece.

Los taoístas llaman maestro a una persona cuya felicidad es absolutamente suya. Él se puede sentir feliz independientemente de la situación: en la juventud es feliz, en la vejez

es feliz; es feliz como emperador, es feliz como mendigo. Su canción no está contaminada por las circunstancias; su canción es la suya, su canción es su ritmo natural.

Este hombre, a sus cien años... Normalmente, un hombre con cien años de edad no sería capaz de cantar; ¿qué le puede mover a cantar ahora mismo? La vida ha desaparecido, la vida se ha consumido, él está casi tan seco como una pasa y no quedan esperanzas; sólo le espera la muerte. ¿De qué sirve cantar o celebrar? Un hombre de cien años no tiene futuro; su vida se ha agotado, él está acabado, en cualquier momento la muerte lo derrumbará. ¿Para quién canta? ¿Para qué? ¿Qué motivo hay para que un hombre cante así? Además, tiene que hacer un trabajo muy mísero a la edad de cien años... Tiene que recoger los granos abandonados por los segadores. Esto significa que no hay alguien que se haga cargo del anciano. Se ha quedado solo, no parece que tenga familia, no hay hijos ni hijas, ni esposa, ni hermanos, nadie que cuide de él. ¿Qué puede motivar su canto?

No obstante, si tienes la canción, la canción real, la canción que viene de tu fondo intrínseco, de tu centro más profundo, entonces no importa. Puedes seguir cantando incluso cuando llegue la muerte. Puedes seguir cantando incluso cuando alguien te esté matando. Tu cuerpo puede ser exterminado, pero tu canción no. Tu canción es eterna porque no tiene causa.

Recuerda esta ley de vida tan fundamental: lo que tiene causa nunca es eterno, aquello que tiene causa es temporal. Cuando la causa desaparece, aquello desaparece, es un subproducto. Lo que no tiene causa va a estar por siempre jamás, porque no hay nada que pueda destruirlo. Tu cuerpo morirá; tiene una causa: el encuentro de tu padre con tu madre ha sido la causa. Tu cuerpo morirá: tuvo su causa un día. Tiene una cierta energía, un cierto período de vida, luego se terminará. Cada día estás muriendo; un día simplemente desaparecerás bajo la tumba.

Pero ¿es eso todo lo que tienes? ¿Es eso todo lo que abarca tu ser? ¿No hay algo más? Hay algo en ti que existía antes de que siquiera hubieras nacido y que seguirá estando ahí —por siempre—, incluso cuando te hayas ido. Cuando hayas muerto, aquello que estaba allí antes de tu nacimiento permanecerá; aquello no tiene causa.

Por eso los taoístas no creen que Dios creó el mundo, que Dios creó al hombre, que Dios creó las almas. Si Dios hubiera creado, las almas entonces ellas tendrían una causa y un día tendrían que desaparecer, no importa cuán lejos pueda estar ese día. Si el mundo hubiera tenido una causa y el hombre hubiera sido creado, entonces un día el mundo

tendría que ser des-creado y el hombre tendría que ser des-creado. Los taoístas hablan de aquello que es eterno, no causado, no creado; no tienen un creador. En realidad, nadie ha alcanzado jamás esa cumbre, esa cumbre sublime de comprensión que tienen los taoístas. Todas las otras religiones parecen juveniles. La madurez del taoísmo es tan tremenda, tiene tal esplendor, posee tal profundidad y altura, que no da lugar a que otra religión pueda compararse con ella. Todas las demás parecen parvularios; están hechas especialmente para niños. Hechas especialmente para niños: por eso Dios es el “Padre”; los niños no pueden ser independientes, necesitan un padre. Si tu padre real ha desaparecido, entonces necesitas todavía un padre imaginario en el cielo para que te controle; no eres suficientemente maduro, no puedes valerte por ti mismo, tienes que apoyarte en unos y otros.

Los taoístas no tienen un concepto de Dios. Eso no quiere decir que sean descreídos; son muy piadosos, pero no tienen un concepto de Dios. La existencia es suficiente. No hay creador, no hay creación, existe la eternidad. Siempre ha sido así, siempre será así. Una vez has entrado en contacto con esta continuidad eterna dentro de tu ser, con el sustrato, entonces no hay por qué sentirse desgraciado. Tú eres eterno, eres inmortal; no hay muerte para ti porque nunca ha habido un nacimiento. Tú eres no-creado, no puedes ser destruido. Independientemente de las circunstancias externas, tu luz interior sigue ardiendo con brillo y la canción continúa.

Los taoístas no tienen un concepto de Dios. Eso no quiere decir que sean descreídos; son muy piadosos, pero no tienen un concepto de Dios. La existencia es suficiente. No hay creador, no hay creación, existe la eternidad.

«Confucio, que iba de viaje a Wei, lo vio a la distancia, y volviéndose a sus discípulos dijo: “Valdría la pena hablar con aquel anciano. Alguien tendría que ir y averiguar qué tiene que decir”.»

Confucio siempre estuvo buscando conocimientos. Siempre estuvo buscando a alguien que le pudiese decir algo, siempre estuvo dispuesto a tomar conocimiento prestado. El intelectual actúa de esta manera. Todo lo que posee se lo ha apropiado, nunca mira interiormente, siempre mira hacia fuera: «Si alguien lo posee, entonces tendría que ir y preguntar». El intelectual es imitativo, mecánico, como una lora; para el intelectual el conocimiento es algo que se tiene que aprender. Él nunca mira dentro de su propio ser, él

nunca mira dentro de su propia conciencia interior, él nunca trata de entender al conocedor. Él persigue el conocimiento y ahí está la diferencia. El taoísta no persigue el conocimiento, sino que quiere saber. ¿Quién es este conocedor? ¿Qué es este saber? Él quiere conocer la fuente de este saber, lo que está originando esta conciencia.

Tú estás aquí, me estás escuchando. Ahora bien, tú puedes ser o un confuciano o un taoísta, porque éstos son los dos únicos puntos de vista posibles. Si me estás escuchando y llegas a interesarte cada vez más en lo que estoy diciendo y empiezas a acumularlo, entonces eres un confuciano. Pero si al escucharme llegas a darte cuenta de la conciencia que está dentro de ti y te llegas a interesar por ella y surge esta profunda interrogación: «¿Quién soy yo?»... No se trata de que repitas las palabras “¿quién soy yo?”, sino de que surja una búsqueda, una interrogación profunda, una pasión por saber: «¿Quién está en esta conciencia que hay en mí? ¿Qué es esta conciencia que hay en mí? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Qué cualidad tiene? ¿De dónde viene? ¿Hacia dónde va?»... Si surge esta pasión por conocer tu conciencia, eres un taoísta, y sólo un taoísta es una persona religiosa.

El confuciano es un erudito, es un *pandit*, es un profesor. Si hablas con él te dirá grandes cosas, pero si miras dentro de su ser, no habrá nada. Todo lo que ha acumulado es prestado. Una y otra vez los taoístas escriben relatos en los que Confucio va de un lado a otro, siempre viaja, acumula y siempre busca dónde adquirir conocimiento, como si el conocimiento fuera una mercancía, como si el conocimiento fuera un objeto que tú puedes adquirir en algún lado, de alguna persona.

Nadie te puede proporcionar el conocimiento. No es un objeto que se puede transferir. Tienes que llegar a ser eso, tienes que crecer en sabiduría; es una transformación interior. Ninguna universidad te puede dar lo que las personas religiosas llaman *sabiduría* real. Todo lo que puedes adquirir en las universidades es información estancada, prestada, sucia, porque ha pasado a través de miles de manos; es como un billete que circula. Por eso, al billete se le llama “circulante”, porque se mueve circulando de una mano a otra, de un bolsillo a otro bolsillo. Pero se vuelve entonces cada vez más sucio. Lo mismo pasa con el conocimiento: pasa de una generación a otra a través de los siglos, de una generación a otra de profesores.

La sabiduría es fresca, la sabiduría viene de la fuente, y esa fuente está viva dentro de ti, esperando a que des un giro hacia dentro. No la busques afuera, mira hacia dentro. Jesús lo dice una y otra vez: «El reino de Dios está dentro de ti».

Nadie te puede proporcionar el conocimiento. No es un objeto que se puede transferir. Tienes que llegar a ser eso, tienes que crecer en sabiduría; es una transformación interior.

«Confucio, que iba de viaje a Wei...» Él siempre está de viaje, buscando, a la caza de conocimiento. Él recurre a todo el mundo. Si alguien dice que una persona ha llegado al conocimiento, él va para allá. Es una tontería, es algo estúpido, pero ésta es la clase de estupidez que tienen todos los eruditos. Ellos tienen básicamente la idea de que el conocimiento se puede comprar. Ellos tienen básicamente la idea de que el conocimiento es una *cosa*, no una experiencia, es una teoría, no una experiencia. Uno puede aprenderlo, por tanto, de alguien más.

Recuerda una cosa: existe una diferencia entre el conocimiento científico y el conocimiento religioso. Si se ha descubierto la ley de la gravedad, no se tiene que volver a descubrir una y otra vez; sería una tontería. No puedes dirigirte al mundo y declarar: «Lo que Newton descubrió, yo lo he vuelto a descubrir. Sí, la ley de la gravedad... He visto caer una manzana y he vuelto a descubrir la ley de la gravedad». La gente se burlará. Dirá: «Ya no hay nada que descubrir. Descubre algo que no haya sido descubierto antes».

La ciencia es información. Si una persona ha hecho un descubrimiento, éste se puede entonces transferir a los demás. El conocimiento que busca la ciencia viene de afuera, así que se puede aprender afuera. La religión, en cambio, se tiene que descubrir una y otra vez. Es como el amor: millones de personas han amado antes que tú, pero a menos que tú ames, nunca sabrás lo que es el amor. No puedes decir: «Millones de personas han amado; por tanto, ¿qué sentido tiene para mí amar otra vez? ¿Para qué seguir el mismo camino? Muchas personas han amado, lo han escrito en sus diarios, y sus cartas de amor se pueden conseguir; podemos verlo en los libros y tener el conocimiento». Pero no, tendrás que amar, tendrás que volverlo a descubrir. A menos que lo descubras no será un saber. Lo religioso es como el amor, no como la ciencia. Einstein descubrió la teoría de la relatividad; eso concluyó ya, no se necesita ahora a nadie más para redescubrirla. Lo que a un científico puede haber llevado cincuenta años descubrir, un niño en edad escolar lo puede aprender en cinco minutos. Pero éste no es el camino de lo religioso. Lo que descubrió el Buda, lo que descubrió Lao Tzu, lo que descubrió Lieh Tzu, tendrás que descubrirlo tú otra vez. Confucio está mal encaminado.

En los cuentos taoístas Confucio se utiliza como hazmerreír.

«Confucio, que iba de viaje a Wei, lo vio a la distancia, y volviéndose a sus discípulos dijo: “Valdría la pena hablar con aquel anciano”.»

¿Por qué? Tiene cien años, hace el trabajo más humilde, ¿y aun así canta? «Ve y averigua cuál es la causa de su felicidad, por qué está contento, por qué está cantando, para que podamos tener la capacidad de deducir una ley; podría descubrirse alguna técnica».

–Alguien tendría que ir y averiguar qué tiene que decir.

Tzu Kung, uno de los discípulos más cercanos a Confucio, se ofreció a ir. Lo encontró al final del terraplén y, mirándole a la cara musitó:

–¿No siente usted siquiera algo de arrepentimiento? Usted canta, incluso mientras va recogiendo los granos.

«¿No siente usted siquiera algo de arrepentimiento?» Porque, para el discípulo de Confucio, este hombre no parece tener nada de qué estar contento. Tendría que estar llorando, esto sería lo lógico. Tendría que estar lamentándose, eso sería lo racional, pero ¿cantando? Una persona de cien años, que recoge granos, que espera la muerte, ¿qué otra cosa necesita para estar pesaroso? Tendría que estar profundamente infeliz, sería lo lógico.

Esto es ilógico, pero los taoístas son personas ilógicas. Y a mí me gustaría que tú te volvieras ilógico, porque sólo las personas ilógicas son lo suficientemente afortunadas como para ser felices. Las que son lógicas nunca son felices, no lo pueden ser; han tomado la ruta equivocada desde el mismo comienzo. Piensan que, como todo lo demás tiene una causa, la felicidad también tiene que tenerla; ésta es su equivocación. La felicidad necesita sólo comprensión, no una causa. Además, la comprensión tampoco es su causa. La comprensión simplemente la desvela; ella está en tu interior. Quitá el velo y, de improviso aparece; tu amado está dentro de ti, se tiene que desvelar; eso es todo. El desvelar no es una causa. La causa implica que algo se tiene que crear; desvelar quiere decir simplemente que ella ya existía, pero que fuiste lo suficientemente tonto como para no desvelarla.

La felicidad necesita sólo comprensión, no una causa. Además, la comprensión tampoco es su causa. La comprensión simplemente la desvela; ella está en tu interior.

Este enfoque confuciano de la vida se tiene que entender porque muchos de vosotros vais a estar en compañía de confucianos. Todos los occidentales son confucianos, lógicos, intelectuales. El enfoque confuciano está basado en la idea de que la verdad se tiene que aprender, que sólo es un asunto de aprendizaje: si lo aprendes bien, sabrás qué es la verdad. No, los taoístas dicen que la verdad tiene que *vivirse*, no aprenderse. La verdad se tiene que experimentar; no vas a conocerla sólo porque te hayas vuelto un poco más informado. En realidad, para conocer la verdad tendrás que pasar por un *desaprendizaje*, tendrás que hacer limpieza en tu mente. Todo lo que has aprendido está haciendo de obstáculo. Tendrás que volverte ignorante otra vez, tendrás que volverte inocente, tendrás que dejar toda esa tontería que cargas en nombre del conocimiento. Tú no sabes nada, pero piensas *como si* supieses; éste “como si”, es el problema. Alguien te pregunta: «¿Conoces a Dios?», y tú dices: «Sí». ¿Has considerado alguna vez lo que estás diciendo? ¿Realmente sabes? No obstante, aparentas. ¿A quién estás engañando?

Me han contado una hermosa anécdota:

Un matón irrumpió en una taberna mal iluminada.

–¿Alguno de los que hay aquí se llama Donovan? –rugió.

Nadie respondió. Volvió entonces a vociferar:

–¿Alguno de los que hay aquí se llama Donovan?

Hubo un momento de silencio y luego un hombre menudito se adelantó a zancadas.

–Me llamo Donovan –dijo.

El matón lo levantó del suelo y lo tiró encima de la barra. Luego le dio puñetazos en la quijada, lo aporreó, le dio puntapiés, lo abofeteó y se marchó. Pasados quince minutos el hombre menudito volvió en sí.

–Vaya si lo he engañado –dijo–. Yo no soy Donovan.

¿A quién estás engañando? Te estarás engañando sólo a ti mismo, a nadie más. Recuerda muy bien qué es lo que sabes y qué es lo que no sabes. P.D. Ouspensky, en uno de sus libros más importantes, *Tertium Organum*, dice que lo primero que tiene que decidir el buscador es qué es lo que sabe y qué es lo que no sabe; esto es lo *primero* que tiene que decidir. Una vez se ha tomado esa decisión, las cosas se hacen muy claras. ¿Te conoces a ti mismo? ¿Sabes lo que es el amor? ¿Sabes lo que es la vida? El ser humano, sin embargo, continúa fingiendo que sabe, porque es muy doloroso saber que no se sabe, es muy estremecedor para el ego saber que no se sabe. El ego finge, el ego es el mayor farsante que existe; finge, dice: «Sí, yo conozco». Hay conocedores que dicen que Dios no existe y hay conocedores que dicen que Dios existe, pero todos ellos son

conocedores, y en lo que respecta al conocimiento, no hay diferencia alguna entre el teísta o el atea. Si vas a la India y se lo preguntas a la gente, a cualquiera, te dirán: «Sí, Dios existe». Si vas a Rusia y se lo preguntas a cualquiera, te dirán que saben que Dios no existe. No obstante, una cosa es cierta: todos ellos «saben», y ése es el problema.

El teísta y el atea no son antagónicos. No son enemigos, se acompañan en el mismo juego, porque ambos están fingiendo que saben. Un verdadero hombre de entendimiento no fingirá que sabe; entonces existe la posibilidad de que algún día sepa. Empieza con la ignorancia y puede que algún día seas lo suficientemente afortunado como para saber. Empieza con el conocimiento y, con certeza, no serás nunca capaz de conocer.

El confuciano insiste en tratar de aprender. El taoísta insiste en tratar de des-aprender. *«Lin Lei no se detuvo ni dejó de cantar. Tzu Kung continuó presionándolo hasta que el anciano se giró para mirarle y le respondió: “¿De qué tengo que arrepentirme?”.»*

Empieza con la ignorancia y puede que algún día seas lo suficientemente afortunado como para saber. Empieza con el conocimiento y, con certeza, no serás nunca capaz de conocer.

Ante todo, él ni siquiera deja de cantar para escuchar lo que está preguntando este hombre, porque los taoístas no están interesados en las personas curiosas. Dicen que la curiosidad no lleva a ninguna parte, que la curiosidad es enfermiza; la curiosidad no es suficiente, la curiosidad no es aprendizaje. El aprendizaje implica que tú estás dispuesto a jugarte la vida. El aprendizaje implica que tú no sólo eres un estudiante sino un discípulo. El aprendizaje implica que no preguntas por capricho solamente; tú estás dispuesto a adentrarte en ello a cualquier costo. Tú estás listo a pagar por ello; no es sólo una distracción.

«Lin Lei no se detuvo ni dejó de cantar.» Él no puso atención alguna a ese hombre curioso que le preguntaba: «¿Por qué estás cantando? ¿Qué es lo que te hace sentir tan feliz?», porque, si ese hombre hubiera sido un aprendiz de verdad, no le habría abordado tan de repente. Habría esperado, se habría sentado a su lado y habría esperado.

En los círculos taoístas es norma aceptada que cuando un discípulo se acerca a un maestro debe esperar, a menos que el maestro le pregunte: «¿Para qué has venido?», y el maestro sólo lo preguntará cuando haya comprobado que tú no eres un curioso simplemente, que estás aprendiendo, que no has venido sólo de paso, que tu búsqueda no

es poco entusiasta sino intensa, que estás ardiendo, que estás a punto de explotar. Sólo entonces preguntará el maestro: «¿A qué has venido? ¿Qué quieres aprender?».

El aprendizaje implica que tú no sólo eres un estudiante sino un discípulo. El aprendizaje implica que no sólo preguntas por capricho; tú estás dispuesto a adentrarte en ello a cualquier costo.

¡Ésta no es la forma de acercarse a un maestro, y desde luego es absurdo hacerle una pregunta tan tonta! Es una tontería preguntar: «¿Por qué eres feliz?». La pregunta es tonta; el “porqué” no tiene sentido. Si alguien es desgraciado puedes preguntarle: «¿Por qué eres desgraciado?». Pero si alguien es feliz no le puedes preguntar: «¿Por qué eres feliz?». Alguien está enfermo; le preguntas: «¿Por qué estás enfermo?». La pregunta es relevante. Pero si alguien está sano no le puedes preguntar: «¿Por qué estás sano?». La pregunta es irrelevante. La salud es lo adecuado, la felicidad es lo adecuado. Si alguien enloquece puedes preguntar por qué ha enloquecido, pero si está sano no le preguntas: «¿Por qué estás sano? ¿Qué motivo tienes para estar sano?». Esto no tiene sentido. Cuando te acercas a una persona feliz, a una persona realmente feliz, tendrías que mirar directamente en vez de crear una cortina espesa de preguntas. Tendrías que esperar, tendrías que ayudar al maestro, tendrías que absorber la energía que está circulando alrededor del maestro; tendrías que saborear la celebración que se está produciendo allí. Tendrías que permitir que su presencia penetre en tu ser, tendrías que ser como una esponja para que te quedas lleno de la presencia del maestro; ésa sería la respuesta.

Ahora bien, esto es una tontería, pero yo me he encontrado con millones de personas así.

Solía viajar por todo el país, e incluso en las estaciones ferroviarias... estaba a punto de coger un tren cuando alguien corría tras de mí para preguntarme: «¿Existe realmente un Dios? ¿Dios existe?».

Yo estaba a punto de coger el tren, y mi tren se estaba marchando. Le decía: «Ven más tarde». Esa persona me decía: «Pero deme sólo una simple respuesta. Una frase bastará». Como si mi afirmación o negación le fuera a afectar. Gente tonta, gente estúpida; piensan que son religiosos, que están logrando un gran aprendizaje.

Por eso es que Lin Lei no se detuvo ni dejó de cantar. «*Tzu Kung continuó presionándolo hasta que el anciano se giró para mirarle y le respondió: “¿De qué tengo*

que arrepentirme? ”.»

Observa ahora el cambio. Tzu Kung pregunta: «¿Qué es lo que le hace ser feliz?». Y el maestro responde: «¿Qué es lo que tendría que hacerme ser infeliz?». Un cambio total; un giro de ciento ochenta grados.

«De niño, usted nunca aprendió a comportarse; como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo. En su vejez no cuenta con esposa o hijos, y se acerca la hora de su muerte.»

Trata de entender cada frase. Cada una está llena de gran significado.

«De niño, usted nunca aprendió a comportarse...»

Normalmente, la gente piensa que si no aprendes a comportarte cuando eres niño, serás desgraciado toda tu vida. Te arrepentirás de no haber ido a la escuela, de no haber aprendido modales, etiqueta, pautas sociales, formalismos; te arrepentirás toda tu vida. No obstante, Lin Lei dice: «No hay nada de que arrepentirse porque cuando era un niño nunca aprendí a comportarme. Nunca fui un esclavo. Fui libre desde mi propia infancia. Nunca permití que nadie me disciplinara. Nunca fui un imitador. He vivido mi vida como quería. Nunca he permitido que nadie me enrede entonces, ¿de qué tendría que arrepentirme? ¿Por qué? No hay motivo de arrepentimiento. Si hubiera permitido a las personas, a mi familia, a los amigos, a la sociedad, al cura, al político, al Estado, si les hubiera permitido disciplinarme, entonces tendría que ser infeliz por muchas cosas. Pero he vivido una vida en libertad desde la misma infancia. Me he mantenido libre, he vivido en libertad; entonces, ¿de qué hay que arrepentirse?».

Esto es tremendamente significativo. Y cuando te lo estoy diciendo, lo siento también en mí mismo. Yo también he vivido como he querido vivir. Nunca he permitido que nadie me enrede. Acertado o equivocado, bien o mal, tontamente o sabiamente, he vivido como he querido vivir. No siento arrepentimiento. No puede haber arrepentimiento alguno. Ésta es la manera en que quería vivir, ésta es la manera en que he vivido. Y la vida me ha permitido vivir como quería vivir. Estoy agradecido, estoy reconocido. Ahora sé que si hubiera admitido a los bienintencionados, entonces habría sido desgraciado. No porque ellos hubieran querido realmente hacerme daño; ellos seguramente querían ayudarme; ésa no es la cuestión en absoluto. Ellos pueden haber tenido buenas intenciones, pero una cosa es cierta: me estaban enredando, estaban tratando de forzarme a ir en ciertas direcciones que no llegaban a mí espontáneamente. Nunca he escuchado esto. He dicho a los bienintencionados: «Gracias por las molestias

que os estáis tomando por mí, pero voy a seguir mi propio camino. Si fallo habrá un consuelo: que he seguido mi propio camino y he fallado. Pero si os sigo a vosotros, incluso si tengo éxito, siempre me arrepentiré: ¿Cómo saber cuál habría sido el resultado, cuál habría sido la consecuencia si hubiera seguido mi propio camino?».»

Me han contado de un gran doctor, un gran cirujano. Había llegado a ser conocido internacionalmente, así que cuando envejeció y se iba a jubilar, todos los discípulos que tenía repartidos por todo el mundo se reunieron para celebrarlo. El día que lo hicieron se dieron cuenta de que el doctor estaba un poco triste, que estaba allí pero no del todo. Así que un discípulo le preguntó:

–¿Tiene algún problema señor? ¿Por qué se le ve tan triste? ¿Por qué? Ha tenido una vida exitosa, nadie puede competir con usted, usted es único en su especialidad, usted es el líder indiscutible y nadie será capaz de reemplazarlo durante siglos. Tiene todo lo necesario para ser feliz; además, mire a sus discípulos, a sus estudiantes; están esparcidos por todo el mundo. ¿Por qué está triste?

Y él respondió:

–Me siento muy triste al contemplar todo este éxito, porque nunca quise ser un médico; quería ser un bailarín. Ahora toda mi vida ha transcurrido, se ha desperdiciado, porque en el fondo me arrepiento de haber escuchado a otros. Sí, he tenido éxito, pero este éxito no me satisface porque es impropio. Es como si alguien te hubiera forzado a comer cuando no tenías hambre; una comida probablemente muy nutritiva, pero sentirías náuseas. Querías beber agua y alguien te ha forzado a beber leche, ciertamente mejor que el agua, pero tú querías beber agua. Tú te estabas sintiendo sediento, y la leche no te ha dejado satisfecho, te ha desilusionado.

Puedo entender a este hombre. Se sentía triste, su tristeza era significativa; estaba triste porque todo su éxito ahora no es más que un fracaso. En el fondo él ha fallado, ha fallado consigo mismo; no confió en su propia intuición y dejó que otros lo manipulasen.

Mira lo que está diciendo Tzu Kung de este anciano, Lin Lei: «*De niño, usted nunca aprendió a comportarse...*».

¿Y de qué tiene que arrepentirse? Él ha vivido su vida, ha vivido su vida a su manera.

«*Como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo.*»

Y nunca trató de lograr algo. Él no era ambicioso; entonces, ¿de qué hay que arrepentirse? Un hombre ambicioso siempre se arrepentirá. Alejandro murió triste, con una gran frustración, porque la ambición, por su propia naturaleza, es insaciable. Se dice

que cuando Alejandro estuvo en la India fue a ver a un astrólogo y le preguntó por su futuro. El astrólogo miró su mano y dijo: «Tengo que decirle una cosa: será capaz de ganar *este* mundo, pero recuerde que no hay otro mundo. Por lo tanto, se quedará atascado. ¿Entonces qué hará?». El astrólogo debió haber sido un gran sabio, y se dice que al escuchar este “no hay otro mundo”, Alejandro se entristeció. Desde luego, con esta idea: «Una vez hayas conquistado este mundo, ¿qué vas a hacer? No hay otro mundo...», una mente ambiciosa se sentiría simplemente bloqueada; entonces ¿qué hacer?

Además, no importa lo que logres, nada se habrá logrado porque la ambición seguirá aumentando más y más. Sólo una persona no ambiciosa puede ser feliz. Una persona ambiciosa inevitablemente va a estar siempre frustrada. La ambición viene de la frustración, y de la ambición viene más frustración; es un círculo vicioso.

Este viejo maestro no estaba preocupado por tener éxito en el mundo, por probar que era alguien. No estaba preocupado por ocupar un lugar en la historia. No tenía interés en dejar su huella, porque eso es una tontería. Incluso si ocupas un lugar en la historia, ¿de qué sirve?

Me han contado una anécdota:

Cuando Moisés estaba guiando a su pueblo fuera de Egipto, al llegar al mar y ver que era imposible cruzarlo, se dirigió a su agente de prensa (la parábola está actualizada) y le dijo:

–Tengo una idea. ¿A ver qué opinas? Le puedo pedir al océano que nos deje pasar, y el océano se abrirá en dos.

El agente de prensa le contestó:

–Si puedes hacer eso te prometo una cosa: en el Antiguo Testamento tendrás dos páginas.

Sólo una persona no ambiciosa puede ser feliz. Una persona ambiciosa inevitablemente va a estar siempre frustrada.

No obstante, aunque tuvieras dos páginas en el Antiguo Testamento, o veinte, o doscientas, ¿cuál sería su significado? Además, a medida que la historia crece, esas dos páginas disminuirán cada vez más, y un día sólo serán notas a pie de página. Y luego, cuando la historia se alargue todavía más –y cada día se hace más larga–, las notas a pie de página desaparecerán en medio del apéndice, y poco a poco te habrás ido. Cuando tu

vida se termina, ¿cuánto puede durar la huella que dejas? ¿Cuál es además el sentido de todo esto? La agudeza de este viejo maestro es grande.

«Como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo.» Entonces, ¿de qué hay que lamentarse? Si eres ambicioso te lamentarás, porque la ambición nunca se satisface. Si no eres ambicioso, eres feliz, porque la frustración no te podrá atrapar. Además, el anciano no tiene esposa ni hijos, así que ¿qué es lo que le puede hacer infeliz? Trata de entender su sentido. Él está absolutamente solo, nadie perturba su soledad. Su soledad es imperturbable. «Estoy solo, libre, soy el dueño absoluto de mí mismo. Nadie me arrastra de un lado para otro, no hay familia ni relaciones; ¿de qué hay que lamentarse?»

Recuerda, cuando estás solo, no estás solo, estás aislado, extrañas la compañía del otro. Extrañas la compañía del otro porque no has aprendido todavía a estar en tu propia compañía. Extrañas la compañía del otro porque no sabes cómo estar contigo mismo. El aislamiento es negativo: es la ausencia del otro. La soledad es positiva, es la presencia de tu propio ser. El aislamiento es misantropía, la soledad es retiro. El aislamiento es feo, la soledad es hermosa. La soledad tiene su propia luminosidad.

El Buda está solo, yo estoy solo, Lieh Tzu está solo, este anciano Lin Lei está solo. Cuando tú te quedas solo, te quedas aislado, extrañas algo, simplemente. En el fondo estás buscando compañía, a dónde ir, qué hacer, en qué ocuparte para poderte evadir. Tú no has aprendido todavía cómo estar contigo mismo, todavía no has creado una relación contigo mismo, todavía no te has encariñado contigo mismo.

«En su vejez no cuenta con esposa o hijos...»

¿De qué hay que arrepentirse? Estoy solo como una gran cumbre de los Himalayas... solo. Todo es belleza, silencio y dicha.

«Y se acerca la hora de su muerte.»

La muerte, para los taoístas, no es más que regresar a casa; el recorrido ha terminado. Morir es volver al hogar, ir al origen, volver a la fuente, regresar al lugar de donde venimos.

«Y se acerca la hora de su muerte.»

Entonces, ¿de qué hay que arrepentirse? Soy feliz, simplemente; feliz sin más. Todo está simplemente bien; no hay nada más que esperar.

«De niño, usted nunca aprendió a comportarse; como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo. En su vejez no cuenta con esposa o hijos, y se acerca la hora de su

muerte. Maestro, ¿qué felicidad ha conseguido, que le hace cantar mientras camina recogiendo los granos?»

No obstante, el discípulo confuciano no pudo entender. Él repitió su pregunta. No se dio cuenta. Oyó pero no llegó a escuchar; aquello pasó por encima de su cabeza. «¿De qué tengo que arrepentirme?». Un gran planteamiento, lleno de experiencia, profundamente revolucionario, pero el confuciano no se dio cuenta.

Morir es volver al hogar, ir al origen, volver a la fuente, regresar al lugar de donde venimos.

El erudito siempre deja pasar la verdad. El *pandit* es la persona más incapaz de escuchar; su mente está completamente llena de sus propias ideas. Tzu Kung debe tener mil y un pensamientos en su mente, debe estar preparándose para hacer más preguntas, para lo que preguntará enseguida. Da la impresión de que está escuchando, pero no escucha.

«Maestro, ¿qué felicidad ha conseguido, que le hace cantar mientras camina recogiendo los granos?»

La pregunta vuelve a ser significativa: «¿Qué felicidad ha conseguido...?». Recuerda, si la felicidad tiene causa, la causa tiene que estar en el pasado. Las causas siempre están en el pasado. Si estás feliz, la pregunta es: «¿Qué te hace feliz?» Y lo que te ha hecho feliz se ha ido hacia el pasado. Por tanto, una felicidad motivada mira hacia el pasado. Lo que mira hacia el pasado se refiere a algo que ya no es más; es algo ficticio, es imaginario, es ilusorio.

La felicidad real mira al presente, nunca mira hacia el pasado. La felicidad real surge aquí, ahora, en este preciso momento; no hay un tiempo que la motive. Es una unión de causa y efecto. Trata de comprenderlo. Si dices: «Me siento feliz porque nací de padre rico», hay un retroceso de setenta, cien años. La felicidad que te llega de algo que ha pasado hace cien años es sólo un producto de tu memoria. Tú dices: «Estoy feliz porque me otorgaron el premio Nobel hace diez años». ¿Te dieron el premio Nobel hace diez años? Tu felicidad está cubierta de polvo. Diez años...mucho polvo se ha acumulado; no está fresca; está rancia. Eres una persona muy pobre: estás comiendo alimentos que han sido preparados hace diez años.

La felicidad real está aquí, ahora. No tiene interés en el pasado, no tiene interés en el futuro. Algunas veces te alegras por el futuro; tienes esperanzas de ganar la lotería, o tienes esperanzas de que algo va a pasar mañana: tu novia viene mañana y eso te produce excitación. ¿Por qué? ¿Por un mañana que todavía no ha llegado? Estás loco. Tu felicidad, o bien está orientada hacia el pasado, o bien está orientada hacia el futuro. Ambas son falsas porque el pasado no está ahí y el futuro tampoco. El pasado ya no forma parte de la existencia y el futuro aún no ha llegado. La felicidad real, auténtica, está aquí, ahora. Surge en este momento, de la nada. No hay dos momentos juntos; por eso no tiene causa, porque, para que existan la causa y el efecto serán necesarios al menos dos momentos: uno para producir la causa y otro para producir el efecto, pero sólo es aprovechable este momento individual, completo, singular.

Nuevamente, el que interroga hace la pregunta equivocada: «¿*Qué felicidad ha conseguido, que le hace cantar mientras camina recogiendo los granos?*».

«*Los motivos de mi felicidad todos los humanos los comparten...*» El anciano dice nuevamente algo hermoso: «*Los motivos de mi felicidad todos los humanos los comparten...*». Eso no tiene que ver conmigo; todas las personas los poseen, pero no se dan cuenta. No sólo no se dan cuenta, sino que los buscan alrededor de ellos. No sólo los buscan, «*sino que en vez de disfrutarlos, se preocupan por ellos*».

Por los mismos motivos, por ejemplo, estos cuatro motivos: «*Los motivos de mi felicidad todos los humanos los comparten –dijo Lin Lei sonriendo–, pero, en vez de eso, se preocupan por ellos*».

Tú estás preocupado porque en tu infancia no fuiste bien educado, no se te envió a Harvard o a Oxford o a Cambridge, porque tus padres fueron pobres, porque no se te formó tan bien como te hubiera gustado, porque no se te preparó, porque perdiste muchas oportunidades. Eso te apena, eso te inquieta. Tendría que ser un motivo de alegría, todo tendría que ser un motivo de alegría; sólo entonces una persona puede ser feliz. De otra manera, el pobre sigue lamentándose y llorando por haber sido pobre, y el rico también sigue lamentándose y llorando por haber sido rico. He conocido a personas ricas que dicen que sus padres les destruyeron porque les proporcionaron tantas comodidades en su infancia que ellos nunca aprendieron a valerse por sí mismos. Tú lo has visto, debes haber observado que es raro encontrar a un hijo de un hombre rico que sea inteligente, muy raro. Todos ellos son estúpidos, tienen que serlo, porque ¿qué necesidad tienen de volverse inteligentes? ¿Para qué preocuparse? Ya tienen todo lo que

necesitan. Ya disponen de todo lo que pueden conseguir con la inteligencia, así que ¿para qué cultivar la inteligencia? En las universidades suspenden; suspenden en todas partes. No les preocupa en absoluto.

Cuando estaba en la universidad tuve un alumno que suspendió mi asignatura durante cinco años. Le pregunté –esperé cinco años para hacerlo– al sexto año, cuando volvían otra vez los exámenes: «¿Qué planes tienes? ¿Vas a volver a suspender?». Él contestó: «¿Qué más da? Mi padre es rico. Sólo los pobres se preocupan por eso». Si has nacido en medio de una familia rica, entonces tampoco eres feliz. Si has nacido en medio de una familia pobre, por supuesto, ¿cómo vas a ser feliz? Si estás sano no eres feliz, porque al estar sano nunca piensas que la salud es motivo de alegría. Una persona sana nunca piensa en la salud. Si estás enfermo eres infeliz. Observa la lógica de tu mente. Te ocupas simplemente de todo lo que te hace desgraciado, y te olvidas de todo lo que te hace feliz; no te das cuenta de ello.

«Pero en vez de disfrutarlos, se preocupan por ellos. Puesto que no he sufrido aprendiendo a comportarme cuando era joven, y nunca me esforcé por lograr algo ya de mayor, he sido capaz de vivir durante todo este tiempo. Debido a que no tengo esposa e hijos, ahora que estoy viejo y que la hora de mi muerte se acerca, puedo ser muy feliz».

Esto lo encontrarás en todas las escrituras orientales una y otra vez: repeticiones constantes. La explicación está en que las verdades son tales que los maestros tienen que repetir las, porque si se dicen una vez no son entendidas. El Buda solía repetirlo todo tres veces, incluso las pequeñas cosas. Él le preguntaba al discípulo: «¿Me has escuchado? ¿Me has escuchado? ¿Me has escuchado?». ¡Tres veces! Lo hacía con gran compasión. Cuando las escrituras budistas fueron traducidas a idiomas occidentales, la gente se quedó muy sorprendida: ¿Por qué? ¿Hablaban el Buda para gente muy estúpida? ¿Por qué se repetía tanto? No, ellos eran tan inteligentes como tú, como la gente de cualquier lugar lo ha sido siempre. No es una cuestión de inteligencia, es una cuestión de atención consciente. Ellos no estaban atentos. Estaban tan desatentos como lo estás tú.

Te ocupas simplemente de todo lo que te hace desgraciado, y te olvidas de todo lo que te hace feliz; no te das cuenta de ello.

Yo tengo que repetirme continuamente. Mis editores se sorprenden, se sorprenden de mis repeticiones. Les gustaría arreglarlas. Yo no les dejo. Les digo: «Déjenlo como está,

porque las verdades son tales que puede que no te des cuenta la primera, la segunda vez; espero que pongas un poco de atención la tercera vez...». Tengo que seguir repitiéndolo: es como si lo machacara en tu cabeza. ¿Durante cuánto tiempo puedes seguir sin darte cuenta? Es una guerra entre yo y tú.

El anciano lo repitió, pero una vez más no fue comprendido. Tzu Kung dijo: «*Es humano querer una larga vida y detestar la muerte; ¿por qué tendría usted que alegrarse de morir?*».

Lo básico no se ha captado. Él ha captado sólo una cosa de las cuatro: la última. Pero sólo se puede entender la última si las tres precedentes han sido entendidas... «*De niño, usted nunca aprendió a comportarse; como hombre, usted nunca se esforzó por lograr algo. En su vejez no cuenta con esposa o hijos, y se acerca la hora de su muerte.*» Miralo, simplemente: la primera pertenece a la infancia, la segunda a tu juventud, la tercera a tu vejez, luego viene la muerte. Es un corolario natural, es absolutamente lógico; tienes que empezar por el mismo comienzo. Pero Tzu Kung se ha olvidado de las tres primeras, y ha saltado a la cuarta. Seguramente tenía miedo, seguramente era un hombre que tenía miedo a la muerte. Eso captó su atención.

No obstante, a menos que las tres sean comprendidas, la cuarta se escapará.

«*Es humano querer una larga vida y detestar la muerte; ¿por qué tendría usted que alegrarse de morir?*».

No es humano; a lo mejor es cosa de hombres, pero no es humano. Tienes que entender estos dos conceptos. En los diccionarios son sinónimos, pero no lo son en la realidad. Tal como te dije que *soledad* y *aislamiento* son sinónimos en el diccionario pero no en la realidad, *hombre* y *humano* son también dos cosas diferentes. *Hombre* es un concepto estático, como “perro”, como “búfalo”, como “burro”. “Hombre” es un concepto estático, nada más que el nombre de una cierta especie, una de las especies. Los monos forman una especie, los búfalos otra, el hombre otra. ¿Lo has observado? En el caso del hombre tenemos dos términos: *hombre* y *humano*. Para los perros tienes sólo un término: *perros*. Para los búfalos sólo uno: *búfalos*; para los burros, *burros*. ¿Por qué? ¿Por qué este “humano”? Tiene un significado: *hombre* se refiere simplemente a una especie biológica; *humano* no tiene nada que ver con la biología. *Humano* es un concepto en desarrollo, un concepto abierto; *hombre* es un concepto cerrado, *hombre* significa que eres un ser. *Humano* significa que eres un proceso, que estás yendo, que

eres un recorrido, que eres un peregrinaje, que eres una continuidad, que eres un “ir más allá”.

Friedrich Nietzsche ha dicho: «Lo que más amo en el hombre es que él no es la meta sino el puente. Lo que más amo en el hombre es que él es un proceso continuo, no un fin sino un medio, un recorrido».

“Humano” se refiere al puente, a un puente entre el hombre y Dios. “Hombre” se refiere al hombre, simplemente, no hay en ello ninguna apertura. La palabra *humano* está abierta, va más allá de *hombre*. “Humano” es un puente, “humano” es un recorrido, un peregrinaje; uno va en alguna dirección, uno busca algo, uno está tratando de llegar a ser. “Hombre” es estático, “humano” es dinámico. “Hombre” se parece a una cosa. “Humano” es un proceso, como un río, algo que fluye, que está llegando al más allá, que busca a tientas en la oscuridad. “Hombre” es inactividad, no ir a lugar alguno, estar lisiado, muerto, como una tumba. “Humano” es un río que no sabe dónde está el océano, pero está haciendo un gran esfuerzo por alcanzarlo.

Hombre es un concepto cerrado, hombre significa que eres un ser. *Humano* significa que eres un proceso, que estás yendo, que eres un recorrido, que eres un peregrinaje, que eres una continuidad.

Recuérdalo: el *hombre* le tiene miedo a la muerte. ¿*Humano*? No, no es *humano* tener miedo a la muerte. Una persona que está en un peregrinaje está preparada para morir si eso hace falta para continuar; está preparada para ir más allá, está preparada para usar la puerta de la muerte para cruzar al más allá.

El hombre dijo: «*Es humano querer una larga vida...*».

No, no es humano querer una larga vida. Sí, es relevante en lo que concierne al concepto “hombre”. Los perros le tienen miedo a la muerte, los búfalos le tienen miedo a la muerte, los burros le tienen miedo a la muerte; el hombre también. Pero al ser un humano, uno se excita con la posibilidad; uno quiere saber qué es la muerte. Cuando uno ha vivido su vida, empieza a sentir: «Ahora que sé lo que es la vida, me gustaría saber qué es la muerte. La vida se ha conocido, ha sido hermosa. Ahora veamos qué es la muerte, dejemos que sea otra aventura».

Sócrates fue humano cuando estaba muriendo, cuando se le estaba dando el veneno. Sus discípulos lloraban y gemían, y él dijo:

–¡Parad! Lo podéis hacer cuando me haya ido, pero no ahora. Es un desperdicio, un gran desperdicio. Una cosa tan importante está sucediendo, me estoy muriendo, ¡y vosotros estáis llorando!

Y ellos dijeron:

–Maestro, te estás muriendo, ¿no tienes miedo?

Él respondió:

–¿De qué? He vivido mi vida, la amé, fue hermosa. La he conocido, pero no hace falta seguir repitiéndola para siempre. Ahora, algo nuevo; la muerte es algo nuevo. Estoy encantado, estoy impresionado, la aventura es muy grande –dijo Sócrates–. Ahora me gustaría ver qué es la muerte.

Uno de sus discípulos, Crito, dijo:

–Pero, maestro, todo el mundo le tiene miedo a la muerte.

–No lo sé –dijo Sócrates–. No entiendo por qué la gente tiene miedo a la muerte. Si los ateos están en lo cierto de que uno muere del todo y nada queda, entonces no hay por qué temer; Sócrates no estará allí; entonces, ¿qué hay que temer? Yo no estaba allí antes de nacer y no tengo miedo de ello.

¿Has tenido miedo alguna vez de no ser antes de haber nacido? ¿Te asalta algún miedo? Ninguno. Tú dirás: «Tonterías porque entonces yo no era, por tanto ¿qué sentido tiene tener miedo?».

Y Sócrates dijo: «Yo desapareceré de nuevo si los ateos tienen razón; entonces, ¿de qué tener miedo? No habrá nadie que tenga miedo. O puede que los creyentes dispongan de la verdad y yo esté allí. Si voy a estar allí, entonces ¿por qué tener miedo?».

Ahora bien, éste es un hombre que ha vivido una vida dinámica, una vida de crecimiento, una evolución. Si tú has vivido una vida de evolución, entonces la muerte viene como una revolución, como un cambio súbito hacia una realidad desconocida. ¿Por qué tendrás uno que tener miedo? *Humano*, no, esto no es humano.

Pero no todos los hombres son seres humanos, recuérdalo. Muy raramente... en algún lugar... un Sócrates, un Lieh Tzu, un Buda; éstos son seres humanos. Normalmente existen hombres y mujeres, pero no seres humanos. Volverse un ser humano implica convertirse en un proceso, convertirse en un interrogante, convertirse en una pasión por lo imposible... en un buscador, en un buscador de la verdad.

El anciano dijo: «*La muerte es el retorno a donde salimos para nacer. Por tanto, ¿cómo puedo saber que cuando muera aquí no naceré en otro lugar?»*»

La misma actitud socrática: «*Por tanto, ¿cómo puedo saber que cuando muera aquí no naceré en otro lugar? ¿Cómo puedo saber que vida y muerte no son tan buenas la una como la otra? ¿Cómo puedo saber que no es ilusorio anhelar la vida con ansiedad? ¿Cómo puedo saber que la muerte presente no sería mejor que mi vida pasada?*».

«¿Cómo puedo saber?...». Observa la insistencia. Él no está diciendo: «Yo sé», él no está proclamando algún conocimiento. Ningún sabio ha reivindicado jamás conocimiento alguno. Por eso Sócrates dice: «Posiblemente los ateos tienen razón, posiblemente los teístas tienen razón, pero eso no importa. Dejemos que cualquiera de ellos tenga razón; yo sigo imperturbable».

Volverse un ser humano implica convertirse en un proceso, convertirse en un interrogante, convertirse en una pasión por lo imposible... en un buscador, en un buscador de la verdad.

La sabiduría, la verdadera sabiduría, es siempre agnóstica. Recuerda esta palabra: *agnóstica*. Un buscador real es agnóstico. Nunca dice: «Yo sé», y tampoco dice: «Ésta es la verdad». Él está muy abierto, no está cerrado. No tiene dogma, no tiene credo, él simplemente está consciente y atento, preparado para enfrentar cualquier realidad, la que sea. Cualquier realidad que le sea revelada, él está preparado para abordarla. Él confía en la vida. La gente que no confía en la vida inventa creencias, dogmas, teorías para protegerse a sí misma. El verdadero sabio es vulnerable; no se protege. Está expuesto a las lluvias, a los vientos, al sol, a la luna, a la vida, a la muerte, a la oscuridad, a la luz; está expuesto a todo. Él no tiene protección; su vulnerabilidad es total.

Recuerda el agnosticismo de este hombre. Una persona de cien años empieza a tenerle miedo a la muerte. Uno empieza a pensar: «El alma debe ser inmortal». Uno empieza a imaginar: «Ahora me recibirán en el paraíso con mucha fanfarria. Dios seguramente está esperando y debe haber un palacio de mármol preparado para mí». Uno empieza a imaginar cosas, empieza a soñar. Pero este hombre dice: «¿Cómo puedo saber?». Él no reivindica conocimiento alguno. Simplemente dice: «No conozco este camino o ese otro. Soy completamente ignorante, no he saboreado todavía la muerte, así que ¿cómo puedo saber? ¡Déjame saberlo! Para empezar, ¿de qué tendría que tener miedo? Puede que la muerte sea mejor que la vida. ¿Quién sabe? Deja que suceda».

La gente que no confía en la vida inventa creencias, dogmas, teorías para protegerse a sí misma. El verdadero sabio es vulnerable; no se protege.

Recuerda, la verdadera comprensión está siempre esperando para darse en el momento. Nunca decide con anticipación, nunca planea con anticipación; es espontánea.

Tzu Kung escuchó pero no entendió lo que el anciano quería decir. Regresó a contárselo a Confucio. No pudo entender porque era un gran erudito, el discípulo más cercano a Confucio. Ya estaba saturado de conocimientos; no pudo entender. Se lo manifiesta a Confucio, su maestro, ¿y qué dice Confucio? Escucha:

«Sabía que sería una persona de mérito como para hablar con ella...»

El hombre instruido siempre lo está proclamando. Ahora dice: *«Sabía que sería una persona de mérito como para hablar con ella... y lo es»*.

Él está tratando de decir a sus discípulos: «Estaba en lo cierto, mi deducción era válida: vale la pena hablar con este hombre». Pero no puede aceptar lo que ha dicho el hombre; es algo que además le sobrepasa. Dice: *«Pero él es un hombre que ha encontrado, y aún así no lo ha encontrado todo»*.

Ahora bien, esto es absurdo. La verdad no se puede dividir: o bien la has encontrado, por completo, o no la tienes en absoluto. Es imposible tener un pedacito de verdad. No se puede fragmentar, no se puede cortar en pedazos. La verdad es total, la verdad es completa; o la tienes o no la tienes. No es posible tener un poquito de verdad; pero si vas a un experto, él tiene que decir algo para probar que sabe.

Confucio dice que este hombre ha encontrado la verdad. Lo dice porque ha enviado un discípulo y ahora tiene que demostrar que estaba en lo cierto. Pero no puede admitir que el otro sepa, así que dice: «Sabe un poquito, pero no todo».

Suele suceder. Un hombre instruido siempre protege su ego. Esta declaración no puede ser más absurda. Pregunta a un Buda, pregunta a un Lao Tzu, pregunta a un Jesús, pregunta a un Krishna, y ellos te dirán que la verdad no se puede dividir. No es una cosa que puedas dividir. Es una experiencia; cuando sucede, sucede. Cuando sucede, sucede completamente. Tú desapareces en la experiencia. Confucio dice, sin embargo: «Él la ha encontrado, pero no del todo». La misma declaración muestra la ignorancia, pero el experto siempre tiene que proteger su pericia. Tiene que decir algo aunque sea absurdo.

Confucio dice: *«Ha encontrado, pero no lo ha encontrado todo»*. Ése es todo el comentario que hace cuando este anciano ha hablado de una profunda filosofía y ha dado el mensaje completo del Tao: sé anárquico, sé auténticamente verdadero con tu propio ser. Escúchate únicamente a ti mismo. No permitas que nadie te discipline. No permitas que nadie te esclavice, no permitas que nadie te condicione. Curas y políticos: evítalos, evita a los que “lo hacen por tu bien”. Recuerda que tienes que ser simplemente tú mismo y no alguien más. Esta anarquía, esta libertad caótica...Y no seas ambicioso, porque eso es algo mediocre. Simplemente vive tu vida tan completamente como te sea posible. No trates de dejar una impronta en las páginas de la historia; no tiene sentido. Y no te preocupes siempre por los demás. Poco a poco aprende a estar solo, disfruta de la soledad: ése es todo el significado de la meditación.

Y, finalmente, recuerda que la muerte no es una muerte, es un nuevo comienzo. Además, ¿quién sabe?, puede que te lleve a una vida más elevada. Si el cosmos tiene su propio ritmo, tiene que ser así. Tiene que estar llevándote a una vida más elevada. Has aprendido mucho, te has vuelto más digno; naturalmente la muerte te debe llevar a un plano más elevado del ser. Parece algo simple: una persona que ha vivido, amado, experimentado, meditado, que ha pasado por tantas situaciones en la vida se ha vuelto más digna, se le tiene que otorgar una vida más elevada. Si esta existencia tiene alguna compasión, entonces la muerte va a ser una plenitud más elevada, una cumbre mayor.

Espera con excitación, con un gran sentido de la aventura. Espera con un gozo tremendo, con deleite y celebración. La felicidad es natural; uno no tendría que buscarla, uno simplemente tendría que disfrutarla. ¿Y qué dice Confucio de un mensaje tan grandioso? Que este hombre ha encontrado, pero no lo ha encontrado todo... ¡como si Confucio lo hubiera encontrado todo!

Estas parábolas son muy sutiles. Son unas grandes demoledoras del ideal confuciano, pero de una manera muy refinada. Si no profundizas puede que nunca entiendas.

Medita sobre estas parábolas; llevan grandes mensajes, descodificalos. Tu vida se enriquecerá tremendamente con ellas.

4. NO HAY DESCANSO PARA LOS VIVOS

Tzu Kung estaba harto de sus estudios, así que le dijo a Confucio:

–Quiero encontrar descanso.

–No hay descanso para los vivos.

–¿No lo voy a encontrar nunca, entonces?

–Anhelarás el noble y arqueado montículo de tu tumba y sabrás dónde encontrarás descanso.

–¡Grande es la muerte! ¡El caballero encuentra en ella descanso, el miserable se le somete!

–Tzu Kung, lo has entendido. Todos los seres humanos entienden el disfrute de estar vivos, pero no su miseria; el hartazgo de volverse viejos, pero no su calma; la fealdad de la muerte, pero no su reposo.

La filosofía es enemiga de la verdad, y cuando digo filosofía, me refiero a toda filosofía, la mía incluida, porque la filosofía crea una cortina de palabras que no te deja ver la realidad como es. Distorsiona la realidad, interpreta la realidad, adorna la realidad, esconde la realidad, oculta la realidad.

La verdad está desnuda, la verdad está en todas partes, la verdad está adentro y afuera, y las únicas barreras son las palabras, las teorías, las teologías que has aprendido. Ellas no te permiten ver lo que es, se cruzan en el medio; son los prejuicios. Toda filosofía es prejuicio y todos los conceptos desunen. Ningún concepto une; son unos obstáculos.

Tarde o temprano, el que indaga verdaderamente llega a aquel gran momento de comprensión en el que se siente harto, cansado, cansado de toda la tontería que sigue produciéndose con el nombre de pensamiento. La palabra *Dios*, no es Dios. ¿Por cuánto tiempo puedes seguir jugando con la palabra? La palabra *alimento* no es alimento. ¿Por cuánto tiempo puedes seguir manteniendo la palabra *alimento* y continuar con hambre?

Tarde o temprano te darás cuenta de que lo que mantienes es una palabra únicamente; ella no te puede nutrir, no te puede dar vida, no te puede dar paz. No te puede dar cosa alguna. Por supuesto, lo promete todo; por eso la filosofía se vuelve tan importante, debido a sus promesas. Pero todas esas promesas están vacías, nunca se cumplen. La filosofía nunca ha ayudado a captar la verdad.

Toda filosofía es prejuicio y todos los conceptos desunen. Ningún concepto une; son unos obstáculos.

Este gran momento de comprensión ha llegado a Tzu Kung. Él era el discípulo más cercano a Confucio.

Tzu Kung estaba harto de sus estudios... Mirar es una cosa, estudiar es algo diametralmente opuesto. Si yo te digo: «Ve y mira las rosas del jardín», y tú en vez de ir al jardín vas a la biblioteca y estudias las rosas, eso es estudiar. Es algo que da vueltas sobre lo mismo una y otra vez; nunca toca el punto verdadero.

Tzu Kung estaba harto de sus estudios... Ya basta de palabras, ya basta de teorías, de dogmas, ya basta de doctrinas. Considero que éste es un gran momento en la vida de un buscador. Todo el mundo tiene que pasar por las palabras, porque se nos ha preparado para las palabras. Todo el mundo tiene que pasar por las teorías. Se nos han dado teorías desde nuestra infancia. Hemos sido criados de acuerdo con los prejuicios, las doctrinas, las Iglesias, las escuelas. Se es un cristiano, se es un mahometano, se es un hinduista, y todos hemos sido criados con condicionamientos. Así que, cuando comienza a preguntar: «¿Qué es la verdad?», tu mente empieza a suministrar palabras; ella conoce las respuestas. Todas esas respuestas son falsas, todas esas respuestas son prestadas, pero la mente te da hermosas respuestas que te satisfacen por un tiempo, y si tu búsqueda no es grande, puede que te satisfagan para siempre. Sólo un gran buscador comprende que las palabras no tienen sentido.

El lenguaje no es la puerta a la realidad; el silencio sí lo es. La conversación interior tiene que cesar; sólo entonces tendrás claridad. Sólo entonces la realidad se te revelará por sí misma. Tú continúas parloteando interiormente, y tu mente comienza funcionando constantemente de forma obsesiva, como una maníaca. Y la mente es una maníaca. Sigue creando nuevas palabras, nuevas combinaciones, nuevas teorías; sigue especulando. Es una gran inventora en lo que respecta a teorías; además, no te da un solo

intervalo, un solo espacio para mirar lo que hay. La conversación interior tiene que acabarse... Entonces, de repente no hay barreras, nunca las ha habido.

Los monjes zen dicen que, desde el mismo comienzo, la verdad está al descubierto, la verdad está frente a ti. ¿Qué estás buscando? ¿Hacia dónde estás corriendo? Tus ojos se han cerrado, no obstante, con los prejuicios.

Tzu Kung estaba harto de sus estudios... Ha aprendido mucho y ahora se da cuenta de que el aprendizaje no le ha nutrido. No le ha fortalecido, no le ha dado algo, no le ha hecho sentir más real de lo que era antes. Él no ha llegado a ningún lado, aún está vacío. No hay integración. En realidad, él no sabe quién es. Ya está harto. Tiene que haber sido un gran buscador; ni siquiera Confucio pudo engañarlo.

Confucio es un gran erudito: puede dar respuestas a todas las preguntas posibles y puede inventar hermosas respuestas. Todas esas respuestas son fabricadas, para estar por casa, pero pueden engañar a los tontos. Pueden hacer que mucha gente sienta que sabe. Pueden convertirse en consuelos. Además, él con sus conocimientos, su respetabilidad, su carácter impecable... Es un hombre virtuoso, recuerda, un hombre muy moral, un hombre de carácter, de grandes maneras, de etiqueta, un caballero. La caballerosidad es la meta de toda la filosofía confuciana; un hombre tiene que convertirse en un caballero. Él es impecable, tú no puedes encontrar una fisura en su carácter; todas las virtudes se han realizado en él. Es un hombre moral con un gran conocimiento, apoyado por la tradición, por las convenciones, las escrituras, respetado por reyes y reinas, respetado en todo el país pero, aun así no pudo engañar a Tzu Kung.

Tzu Kung estaba harto de sus estudios... Cuando llegas a estar harto de tus estudios, llega el momento en que el estudiante se convierte en discípulo. Cuando estás harto de tus estudios, entonces das un giro de ciento ochenta grados. Ya no te interesan las teorías, quieres lo real, quieres alimentos para comer y así poder nutrirte. Y no quieres más recetas, no quieres más libros de cocina, quieres la comida de verdad.

Así que le dijo a Confucio: «Quiero encontrar descanso». Las palabras crean desasosiego. Las doctrinas, los dogmas, te hacen sentir más tenso porque te extravían, te alejan de la realidad. Cuanto más lejos estés de la realidad, más desasosogado te sentirás. Deja que éste sea un criterio. Cuando sientes desasosiego, quiere decir que te has alejado mucho de la realidad. Cuando estás cerca de la realidad, hay una calma tremenda, una quietud, una gracia, un silencio, una paz. Te sientes en tu casa, porque la realidad es tu

casa. El desasosiego indica simplemente que te estás alejando y que todo tu ser está siendo arrancado de tu casa, de ahí el desasosiego.

Tzu Kung dijo: «*Quiero encontrar descanso*». Basta de teorías y basta de estudios. He estudiado todo lo que se puede estudiar. Me he convertido en un respetable hombre instruido, tu discípulo más cercano, pero eso no es satisfactorio. Ayúdame a encontrar descanso.

Quando sientes desasosiego, quiere decir que te has alejado mucho de la realidad. Cuando estás cerca de la realidad, hay una calma tremenda, una quietud, una gracia, un silencio, una paz.

¿Lo has observado? Cuanto más conoces sobre las palabras, sobre las escrituras, sobre el cristianismo, el islamismo, el hinduismo, el budismo, la *Bhagabad-gita*, el Corán, la Biblia, los Vedas, más sentirás que tu mente se vuelve cada vez más loca; se te está empujando en todas las direcciones. Una teoría dice algo, otra teoría dice algo más; se contradicen mutuamente, siempre se asfixian mutuamente. Grandes argumentos sin conclusión alguna.

En todos estos siglos la filosofía no ha llegado a una sola conclusión. Los filósofos han estado discutiendo durante cinco mil años, pero nunca ha habido una conclusión, una conclusión en la que todos estén de acuerdo. Nunca ha habido un acuerdo. No ha sucedido y no va a suceder. Dos filósofos no pueden estar de acuerdo, porque el acuerdo sólo es posible cuando conoces la realidad; entonces hay acuerdo. Si tú conoces la realidad y yo conozco la realidad, entonces hay acuerdo, porque de esta manera no hay problema. Tú conoces la misma realidad, yo conozco la misma realidad. ¿Cómo puede haber alguna discusión? La discusión es posible si yo tengo mi teoría y tú tienes tu teoría; entonces no hay posibilidad de encontrar un acuerdo. El acuerdo se da únicamente a través de la *experiencia*. La experiencia es concluyente. La discusión no es concluyente. Un argumento lleva al otro y así sucesivamente. Cuando dos personas están discutiendo, ambas no pueden estar en lo correcto. Ambas pueden estar equivocadas, pero las dos no pueden estar en lo correcto.

Me han contado una historia que sucedió una vez:

Mulla Nasruddin y su esposa estaban discutiendo un día –una habitual discusión de parejas– y se llegó a la conclusión natural, que llevó poco a poco a Mulla a la siguiente reflexión: «¿Por qué he empezado todo

esto?».

Comenzó a sentir hambre, pero la esposa ni siquiera pensaba en cocinar algo, así que fue a verla y le dijo:

–Lo siento, confieso que estaba equivocado.

La esposa le dijo:

–Eso no sirve. Tendrás que admitir que yo estaba en lo cierto. El que tú estés equivocado solamente, no cambia mucho las cosas; tendrás que admitir que yo estoy en lo cierto. ¡Haz una declaración positiva! Porque tú puedes estar equivocado, pero puede que interiormente pienses que yo también estoy equivocada, y eso no sirve de mucho.

Las dos personas pueden estar equivocadas. Recuerda, la verdad es una; puede haber tantas falsedades como quieras. La religiosidad es una; no puede haber dos, porque la verdad es una. Pero puede haber tantas filosofías como quieras. Cada persona puede tener su propia filosofía. Es tu sueño sobre la realidad; puedes elaborar tu propia teoría.

Tú no puedes elaborar la realidad. Eso crea desasosiego; y si no sacas conclusiones te quedas suspendido en un limbo. Y el no estar aquí ni allí, sino suspendido en el medio, es lo que la filosofía crea en el ser humano. Él siente inicialmente que sabe, y en lo más íntimo, sigue sintiendo también que no sabe. Ahora bien, éste es un estado de mucha tensión. Tú sabes que no sabes y aun así sientes que sabes. Sientes que sabes y aun así tú sabes que no sabes. Ahora te estás quedando dividido, te estás volviendo esquizofrénico. Además, en este estado mental no concluyente, uno siempre se siente incompleto, y lo que está incompleto duele. Queremos conocer la verdad por completo, toda la verdad.

Sucedió que una vez en un hotel se presentó un vendedor y el encargado dijo:

–Me va a ser muy difícil encontrarle una habitación, pues aunque hay una vacante, no se la puedo ofrecer.

El vendedor le respondió:

–Pero ¿cuál es la razón? ¿Por qué no me la puede ofrecer si la habitación está vacía?

–Precisamente debajo de la habitación se aloja un político importante –contestó el encargado–. Hay una habitación libre en el segundo piso, pero en el primero, debajo de la habitación libre, un gran líder político está alojado, y enloquece por pequeñeces. Si usted camina por la habitación o si hace algún ruido, armará mucho alboroto, y yo no quiero problemas. Por favor, búsqese otro hotel.

–Pero –dijo el vendedor–, si ya he buscado por todas partes. Todos los hoteles están llenos, así que, por favor, tenga compasión de mí y le prometo que ni siquiera me moveré en la habitación. Estaré trabajando todo el día en el pueblo y por la noche, cuando regrese, me iré directamente a dormir. Me marcharé por la mañana, me iré a otro pueblo, pero deme la habitación. –Así que le dieron la habitación.

El vendedor regresó a medianoche, cansado; se sentó en la cama, se quitó uno de los zapatos y lo dejó caer al suelo. De repente recordó que el gran líder político podría molestarse, así que cogió el segundo zapato y muy silenciosamente, sin hacer el menor ruido, lo puso en el suelo y se quedó dormido.

Una hora más tarde, el político fue a llamar a su puerta. Él abrió y vio al hombre enloquecido, rojo de la ira, pero no pudo entenderlo. «¿Qué pude haber hecho? ¡Si he estado durmiendo durante una hora!». Así que le dijo:

–Disculpe, ¿he hecho algo malo? A lo mejor, ¿mientras dormía...? ¿O quizás he emitido algún sonido o dicho algo? Sea lo que sea lo siento, no era mi intención.

El político contestó:

–No se trata de eso. ¿Qué pasó con el otro zapato? Durante una hora usted me ha mantenido despierto. Escuché el ruido, el primer zapato cayó al suelo y me dije: «¡Así que este hombre ya ha llegado!». ¡Y me quedé esperando a oír el ruido del segundo zapato al caer! Y me estoy volviendo loco. No puedo dormir. ¿Qué ha pasado con el segundo zapato?

Esto es lo que le sucede a una mente que se queda en un estado inconcluso: algo se queda suspendido como si fuera una espada. Tú puedes entender la dificultad del político. Él debió haber tratado de dormir, pero seguramente se quedó visualizando el segundo zapato suspendido en el aire: «¿Qué pasó?».

Tú no puedes elaborar la realidad. Eso crea desasosiego; y si no sacas conclusiones te quedas suspendido en un limbo. Y el no estar aquí ni allí, sino suspendido en el medio, es lo que la filosofía crea en el ser humano.

La mente sólo descansa cuando se llega a una conclusión, de otra manera no lo hace jamás. Y la filosofía nunca lleva a conclusión alguna. Sólo la realidad es concluyente; sólo la experiencia, la *existencia* es concluyente.

Tzu Kung estaba harto de sus estudios, así que le dijo a Confucio:

–Quiero encontrar descanso.

–No hay descanso para los vivos –dijo Confucio.

Ahora bien, este punto de vista –no hay descanso para los vivos– está basado en una filosofía que dice que la vida es lucha, que la vida es acción, que la vida es conflicto, que la vida es una guerra por la subsistencia; ¿cómo puedes descansar así? Esta misma filosofía se ha vuelto predominante en Occidente con Darwin y la filosofía de la “supervivencia del más fuerte” y con Nietzsche y “el poder de la voluntad”. A Confucio se le entiende profundamente en Occidente, él es un hombre occidental. Nació en Oriente pero no es oriental en absoluto. Su actitud hacia la vida es de actividad. Es una actitud *yang*, una actitud masculina: lucha, pelea, conquista, entra en conflicto, demuestra tu voluntad. Tú estás aquí para poner a prueba tu voluntad; tienes que demostrarle al mundo que eres alguien. Tienes que dejar una huella en la historia; de otra

manera tu vida no tiene sentido. Tienes que competir, tienes que luchar; sólo entonces puedes dejar tu huella en la historia. Si permaneces en descanso y en silencio, ¿cómo vas a dejar tu huella?

Lao Tzu no ha dejado ninguna huella en la historia. Tamerlán ha dejado su huella en la historia. Chuang Tzu no ha dejado marca alguna en la historia. Nadir Shah, Alejandro, Napoleón, Hitler, Stalin, Mao, ellos han dejado su huella en la historia. Mao fue un confuciano. Él creía en Confucio e intentó tenazmente destruir todas las posibilidades y potencialidades taoístas en China. Destruyó muchos monasterios taoístas, quería hacerlos desaparecer por completo. ¿Por qué? Porque en ellos no se enseña a luchar en absoluto. Si no enseñas a luchar, ¿cómo puedes predicar la revolución?

La actitud del Tao es de cooperación, no de conflicto. La actitud del Tao no es de ir contra la naturaleza, sino de estar con ella, de admitir la naturaleza, de dejar que tome su curso, de cooperar con ella, de acompañarla. El Tao tiene una actitud de gran relajamiento.

Recuerda que no es de inactividad. No es de actividad, tampoco de inactividad: es trascendental. El término taoísta es *wu wei* significa acción a través de la inacción. Ésa es la meta del Tao: haz pero no seas el hacedor. Actúa pero deja que el Tao actúe a través de ti; simplemente coopera. Entonces, a través del Tao puedes descansar en la vida.

La actitud del Tao es de cooperación, no de conflicto. La actitud del Tao no es de ir contra la naturaleza, sino de estar con ella, de admitir la naturaleza, de dejar que tome su curso, de cooperar con ella, de acompañarla.

Pero ¿cómo vas a poder descansar con Confucio? Él está en lo cierto; dice que, en lo que respecta a su filosofía, «no hay descanso para los vivos».

Tienes que luchar duro, tienes que mostrar tu determinación, tienes que mostrar tu voluntad. La vida está aquí para que puedas tener la oportunidad de probarte a ti mismo. Es una competición, una competición despiadada. Unos y otros se quieren ahorcar mutuamente, y si te relajas estás perdido. ¡Pelea con fuerza! Usa todas las posibilidades de mantenerte alerta y no pienses en descansar. La palabra *descanso* es escapista para la mente confuciana. No busques la meditación; esto es escapismo. No te vayas a los Himalayas, y no te sientes en silencio; esto es escapismo. ¡Haz algo! La vida es para

hacer y la muerte es para no hacer: ésa es su lógica. Naturalmente, un día morirás y entonces descansarás; así que ¿para qué preocuparse? La división que hacen es muy clara y atrayente para las mentes lógicas.

Él dijo: «*No hay descanso para los vivos*».

«¿*No lo voy a encontrar nunca entonces?*», pregunta el discípulo. Naturalmente, si no hay descanso para los vivos, entonces ¿cuándo? ¿Cuándo voy a poder descansar? ¿No lo voy a poder hacer nunca? ¿Esta pesadilla va a seguir siempre? ¿Y no tiene fin?

Confucio le dijo: «*Anhelarás el noble y arqueado montículo de tu tumba y sabrás dónde encontrarás descanso*».

«Encontrarás». Atención a esta palabra. Ésta es la mayor decepción jamás inventada por el ser humano: «Encontrarás»... No ahora, sino en algún momento en el futuro... No aquí sino en algún otro lugar. Y todas las llamadas “religiones” han utilizado este artificio decepcionante. Prometen. Dicen: «Encontrarás todo lo que quieres, pero no ahora... mañana».

Y el mañana nunca llega; por su misma naturaleza no puede llegar. El futuro nunca llega porque siempre lo que llega es el presente. Siempre es ahora, y ahora, y ahora. Dondequiera que vayas a estar, será aquí y ahora.

Y la promesa es: «*Encontrarás*». La promesa es muy ingeniosa. Eso es lo que han hecho todas las religiones. «En el cielo encontrarás paz, descanso, felicidad». Llegarás algún día pero no ahora. Y si quieres llegar allí, sacrifica la felicidad del día presente por eso. «Se tiene que pagar un precio», dicen. «Y el precio es el siguiente: sacrifica tu presente por el futuro. Sacrifica lo real por lo imaginario. Sacrifica la vida por lo que viene después de la muerte».

Y ellos han convencido a la humanidad, y casi todos han sacrificado sus vidas. Nadie regresa del paraíso para contar lo que sucede. Nadie viene después de morir a decir: «Sí, Confucio está en lo cierto». Por tanto, la decepción permanece, porque no puedes contradecirla. No puedes refutarla aunque no puedes probarla; no obstante, tampoco puedes refutarla.

«Encontrarás». Escucha simplemente esta palabra: «Encontrarás.» Ése es todo tu condicionamiento. Durante la infancia los padres dicen: «Ahora no. Cuando seas mayor encontrarás». Cuando eres mayor ellos empiezan a decir: «Ahora no. Cuando seas mayor, ya jubilado, con una buena cuenta bancaria, todo estará hecho y el tiempo para relajarse y descansar habrá llegado entonces». Y cuando eres viejo te dicen: «Después de

muerto». Ellos continúan posponiendo. La zanahoria del futuro sigue colgando frente a ti, y cuanto más te acercas a ella más sigue retrocediendo... mientras tanto, tú continúas perdiéndote todas las posibilidades.

Una filosofía orientada hacia el futuro es venenosa. Una filosofía orientada hacia el futuro es como el opio: te droga y te impide vivir tu vida ahora mismo, aquí, ahora. Y ésta es la *única* vida. Mira ahora a la repuesta de Confucio. El discípulo quiere encontrar descanso; se le dice: «No hay descanso para los vivos. La vida es lucha, así que no pidas descanso. El descanso se produce, ciertamente, pero ahora no, nunca se produce ahora. *Encontrarás*. Mira hacia delante... mira siempre hacia delante, no mires aquí, ahora. No mires ahora, en el momento, vive para el futuro y sacrifica el presente».

Éste, digo, es el mayor engaño jamás inventado por cualquier ser humano. Ha funcionado bien. El cura y el político viven de eso: del futuro. El comunista sigue diciendo: «Espera, sacrificate por el futuro. Tarde o temprano va a llegar una sociedad sin clases. Entonces todo el mundo será feliz». Tú eres infeliz, eres desgraciado, quieres descansar ya y ellos te dicen: «No te preocupes. Será posible descansar. Mira hacia delante. Deja que se produzca la revolución y entonces irán bien las cosas. Si quieres que haya felicidad en el futuro... sacrificate. ¡Sacrificate!». Los fascistas dicen: «Sacrificate para que pueda ganar la patria. Y una vez haya ganado la patria, y una vez la raza nórdica haya demostrado que es la raza superior, entonces habrá paz en la tierra».

Una filosofía orientada hacia el futuro es venenosa. Una filosofía orientada hacia el futuro es como el opio: te droga y te impide vivir tu vida ahora mismo, aquí, ahora.

El político explota al pueblo en nombre del futuro. El presente es feo, desgraciado, horrible. Él crea metas imaginarias, utopías, las decora muy hermosamente, las llena de colorido, y tú te quedas encantado y no miras alrededor. Es feo, es horrible, es una desgracia, por dentro, por fuera. Eres sólo lágrimas y nada más, angustia solamente, un infierno. Pero ellos dicen: «*Encontrarás*. Mira hacia delante. El gran día está llegando». El político vive de eso y el cura vive de eso. Además, el político y el cura no están muy distantes; son socios en el mismo negocio. El negocio consiste en no permitir al ser humano estar aquí, ahora, porque una vez el ser humano está aquí, ahora, se siente tan feliz que no escucha a político alguno ni escucha a cura alguno.

Si al ser humano se le permite estar aquí, ahora, se sentirá tan en paz y descansado que no le importará paraíso alguno. Ya lo ha conseguido; ¿a quién le importa tu paraíso? Tu paraíso parece tener sentido porque el hombre es desgraciado. Para que el paraíso siga teniendo sentido el ser humano tiene que seguir siendo desgraciado. Además, gracias al paraíso el cura existe, porque él te puede enseñar el camino, él tiene la llave, él tiene línea directa con Dios. Tú no la tienes, así que tienes que persuadir y sobornar al cura para que cuide de tus intereses y persuada a Dios para que se te proporcione felicidad. Tú has sufrido lo suficiente y has sufrido con mucha rectitud; lo has sacrificado todo por la religión, por el país, por la humanidad. «Sacrificate por lo que sea, ¡pero sacrificate!». Ése es su eslogan. Cualquier cosa servirá, cualquier ideal sin sentido servirá... pero sacrificate.

Los viejos ideales se abandonan porque se llegan a descomponer y el ser humano empieza a cansarse de ellos. Entonces se inventan nuevos ideales por los que también hay que sacrificarse; esto es lo que ha pasado en otras épocas. Sólo cambian los ideales, pero el sacrificio continúa. Algunas veces te tienes que sacrificar por Dios. El cura mahometano sigue diciendo que si mueres en campaña luchando por tu religión tienes el paraíso con absoluta certeza. Así que muere con valor, ya que sabes perfectamente que serás bien recibido en el paraíso. El comunista dice que si mueres por la revolución eres grandioso. Tu nombre resonará para siempre, serás recordado como un mártir, serás respetado. Pero haz una cosa: no vivas, sacrificate.

La situación es muy absurda. Los padres se siguen sacrificando por ti; el padre, la madre se sacrifican por ti. Ellos dicen: «Me estoy sacrificando por mis hijos». Naturalmente se desquitan al decir esto porque mientras la madre se sacrifica por el hijo, ella está destruyendo su propia vida. Ella se desquitará. Lo dirá una y otra vez, lo dejará bien claro una y otra vez: «Me he sacrificado por ti. Conócelo bien, recuérdalo bien, que he sacrificado mi vida, mi juventud, todo, por ti». Ella tratará además de persuadirte: «Haz lo mismo por tus hijos». Entonces tú te sacrificarás por tus hijos y luego les persuadirás para que hagan lo mismo con sus hijos... En consecuencia nadie vive jamás. Una generación se sacrifica por la otra, y si no te sacrificas, entonces no eres respetado. Nadie te respeta, entonces eres un criminal. Si no te sacrificas por otros, entonces te dicen: «¿Qué estás haciendo? No eres una buena persona, eres inmoral. El sacrificio es bueno. Vivir para uno mismo es egoísmo». Mira simplemente lo que esta gente ha estado diciendo: ser feliz es egoísta, sacrificarse es bueno. Pero al sacrificarte serás infeliz, y

una persona infeliz crea infelicidad a su alrededor, y una persona infeliz se desquitará; nunca podrá olvidar, su vida ha sido destruida. Nos dicen que la mujer se tiene que sacrificar por el marido y que el marido se tiene que sacrificar por la mujer. ¿Para qué? Ambos se sacrifican, por tanto, ambos pierden vida.

Yo enseño una vocación pura por uno mismo. Nunca te sacrifiques por nadie. Vive tu vida auténticamente y así nunca tendrás la necesidad de desquitarte ni sentirás rencor alguno contra nadie. Y una persona que no siente rencor contra nadie es una persona amorosa, compasiva, cordial, dadivosa. Y una persona que no siente rencor contra nadie –ni contra sus hijos, ni contra su marido, ni contra su esposa– es tremendamente hermosa. Crea un ambiente de felicidad alrededor de ella. Quienquiera que entre en contacto con ella comparte su felicidad.

Ocúpate de ti mismo.

Mira simplemente a los árboles. No hay un árbol que esté tratando de sacrificarse por otro árbol; consecuentemente, tienen verdor. Si empiezan a sacrificarse, ningún árbol tendrá verdor, ningún árbol florecerá jamás. Mira las estrellas. Se ocupan de sí mismas: brillan para sí mismas, no se sacrifican. De otra manera la existencia se volvería fea y oscura. El ocuparse de uno mismo es natural. Y ese “sí mismo” que estoy enseñando es lo que define el Tao: tu naturaleza. Escúchala, síguela. Tu naturaleza te está diciendo: «Sé feliz».

Nunca te sacrifiques por nadie. Vive tu vida auténticamente y así nunca tendrás la necesidad de desquitarte ni sentirás rencor alguno contra nadie.

Si este mismo Tzu Kung hubiese preguntado a Lao Tzu, él habría dicho: «Muchas felicidades. ¿Estás cansado de tus estudios? Muy bien. Deja entonces todo pensamiento, ahora medita. ¿Quieres descansar? Ahora mismo es posible». Lao Tzu no habría dicho: «Lograrás». El futuro no tiene sentido, es un truco, un truco para consolarte en el sentido de que, aunque no lo tienes ahora, lo lograrás. Puedes tener esperanzas, y con esas esperanzas puedes envenenar todo tu ser.

El cura y el político quieren que te conviertas en mártir, y los mártires no son buenas personas porque están muy enojados. Han desaprovechado su vida, tienen por qué estar enojados; es natural. Los has forzado a destruir su vida, los has persuadido, los has

sobornado para destruir su vida; ¿cómo van a estar felices? ¿Y cómo van a ser capaces alguna vez de perdonarte? Imposible.

Vive para ti mismo y vivirás para todos los demás, pero éste no es un sacrificio. Vive para ti mismo. Sé real, auténticamente dedicado a ti mismo; ése es el proceder de la naturaleza. Cuida de tu felicidad, de tu descanso, de tu vida, y te sorprenderás de que cuando te sientes feliz ayudas a otros a sentirse felices, porque entiendes, poco a poco, que si los otros se sienten felices tú te sentirás más feliz. La felicidad sólo puede existir en un océano de felicidad. No puede existir sola.

Recuerda la lógica, la profunda lógica del ocuparse de sí mismo. La felicidad no puede existir como una isla, no. Si todos los que te rodean fueran infelices, te sería muy difícil ser feliz, casi imposible, porque ese océano de infelicidad que te rodearía por todas partes, seguiría estrellándose en tus orillas. La infelicidad de alrededor te afectaría, penetraría en tu ser. Por tanto, una persona feliz poco a poco empieza a entender la ley básica, fundamental, que dice: «Si quiero ser feliz, es bueno hacer feliz a la gente que me rodea». Pero no está sirviendo a otros, recuérdalo. No se sacrifica. Se ocupa simplemente de sí mismo. Quiere sonreír, entonces te ayuda a sonreír a ti, porque una sola sonrisa no puede existir; parecerá muy absurda. Piénsalo, simplemente: estás sentado en medio de un salón lleno de gente; sólo una persona sonríe y todos los demás están serios. Se sentirá un poco avergonzada, empezará a sentirse culpable; ¿por qué sonrió cuando nadie más está sonriendo? Hay algo que no está bien. La próxima vez será más cuidadosa; se lo pensará dos veces.

Ahora bien, cuando todos se ríen, entonces es muy simple reír; el todo crea la posibilidad de reír. Dependemos del todo, somos parte del todo.

Al ser feliz, tú creas la posibilidad de que otros sean felices. Y éste es un servicio real, no es un sacrificio en absoluto; no te estás convirtiendo en un mártir. La madre es feliz; por eso ama al hijo. Ella es tan feliz que quiere compartir su felicidad con el hijo. Ella no tendrá nunca resentimiento alguno. En realidad, ella se sentirá agradecida con el niño, porque gracias a él tuvo muchos momentos hermosos. Siempre se sentirá agradecida con el hijo. «Gracias a que viniste a mí, gracias a que me elegiste como tu madre, a que elegiste mi vientre, me has hecho tan feliz, me has dado momentos tan hermosos que no habrían sido posibles sin ti. Me siento agradecida». Y el hijo se sentirá agradecido hacia una madre que está agradecida con él, y nunca irá en contra de la madre o en contra del

padre; será muy difícil. Es raro encontrarse con alguien que no esté en contra de la madre o en contra del padre. Es muy raro.

Gurdjieff solía decir a sus discípulos: «Hasta que no hayáis perdonado a vuestros padres y a vuestras madres, no podréis crecer». Tú dirás: «¡Qué tontería! ¿Qué está diciendo? Hasta que no perdones...». Él lo tenía escrito en su puerta: «Hasta que no hayas perdonado a tu padre y a tu madre no entres aquí». No obstante, nadie ha sido capaz de perdonar a su padre y a su madre, porque el padre y la madre se han sacrificado demasiado.

El padre y la madre han sido tan desgraciados debido a los hijos. Y continúan diciendo lo mucho que han sufrido. Ninguna madre dice: «He disfrutado mucho al tenerte como hijo». Ningún padre dice: «Al venir a nuestra casa nos has traído luz, nos has traído amor». Si esto sucediese los hijos serían capaces no sólo de perdonar, sino de amar, de sentirse agradecidos.

Al ser feliz, tú creas la posibilidad de que otros sean felices. Y éste es un servicio real, no es un sacrificio en absoluto; no te estás convirtiendo en un mártir.

Una vez se haya entendido el Tao, todo el negocio del psicoanálisis desaparecerá, porque todo el negocio del psicoanálisis se basa en el hecho de que tú no puedes perdonar a tu padre y a tu madre. ¿Qué haces cuando yaces en el diván del psicoanalista? Simplemente te enojas con tu padre y con tu madre. ¿Qué haces en la terapia primal? Janov carecerá de significado si se entiende el Tao. ¿Qué es lo que haces cuando pateas y gritas en una terapia primal? ¿A quiénes estás dando puntapiés? A tu padre y a tu madre. ¿A quiénes estás gritando? A tu padre y a tu madre.

Si escuchas a un paciente en el diván del psiquiatra, el noventa por ciento de todo lo que habla está relacionado con su madre. «Madre» parece ser el problema. Lo es, pero la razón de ello está en que el político y el cura han contaminado la mente de la humanidad. Ellos siempre dicen: «Lo conseguirás. Mira hacia delante. Serás feliz en el futuro».

El momento presente es todo lo que tienes. Utilízalo inteligentemente, no te dejes engañar por cualquiera.

Confucio dice: «*Anhelarás el noble y arqueado montículo de tu tumba...*».

Una tumba es una tumba; no importa cómo la construyas, es una cosa fea. Puedes hacerla de mármol y escribir el nombre con letras de oro, pero no engaña a nadie, no

tiene sentido. Dentro sólo está la muerte y una muerte fea porque es de una vida no vivida. Una vida que nunca se ha vivido, es fea. Una vida que se pospone es fea; una vida que se vive es hermosa. Y hay muy pocas personas que viven sus vidas; sólo esas personas tienen una muerte hermosa. Entonces la muerte también es hermosa, porque ellos son tan capaces de vivir que un día empiezan también a vivir su muerte. Viven su vida, luego viven su muerte.

Una vida no vivida no te puede llevar a una muerte hermosa. Sí, puedes construir una tumba de mármol y escribir el nombre con letras de oro y grabar sobre ella una hermosa poesía. Puedes además alumbrarla con velas y colocar flores, pero todo eso es falso. ¿A quién estás tratando de engañar? A pesar de todo ese mármol y letras de oro y flores y velas, la persona no puede vivir; la persona está muerta. Además, nunca se le permitió vivir, debido a ti. Mira esta peligrosa frase de Confucio: «*Anhelarás el noble y arqueado montículo de tu tumba y sabrás dónde encontrarás descanso*».

Si el descanso no se logra en la vida, no se podrá conseguir con la muerte. Permite que ésta sea una regla absoluta: todo lo que logres en la vida podrás mantenerlo en tu muerte; no al revés. Si has logrado meditar, entonces tu muerte será meditativa. Si has logrado el amor, tu muerte estará llena de energía de amor. Si has logrado la divinidad, tu muerte será divina.

Pero recuerda: la muerte no puede lograr cosa alguna, el logro viene a través de la vida. La muerte es sólo el reconocimiento final, el juicio final. La muerte simplemente cierra tu vida y el juicio llega al final. Si la persona fue un gran amante y amó, amó incondicionalmente, y su vida fue una llama de amor, una luz de amor, entonces la muerte cerrará el capítulo con esta llama ardiendo brillantemente. Pero si la muerte cierra tu vida, y ésta fue mísera y nada más –sólo una esperanza por el futuro, nunca una experiencia auténtica–, entonces morirás de forma fútil. Gurdjieff la llama “la muerte del perro”. Entonces tú simplemente mueres, pero no logras cosa alguna; no hay nada.

Si el descanso no se logra en la vida, no se podrá conseguir con la muerte.

Nadie logra algo en la muerte a menos que lo haya logrado en vida. La muerte sucede en un solo momento. ¿Qué puedes conseguir en un solo momento? ¿Desperdicias una vida durante setenta y ocho años y esperas lograr algo en un solo momento? Durante

ochenta años viviste inconscientemente, en confusión, en la locura, en medio de pesadillas ¿y súbitamente vas a descansar en la muerte? No, señor, te revolverás en la tumba, no encontrarás descanso.

Confucio está equivocado, absolutamente equivocado. Está dando un consuelo. Esto es un crimen. Dar esta clase de consuelos es un crimen contra la humanidad, porque puedes confundir a otros. Y él consiguió confundir a su discípulo.

«¡Grande es la muerte! ¡El caballero encuentra en ella descanso, el miserable se le somete!», dijo el discípulo.

Confucio consiguió confundirlo. El gran momento ha sido destruido. Tzu Kung se ha acercado mucho a la puerta por la que hubiera podido escapar, pero Confucio lo tira hacia atrás. Y el discípulo empieza otra vez a hablar en términos de filosofía, de dogma, de estudios. Eso es lo que ha aprendido en las escrituras: *«¡Grande es la muerte!»*. Él no sabe. Ni siquiera sabe descansar; ¿cómo puede conocer la muerte? La muerte es el último descanso, el descanso absoluto... Él no conoce siquiera el descanso relativo. Él no sabe lo que es la vida, está confundido, dividido, y empieza a decir: *«¡Grande es la muerte!»*. Al escuchar al maestro se vuelve a obnubilar con las palabras.

Confucio fue un gran educador, muy carismático; su impacto fue grande. Él ha gobernado China durante siglos; aún es influyente, todavía domina. En la India ha habido un hombre, Manu, que puede ser comparado con Confucio. Manu todavía domina en la India, y es el mismo tipo de persona, nada diferente. La sociedad hindú se basa en las leyes de Manu y la sociedad china se basa en las leyes de Confucio. Y estos dos hombres han destruido ambos países.

«¡Grande es la muerte!»

Al escuchar a su maestro, a su profesor, el discípulo se desconcierta otra vez; el carisma funciona, se le ha engañado. Él se olvida que ha dicho: *«Quiero encontrar descanso y estoy harto de todos mis estudios»*. Él estaba justo en el punto de viraje en el que el estudiante puede convertirse en discípulo. Lo dejó pasar nuevamente. Vuelve a caer en la vieja trampa, en la cual se cae siempre fácilmente, porque uno la conoce muy bien, resulta familiar. No sabiendo nada de la vida, no sabiendo nada del descanso, él pronuncia una verdad tan profunda: *«Grande es la muerte»*. Él debe haberlo leído. Sí, en las escrituras se dice: *«Grande es la muerte»*. Pero la muerte es grande cuando la vida es grande.

Recuerda, tu muerte es tu muerte; mi muerte es mi muerte. Mi muerte dependerá de mi vida, tu muerte dependerá de tu vida. Si tu vida es grandiosa, tu muerte será grandiosa porque la muerte es la culminación de tu vida. Si has vivido bien, totalmente, llegarás a una cumbre grandiosa, a una cumbre como la de los Himalayas. Pero si sólo has estado arrastrándote por el suelo, si no has vivido en absoluto, si has estado simplemente soñando y creyendo y deseando sin que nunca te haya llegado un solo momento de vida, ni un solo momento de autenticidad y tú has estado representando, ocultándote detrás de máscaras, si nunca fuiste una persona auténtica, si fuiste siempre falso, tu muerte va a ser falsa, no puede ser grandiosa. El final puede ser grande sólo si todo el recorrido ha sido grande. Cada paso del recorrido contribuye al final. Es algo simple, obvio. Si has estado danzando en tu vida, tu muerte será una gran danza. Si sólo has estado llorando y lamentándote, tu muerte será sólo un lamento y un llanto: no puede ser de otra manera; es la conclusión de tu vida.

Así que recuérdalo: Cada uno vive *su* vida y cada uno *muere* su muerte. Tan única y diferente es la muerte, como la vida es única y diferente. Cuando el Buda muere, por supuesto, el Buda muere. Cuando Lieh Tzu muere, por supuesto, Lieh Tzu muere. Sus muertes tienen una gloria, una fragancia... es un florecimiento. En un solo momento toda su vida alcanza la llama suprema. Ellos han llegado, han llegado a casa. Tu muerte no es más que el comienzo de otra vida aburrida. Aquí mueres, allí has nacido. Entrás por una puerta, por otra puerta vuelves otra vez a la vida y sigues, por supuesto, la misma ruta; la misma rueda se mueve.

Cada uno vive *su* vida y cada uno *muere* su muerte. Tan única y diferente es la muerte, como la vida es única y diferente.

«¡Grande es la muerte!», pero no en los labios de Tzu Kung. Sí, si lo estuviera diciendo Lao Tzu, estaría bien. Ni siquiera en labios de Confucio la muerte es grande, porque todo el enfoque está equivocado.

«El caballero encuentra en ella descanso...»

Recuerda esta palabra, *caballero*. Éste es el valor más elevado en la ética confuciana, el caballero. ¿Y quién es un caballero? Una persona falsa. ¿Quién es un caballero? Un hipócrita. ¿Quién es un caballero? Uno que está enmascarado en las maneras, la etiqueta, el carácter, uno que es convencional, tradicional. Un caballero no es un individuo, sólo

es un miembro de la sociedad. Él no existe por sí mismo, no tiene vida propia. Él existe sólo como una parte de la sociedad; por tanto, lo que permite la sociedad conforma su vida y lo que la sociedad no permite él se lo deniega. Él elige la sociedad en lugar de la naturaleza. Eso es lo que hace un caballero: elige las leyes hechas por el hombre contra las leyes de la naturaleza. Un caballero es alguien que ha traicionado la existencia, un caballero es alguien que ha elegido la sociedad. Y la sociedad está neurótica, la sociedad está enferma, la sociedad no es normal en absoluto. Todavía no ha existido una sociedad normal sobre la tierra. Sólo ocasionalmente unos pocos individuos han sido normales.

La sociedad es anormal, una gran multitud de personas dementes. El caballero es alguien que sigue a esta multitud. Un caballero no tiene alma. Por supuesto, la sociedad le respeta tremendamente. La sociedad tiene que respetar a esta persona, la sociedad le llama *mahatma*, el «santo», el «sabio». La sociedad le respeta porque ha sacrificado su vida por ella.

El hombre real es rebelde. Un hombre real no le da importancia a la respetabilidad, un hombre real vive su vida naturalmente. A él no le importa lo que la sociedad dice o no dice. La sociedad no es una consideración para el hombre real. Si quieres ser falso, entonces la sociedad se tiene que considerar a cada paso: qué decir, cómo decirlo, cuándo decirlo, cuándo no decirlo, cómo vivir, cómo no vivir. La sociedad lo ha determinado todo. Tú sólo tienes que encajar, tú sólo tienes que ser un diente en el engranaje. Un hombre real no es respetado. ¿Cómo puede respetar la sociedad a un hombre real? De ahí que Jesús sea crucificado, de ahí que el Buda sea apedreado, de ahí que Sócrates sea envenenado.

La sociedad acepta a estas personas sólo cuando están muertas. Entonces no hay problema, porque un Jesús muerto no puede ser rebelde, un Sócrates muerto no puede ser rebelde, un Buda muerto se vuelve un *avatar*. Un Buda vivo es peligroso, pero un Buda muerto puede ser venerado en un templo. Recuerda, cuando estas personas verdaderamente grandes mueren la gente las venera. Cuando están vivas entonces la gente está muy en contra de ellas. La misma gente que crucificó a Jesús se ha vuelto cristiana; la misma gente. La gente es la misma en todas partes. Jesús era intolerable, pero un Jesús muerto está bien; ¿qué puede hacer él? Un Jesús muerto está en tus manos. Tú lo interpretas, tú construyes teorías sobre él; él no puede tener su propia expresión, tú hablas por él. Siempre pasa esto.

Por tanto, si realmente quieres ser una persona auténtica, nunca te preocupes mucho por lo que la sociedad dice al respecto. No estoy diciendo que vayas contra la sociedad, no; eso no es rebelión, es reacción. Tú sigue a tu naturaleza. Si ella encaja con la sociedad, totalmente de acuerdo, no hay necesidad de ir en contra. Si ella no encaja con la sociedad, totalmente de acuerdo, no hay necesidad de que te adhieras a la sociedad.

Hay una diferencia entre la persona rebelde y el reaccionario. El reaccionario es alguien que va en contra de la sociedad en cualquier circunstancia. Él ha decidido ir en contra de la sociedad incluso si la sociedad está en lo correcto. Algunas veces la sociedad está en lo correcto, porque la sociedad no puede estar absolutamente equivocada... Incluso una persona demente algunas veces está en lo correcto. Incluso esta sociedad demente algunas veces está en lo correcto, de otra forma no existiría. Para que exista, al menos *alguna cosa* tiene que estar en lo correcto, de otra forma la vida se volvería imposible.

Un reaccionario es precisamente la misma persona tradicional que se ha ido al otro extremo. La persona tradicional se adhiere a la sociedad, acertada o errónea. «Acertado o erróneo, éste es mi país. Acertada o errónea, ésta es mi religión. Acertado o erróneo, éste es mi cura. Acertadas o erróneas, éstas son mis escrituras». Así es el hombre tradicional. Entonces, un día, alguien se pasa precisamente al otro extremo. Dice: «Éste o no en lo cierto esta sociedad, no voy a apoyarla». Éste es el reaccionario. Son la misma clase de gente, no hay diferencia.

¿Quién es una persona rebelde? La persona rebelde es alguien que no se preocupa por la sociedad en absoluto. Simplemente vive según su ser más profundo; es alguien que sigue su Tao. Si la sociedad encaja con este Tao interior, bien, ella se adhiere a la sociedad, no es reaccionaria. Si la sociedad no encaja con su Tao interior, se queda sola. No es una persona tradicional, convencional, honorable. Su criterio depende de su alma interior.

Con la palabra “caballero” se designa a alguien que ha sido persuadido por la sociedad para que venda su ser auténtico y se apropie una máscara falsa de la sociedad.

La persona rebelde es alguien que no se preocupa por la sociedad en absoluto. Simplemente vive según su ser más profundo; es alguien que sigue su Tao.

«*¡Grande es la muerte! ¡El caballero encuentra en ella descanso...*». Ahora bien, ¿qué tiene que hacer un caballero con el descanso y la muerte? ¡Un caballero no puede encontrar descanso ni siquiera en la vida! El caballero está muy reprimido, el caballero no ha dejado que todo su ser juegue libremente. Ha denegado mil y una cosas y ellas están bullendo en su interior, ¿cómo puede encontrar descanso? Y si no puedes encontrar descanso en la vida, ¿cómo lo vas a encontrar en la muerte? No te engañes; eso es opio. Tú esperas que algo que nunca sucedió en la vida suceda en la muerte; estás bajo los efectos de una droga.

El caballero no ha amado nunca cuando ha querido amar, el caballero no se ha enojado nunca, el caballero no ha odiado a nadie; no es que no haya odiado, sino que no lo ha mostrado. Todo lo que puede hacer el caballero es cambiar sus expresiones; el ser interior no cambia nunca. La ira surge en él, pero no la muestra, la reprime. Entonces él sigue acumulando mil y una cosas en su interior que producen caos, que bullen por dentro. Puede explotar en cualquier momento; un caballero es una persona con la que es peligroso vivir. No vivas nunca con un caballero o con una dama. Una mujer es hermosa, una dama es fea. Una mujer es natural, una dama es fabricada. El caballero y la dama son personas fabricadas, simplemente cultivadas, decoradas, falsas, deshonestas. Cuando se enojan, sonríen; cuando te odian, te abrazan. Tú nunca puedes fiarte de ellas, nunca puedes decidir cuándo están sonriendo realmente y cuándo están fingiendo. En realidad, después de una larga práctica, incluso ellos no pueden saber si estaban riéndose realmente o sólo fingiendo que reían, si realmente amaban a esa mujer o si sólo estaban fingiendo.

Muchas personas vienen a mí y dicen: «No podemos saber si hay amor realmente o no». Uno ha vivido en la mentira durante tanto tiempo, a lo mejor durante muchas vidas, que ha perdido el rastro. Uno no puede sentir siquiera qué está bien y qué está mal, y qué es verdadero y qué no es verdadero. Sucede a diario. Alguien viene y dice: «Estoy enamorado de esta mujer, pero no puedo saber si la amo realmente». ¿Qué muestra esto? Que has perdido todo contacto con tu propio ser, que estás alienado. Te has convertido en un extraño para ti mismo. Esto tendría que ser algo simple. Es como si alguien dijera: «No puedo saber si esta rosa es una rosa real o pintada solamente. No lo puedo saber». ¿Esto qué quiere decir? «No puedo saber si estos árboles son verdes o si alguien ha tirado simplemente pintura verde sobre ellos». Pero estos árboles están fuera de ti. Puede que algunas veces te puedas engañar –tal vez el árbol es falso o es de plástico–, pero

¿cómo no puedes saber nada sobre tus propios sentimientos? ¿Qué deja ver esto? Esto demuestra simplemente que has olvidado el lenguaje de la verdad. Has mentido durante tanto tiempo, tanto tiempo, que las mentiras casi se han convertido en tus verdades.

El caballero es una persona inauténtica. No seas nunca un caballero, no seas nunca una dama. Sé un ser humano. Estos son roles, actuaciones. Sé veraz; es *tu vida*. Sé auténtico para que ella pueda crecer, porque todo crecimiento se produce cuando somos veraces y auténticos. Posiblemente tendrás que pagar mucho –uno tiene que pagar, tal vez habrá dolor–; todo crecimiento se da a través del dolor; posiblemente tendrás siempre dificultades, pero no hay que preocuparse; vale la pena.

Sócrates murió, fue envenenado. ¿No te has sentido quizás celoso de él? Tú estás vivo, ¿no te gustaría cambiar tu vida por la muerte de Sócrates? Su muerte es más verdadera que tu vida. Jesús fue crucificado. Tenía sólo treinta y tres años, no había conocido mucho, pero ¿no te gustaría intercambiar los puestos? ¿No preferirías estar en la cruz en lugar de vivir tu vida sin sentido? Al menos él fue veraz, en la cruz pero veraz. Tú no eres veraz.

El caballero es una persona inauténtica. No seas nunca un caballero, no seas nunca una dama.
Sé un ser humano. Estos son roles, actuaciones. Sé veraz; es *tu vida*.

Una vida no verdadera es peor que una muerte verdadera; una muerte verdadera es mejor. Una felicidad no verdadera es peor que una infelicidad verdadera; recuérdalo siempre. Las lágrimas verdaderas son mejores que las falsas sonrisas, porque el crecimiento se da cuando se es veraz. El crecimiento nunca se da con la falsedad, y el ideal del “caballero” es el ideal de un hombre falso.

«¡Grande es la muerte! ¡El caballero encuentra en ella descanso, el miserable se le somete!»

Y recuerda esto también: Confucio siempre está comparando. Siempre está creando distinciones entre el caballero y el miserable, el superior y el inferior, el extraordinario y el ordinario.

El Tao dice que nadie es superior y nadie es inferior, nadie es grande y nadie es miserable, porque pertenecemos a una realidad, a un Tao. ¿Cómo podemos ser miserables, o superiores, o inferiores? Esto es imposible; estamos hechos del mismo material. Es la existencia la que vibra en ti, es la existencia la que vibra en mí, es la

existencia la que vibra en los árboles y en las rocas. Nadie es superior y nadie es inferior. La misma idea es egoísta, mas la filosofía confuciana está basada en el ego.

Ahora, el mismo Tzu Kung dice: «*¡Grande es la muerte! ¡El caballero encuentra en ella descanso, el miserable se le somete!*». Ahora está disfrutando con la idea de que él es un gran hombre, un caballero, puesto que Confucio le ha convencido recurriendo a su ego: «Tú eres un gran hombre, un caballero, un ser superior. Tú encontrarás el descanso en la muerte. Tú no eres miserable, así que no te preocupes; sólo las personas miserables no encuentran descanso con la muerte». Y no busques descanso en la vida, porque esto también es de miserables en lo que respecta a Confucio. El descanso no es posible, el descanso es escapismo.

Confucio siempre se sintió inquieto con Lao Tzu y sus enseñanzas. Se dice que una vez fue a verlo. Por supuesto, él era mayor que Lao Tzu, así que esperaba de él que se comportara de forma respetable, tal como lo espera un anciano. Pero Lao Tzu estaba sentado y ni siquiera se puso de pie para saludarlo. Ni siquiera le dijo «Siéntese, señor», ni le prestó mucha atención. Confucio se enojó mucho. «¿Qué clase de maestro es éste?» Y le dijo: «¿Es que no sabe comportarse?».

Lao Tzu dijo: «Si quiere sentarse, siéntese; si quiere estar de pie, hágalo. ¿Quién soy yo para decir algo al respecto? Es su vida. Yo no interfiero».

Confucio se quedó estupefacto. Preguntó luego algo sobre el hombre superior, sobre el caballero, y Lao Tzu se rió y dijo: «Nunca me he cruzado con algo “superior” o “inferior”. Los seres humanos son seres humanos como los árboles son árboles, y todos participan de la misma existencia. Nadie es superior y nadie es inferior. Además todo esto es una tontería y basura». Confucio se asustó mucho. Además ese hombre, Lao Tzu, estaba rodeado de un tremendo silencio; era un pozo de silencio.

Confucio regresó. Sus discípulos le preguntaron:

–¿Qué pasó con Lao Tzu?

–No os acerquéis nunca a ese hombre –respondió él–; es peligroso. Si te acercas a un tigre, puedes de alguna forma salvar tu vida. Si te acercas a un león, puedes salvarte. Pero ese hombre es muy peligroso. Es como un dragón, ¡un dragón volador! ¡Os matará! ¡No vayáis a verlo nunca! Cada vez que escuchéis que Lao Tzu ronda por ahí, ¡escapad!

A Confucio le preocupaban mucho las enseñanzas de Lao Tzu. Su enseñanza era muy diferente, profundamente verdadera, profundamente amoral, profundamente rebelde y

profundamente individual. No cree en las leyes del hombre, sólo en la naturaleza. Confiar en la naturaleza es Tao.

Lao Tzu dice además que puedes descansar en la vida, porque incluso cuando caminas puedes permanecer inmóvil. Tu centro más profundo puede permanecer inmóvil, te puedes convertir en el centro del ciclón. La rueda se mueve pero el núcleo permanece. La rueda sigue moviéndose, pero se mueve sobre algo que no se mueve. Actúa, haz, pero en lo profundo de tu interior permanece como un no-hacedor. Habla, exprésate, pero permanece en silencio en lo profundo de tu interior.

Lao Tzu dice: deja que las contradicciones se encuentren. Deja que las paradojas se disuelvan. Sé paradójico porque la vida es paradójica. Vive, pero vive como si estuvieras muerto. Entonces, cuando mueras, muere como si estuvieras entrando en otra vida, en una vida más elevada, mayor. Deja que las paradojas se encuentren, se mezclen, se fundan en una unidad.

El pensamiento confuciano plantea la división, la clasificación, la categorización. La vida es la vida. La vida es lucha. La muerte es la muerte, la muerte es descanso; divisiones a rajatabla. Lao Tzu dice que no hay distinciones. La vida es muerte, la muerte es vida. Un ser humano puede vivir tremendamente, y aun así, en lo más profundo, permanecer absolutamente trascendental, lejano, distante en la lejanía, sin involucrarse en absoluto. Tú puedes caminar a través del río y tus pies pueden permanecer intocados por el agua; puedes ser una flor de loto. Y ésta es la verdadera vida. Tú hablas, y aun así no hablas. Algo en ti permanece muy distante. Tú tocas la tierra, y aun así algo permanece en lo alto del firmamento.

La vida confuciana será una vida muy ordinaria, muy lógica, matemática, clasificada, pero muy ordinaria. La vida taoísta es realmente extraordinaria, muy rica, porque contiene tanto lo positivo como lo negativo, tanto el *yin* como el *yang*, tanto el conflicto como la cooperación, tanto el amor como el odio, tanto la vida como la muerte.

Un ser humano puede vivir tremendamente y aun así, en lo más profundo, permanecer absolutamente trascendental, lejano, distante en la lejanía, sin involucrarse en absoluto.

Recuérdalo siempre, permite que haya armonía en las contradicciones que hay en tu interior; entonces llegarás al punto más alto y a la cumbre más alta. No elijas una, elige las dos juntas. Sé valeroso. No seas tacaño al escoger. Cuando la vida te de una paradoja,

escoge toda la paradoja; trágatela toda y digiérela completamente, y te convertirás en un dragón volador.

«*Tzu Kung, lo has entendido*», dijo Confucio. Por supuesto, Confucio debió haberse quedado muy contento. Ha convertido otra vez al discípulo devolviéndolo a la vieja rutina. «*Tzu Kung, lo has entendido*». Tzu Kung ha perdido la oportunidad de entender, pero Confucio dice: «*Tzu Kung, lo has entendido. Todos los seres humanos entienden el disfrute de estar vivos, pero no su miseria; el hartazgo de volverse viejos, pero no su calma; la fealdad de la muerte, pero no su reposo*».

De nuevo, la misma división: «Hay muy pocas personas que entienden la belleza de la vida, pero no la fealdad de ella. Luego hay algunos que entienden la fealdad de la vida, pero no su belleza. Hay algunos que entienden la fealdad de la muerte, pero no su reposo. Y luego hay algunos que entienden el reposo de la muerte, pero no su fealdad. Sin embargo, ambos tipos de personas *son* lo mismo. Tú eliges una categoría; alguien más elige otra categoría».

Ambas categorías tendrían que elegirse a la vez. Ambas tendrían que elegirse tan a la vez que fuera imposible la elección. La vida es fea y la vida es hermosa y la muerte es fea y la muerte es hermosa, porque la existencia existe mediante procesos dialécticos. Tu pierna izquierda se mueve porque tu pierna derecha se mantiene quieta; el movimiento se hace posible porque una pierna se mantiene quieta. Luego, tu pierna izquierda se mantiene quieta y tu pierna derecha se mueve. El movimiento es posible debido al no-movimiento.

Yo te puedo hablar porque algo en lo más hondo de mí está siempre en silencio. La palabra tiene sentido, es significativa, sólo a causa del silencio. Si no hay silencio, entonces la palabra carece de significado, entonces es una jerigonza. Cuando la palabra tiene sentido, recuerda siempre que el sentido viene a través del silencio, el silencio fluye hacia la palabra y la palabra se vuelve luminosa.

El amor es hermoso porque existe la posibilidad de odiar, de otra manera el amor sería tan dulce que produciría ¡diabetes! Sólo azúcar, azúcar, azúcar... No, también se necesita la sal; el odio le da sal a la vida. La actividad es buena, pero si no incluye inactividad creará una neurosis, una actividad obsesiva. La inactividad es buena, pero si no incluye actividad habrá una especie de muerte, un letargo, una pesadez. Las dos son buenas, la totalidad es buena.

El Tao dice que la totalidad es buena. No elijas. Déjalo que sea como es. Tal como es, es una disposición sabia. No puede haber un mundo mejor que éste. No existe la posibilidad de alguna mejora. Acepta las dos y en esa aceptación tú trasciendes.

Este Tzu Kung estuvo muy cerca de la puerta a través de la cual hubiera podido escapar al firmamento abierto. Ha sido mal conducido nuevamente. Recuerda, en tu vida también habrá muchos momentos en los que puedes escapar, pero tu pasado pesa, te tira hacia atrás. Confucio pudo tener éxito porque todo el pasado de Tzu Kung era nada más que teorías, palabras, filosofías, doctrinas, y ellas entienden mutuamente su lenguaje. Él lo hizo retroceder. Otra vez se desperdició aquel gran momento y los grandes momentos vienen muy ocasionalmente.

Este Tzu Kung sabe que ha llegado a estar harto de sus estudios, ¿qué hará él ahora con Confucio? Hay estudio y estudio y estudio... ¡nada más! Confucio no conoce la meditación, no cree en el éxtasis, no es más que un profesor de moral; muy terrenal. Él no conoce nada más amplio que la sociedad, nada mayor que la sociedad; él tiene una visión muy estrecha. ¿Qué va a hacer ahora? Volverá a estudiar nuevamente, volverá a reflexionar sobre los libros; estudiará los viejos, los tradicionales libros carcomidos... nuevamente. ¡Es lo que ha estado haciendo!

Acuérdate siempre de elegir lo nuevo cuando un nuevo momento, una nueva revelación te ronde, porque lo viejo no ha hecho nada por ti; entonces, ¿qué sentido tiene retroceder? Incluso si lo nuevo resulta ser erróneo, entonces igualmente, elige lo nuevo. Al menos será una nueva aventura; llegarás a saber algo, incluso si no logras tu objetivo, habrás adquirido siquiera algo de valor para ir hacia lo desconocido, para abrazar lo desconocido. Ésa será tu ganancia. Pero no escojas nunca lo viejo. Siempre que haya una posibilidad de algo nuevo, ve a lo nuevo y ve *rápidamente* porque lo viejo es muy pesado; te tirará hacia atrás.

Una y otra vez veo a personas sentadas frente a mí, suspendidas entre su pasado y su presente. Recuerda, el presente es muy pequeño y el pasado muy amplio por lo que obviamente su peso es grande. A menos que seas muy valeroso, nunca te lo quitarás de encima. Es muy confortable y conveniente seguir con el pasado, pero el confort y la conveniencia no son nada. El crecimiento lo es todo.

Acuérdate siempre de elegir lo nuevo cuando un nuevo momento, una nueva revelación te ronde, porque lo viejo no ha hecho nada por ti; entonces, ¿qué sentido tiene retroceder?

Crece.

Si el crecimiento viene a través de la incomodidad, de la inconveniencia, bien. Entonces la inconveniencia es buena, beneficiosa; entonces la incomodidad es buena, beneficiosa. Pero recuerda siempre una cosa: continúa creciendo. No te vuelvas una rutina. No empieces a moverte en el mismo círculo vicioso una y otra y otra vez.

5. ES MEJOR ESTAR QUIETO, ES MEJOR ESTAR VACÍO

Alguien le preguntó a Lieh Tzu:

–¿Por qué le das valor al vacío? En el vacío no hay valoración.

Lieh Tzu dijo:

–A eso no se le puede llamar valor. Lo mejor es estar quieto, lo mejor es estar vacío.

En la quietud y en la vacuidad encontramos una morada; al dar y recibir perdemos el sitio.

La verdad es una; no puede ser de otra forma porque la existencia es un universo, no es un “multiverso”. Es uno. Es un aglutinamiento. Es una unión. Es un cosmos. Aquello que aglutina al universo es lo que llamamos Verdad, o Tao, o Dios. El Tao no es una persona; tampoco es Dios una persona, sino la unión que lo recorre todo, como un hilo a través de una guirnalda. El universo no es un montón de cosas separadas, individuales, como islas. No, el universo es uno, una unión, y una especie de hilo lo mantiene unido... No se está deshaciendo. A eso que lo mantiene unido es lo que llamamos Dios, Tao.

No obstante, el ser humano puede enfocar esta verdad de dos maneras. Estas dos maneras deben ser comprendidas. La verdad es una, pero los caminos son dos. El primer camino es la *vía afirmativa*, el camino positivo, el camino de “los que dicen sí”, el camino del devoto. Jesús, Mahoma y Krishna han seguido el camino de la afirmación. El camino de la afirmación parece ser un camino de esfuerzo, de mucho esfuerzo: uno está tratando de llegar a Dios, tiene que hacer todo el esfuerzo posible, tiene que hacer lo máximo, tiene que jugárselo todo. En los tiempos modernos, Gurdjieff y Ramakrishna siguieron el camino de la afirmación, la *vía afirmativa*.

El otro camino es la *vía negativa*, a través de la negación, a través del “no”. Lao Tzu, el Buda y Nagarjuna siguieron el camino de la negación. En los tiempos modernos, Ramana Maharshi y J. Krishnamurti han seguido el camino del “no”.

Estos dos caminos se tienen que entender tan claramente como sea posible, porque es mucho lo que de ello depende; tú tendrás que elegir tarde o temprano. Los dos se mueven en dimensiones diferentes; llegan al mismo fin, pero se mueven en dimensiones diferentes.

El camino positivo es un enfoque positivo respecto a Dios, un llegar a Dios, una búsqueda, una indagación. El camino negativo es un esperar a Dios, no una búsqueda. El camino negativo consiste en mantener la puerta abierta, no en ir a buscar, no en indagar, sólo en ser receptivo, como un útero. El primero es *yang*, el segundo es *yin*. El primero es un camino de tendencia masculina; el segundo es un camino de tendencia femenina. En el segundo uno tiene que abandonarse simplemente: no hay voluntad sino entrega. Sólo se tiene que permitir que Dios sea. No llegues a él; deja que *él* llegue a ti. Permanece simplemente en silencio, vacío. Deja un espacio, de tal forma que si viene tú estés dispuesto; tú te mantienes dispuesto.

En el camino de la voluntad tendrás mucho que hacer; en el camino de la entrega no tienes nada que hacer, exactamente nada que hacer, *solamente* nada que hacer. Estos caminos se pueden nombrar también de forma diferente. El primer camino puede decirse que es el camino del asceta. La palabra “asceta” viene de la raíz griega *ascesis*, que quiere decir “ejercicio”. Muchos métodos –muchos ejercicios, metodologías, yoga, técnicas– son factibles. El segundo camino puede llamarse el camino del místico: no hay ejercicios, no hay métodos, no hay tecnología.

En el primer camino, el tiempo es una necesidad. Tú no te puedes iluminar inmediatamente. Los métodos requieren tiempo, los ejercicios requieren tiempo, la preparación requiere tiempo, y tú tendrás que esperar por muchas vidas. La iluminación será gradual, no puede ser súbita. En el camino negativo, la iluminación puede ser completamente súbita, puede suceder en este mismo momento. El tiempo no es necesario porque el ejercicio no es necesario. Tú no tienes que ir a sitio alguno; simplemente tienes que sentarte en silencio, simplemente tienes que abandonarte. No necesitas esperar.

El camino del místico es misterioso, no se puede explicar. El camino del asceta se puede explicar: es muy científico, muy lógico. Se puede explicar paso a paso; se puede analizar, dividir en pasos sencillos. Los pasos se pueden hacer tan pequeños que todo el

mundo puede darlos, incluso un niño. Pero el camino del místico es muy misterioso, de ahí que se le llame el camino místico. No existe la posibilidad de grados, de pequeños pasos, sino de un salto cuántico, de un salto a lo desconocido, súbito, como un alumbramiento. Naturalmente, no puede ser explicado de forma lógica. La mente lógica se encontrará perdida. Es necesaria una gran comprensión, no basada en la lógica sino en la intuición. Se necesita una mente ilógica, aventurera, que pueda sobrepasar todos los pasos, que esté dispuesta a ir hacia lo desconocido, que tenga el valor suficiente para dar el salto.

En el primer camino vas paso a paso, moviéndote hacia arriba. En el segundo camino, tú simplemente das un salto al abismo. El abismo no tiene fondo, está vacío, es la nada absoluta. Tú desapareces.

El camino del místico es muy misterioso, de ahí que se le llame el camino místico. No existe la posibilidad de grados, de pequeños pasos, sino de un salto cuántico, de un salto a lo desconocido, súbito, como un alumbramiento.

Estos dos son los caminos, y cada persona tiene que decidir en lo más profundo de su ser cuál le atrae más. Es difícil decidir, pero *hay* que decidirse, de otra forma tú puedes seguir haciendo cosas que no van a tener significado alguno. Si puedes dar el salto, entonces no hay necesidad de que practiques el yoga. Si no puedes dar el salto, entonces no tiene sentido que solamente te quedes a la espera.

En el primer camino, el mayor peligro viene del ego, porque tienes que hacer mucho, y si eres muy egoísta te volverás un hacedor y el ego se convertirá en tu barrera. Uno tiene que hacer pero sin fortalecer el ego. En el segundo camino, el aletargamiento es el problema. No tienes que hacer nada; uno se puede aletargar, uno se puede volver apagado o muerto. Ése es el peligro, muy natural: te sientas en silencio, no haces nada, poco a poco caes en una pesadez, en una especie de falta de inteligencia. Pierdes agudeza, pierdes vitalidad, te vuelves idiota. Esto es posible; uno tiene que estar muy consciente de ello.

En el primer camino uno tiene que observar para que el ego no surja. En el segundo camino uno tiene que observar para no acostumbrarse al aletargamiento. Si se evitan estas dos trampas entonces tú puedes llegar por ambos caminos, el afirmativo y el

negativo. Hay gente que ha llegado a través de los dos, así que no es un asunto de llegar, sino de cuál va a ser más fácil, más adecuado a tu naturaleza interior; elige ése.

Hay que entender algunas cosas sobre el camino de la nada, porque Lieh Tzu sigue ese camino –el camino de la *vía negativa*– el camino místico. En el camino místico tienes que estar solo, no hay posibilidad de un “estar juntos”. Es una inactividad profunda, tan profunda que la misma idea de acción se tiene que dejar, renunciando a ella. No hay deseos, no hay acción; uno simplemente tiene que ser. La soledad se tiene que experimentar, la reclusión se tiene que experimentar.

En el camino de la afirmación, Dios está siempre contigo, tú no estás solo. Siempre puedes hablar con Dios, siempre puedes orarle, siempre puedes esperar que él esté contigo. Él está alrededor, te sostiene la mano. Él está mucho en el camino de la afirmación. Su mano está casi en tus manos. No es sólo imaginación, recuérdalo, no es una alucinación; es así. Cuando has hecho todo lo que puedes hacer, súbitamente él se vuelve accesible. Tú no puedes hacer más, no te has contenido, has hecho todo lo que puedes hacer, te has dado completamente al trabajo, has llegado a tu óptimo; a partir de ahí Dios se hace cargo, pero tienes que hacer lo óptimo; menos que eso no ayuda. Tienes que hervir a cien grados; entonces, súbitamente, hay evaporación.

En el camino del asceta, Dios está contigo; nunca estás solo, siempre puedes rezar. Pero en el camino negativo rezar no es posible, no está permitido rezar. La oración es un obstáculo. Recuerda esto también: una cosa puede servir de ayuda en un camino y convertirse en un obstáculo en el otro camino. Rezar es un obstáculo. Si le preguntas al seguidor del camino negativo, él te dirá: «Orar implica que aún no eres capaz de estar solo; aún estás dependiendo del otro». Tú puedes haber dejado tu dependencia de la esposa, del marido, de los hijos, de los amigos, de la sociedad, pero ahora has proyectado un dios y necesitas su compañía; no puedes estar solo. Orar implica que tú todavía tienes miedo de estar solo, así que creas un puente con el otro. Buscas al otro. Orar implica simplemente que si estás solo, no estás solitario sino aislado: extrañas al otro. En el camino de lo negativo, la soledad es simplemente el mayor esplendor que existe.

Si le preguntas al místico, él dirá que estar aislado es sólo una fase. Estar en soledad es una condición fundamental. Estar aislado o acompañado es accidental; estar solo es esencial. Estar aislado implica una evolución o continuidad de la experiencia, mientras que estar en soledad implica un cambio radical, total, de ciento ochenta grados, una mutación, una *metanoia*. Estar aislado es una forma de retornar a los otros; siempre que

te sientes aislado estás buscando al otro de una u otra forma. Estar aislado es una forma de retornar a lo otros. Estar solo es un camino de retorno a uno mismo.

Esto se tiene que recordar. Por eso, en el camino negativo, la meditación tiene más importancia que la oración. La meditación es una ayuda. La oración es un obstáculo. En el camino de la afirmación, la oración es una ayuda, no se habla en absoluto de la meditación. Por eso, en el cristianismo, en el islamismo, en el judaísmo, en el hinduismo, la meditación no se ha desarrollado. La meditación ha sido profundamente desarrollada por los budistas y los taoístas; es su clave secreta.

Estar aislado o acompañado es accidental; estar solo es esencial. Estar aislado implica una evolución o continuidad de la experiencia.

Tú puedes dividir todas las religiones en dos: hinduismo, islamismo, judaísmo, cristianismo; todas ellas están en la *vía afirmativa*. El budismo y el taoísmo son básicamente negativos, están en la *vía negativa*. El hinduismo y el islamismo han florecido al máximo en el sufismo. Los hindúes y los mahometanos se han encontrado y ha surgido una hermosa flor del encuentro, un injerto: el sufismo. Es superior a cualquier expresión del hinduismo y es superior a cualquier expresión del islamismo; es superior a ambos, ha trascendido a los dos padres. El hijo es más hermoso que el padre y la madre; tiene que serlo, porque tanto el padre como la madre se han disuelto en él. Por tanto, el sufismo es la cumbre de lo afirmativo. También el budismo y el taoísmo se han encontrado y dado nacimiento al zen: lo óptimo en el camino de la meditación. De nuevo, más hermoso que el budismo y el taoísmo, mejor que sus dos padres, de nuevo un injerto.

El encuentro del islamismo y el hinduismo se produjo en India. El islamismo vino a la India, se encontró con el hinduismo y nació un hermoso niño. El encuentro entre el taoísmo y el budismo se produjo en China. El budismo fue a China, se encontró con el taoísmo y nació un hermoso niño, el zen. Si todas las cosas desaparecieran del mundo y sólo pudieran quedar dos, el sufismo y el zen, nada se perdería. Son los *crescendos* máximos, pero de dos caminos diferentes. El sufismo no es más que oración pura, *zikr*, el recuerdo de Dios y el zen no es nada más que meditación.

La palabra “zen” viene de la raíz sanscrita *dhyana*. Primero, la palabra *dhyana* se convirtió en *jhana*, porque el Buda solía hablar en pali; *dhyana* es *jhana* en pali. Luego,

de *jhana* pasó a *ch'an* en China. Más tarde se convirtió en zen cuando llegó a Japón. Pero es *dhyana*, es esencialmente *dhyana*: estar solo, simplemente, absolutamente solo; ni siquiera en la compañía de un pensamiento. En esa soledad todo desaparece. Uno solo es espacioso, uno es sólo un espacio, puro, transparente. En esa pureza uno lo consigue, Dios penetra interiormente. Cuando tú estás preparado para estar tan vacío, Dios se adentra. El sufí busca a Dios; el discípulo zen espera, Dios viene.

Ahora esta hermosa parábola:

Alguien le preguntó a Lieh Tzu:

—¿Por qué le das valor al vacío? En el vacío no hay valoración.

Naturalmente, ¿qué valor puede tener el vacío? Se le ha condenado en todo el mundo. A excepción de los taoístas y los budistas, nadie entiende lo que es el vacío; se le condena. En Occidente se dice: «La mente vacía es el taller del diablo». Ahora bien, ¿puede haber una peor condenación? ¿El taller del diablo? ¿Una mente vacía? Y los taoístas y los budistas dicen que la meta está en la mente vacía.

Cuando estás totalmente vacío, ¡Dios viene! El diablo sólo puede existir en una mente activa, nunca en una mente inactiva. El diablo sólo puede existir en una mente ocupada, no en una mente desocupada. El diablo sólo puede moverse en los pensamientos, puede utilizar los pensamientos y los deseos. ¿Cómo podría usar el vacío? Y parece que ellos están en lo cierto. Hitler no está vacío, tampoco Gengis Khan, tampoco Tamerlane: son personas muy activas. El diablo ha entrado en el mundo a través de ellos. Bodhidharma está vacío, Lieh Tzu está vacío, Nagarjuna está vacío; el diablo ni siquiera se les ha acercado. Nada malo ha salido jamás de esta gente vacía; sólo bien, y sólo lo bueno ha florecido. Su fragancia ha sido grandiosa. Han pasado siglos, pero su fragancia está más fresca que nunca.

Normalmente, nunca se ha pensado que el vacío tenga un valor, así que el que interroga parece estar en lo correcto. Él dice: «*¿Por qué le das valor al vacío? En el vacío no hay valoración*».

¿Qué clase de valor? ¿Qué puedes hacer con el vacío? El valor se produce con el uso. Trata de comprenderlo: el valor se produce cuando algo es útil. ¿Cómo puedes valorar algo que no lo es? No sólo no es útil, sino que no *tiene entidad*. ¿Cómo puedes valorarlo? Sin embargo, éste es el enfoque de lo negativo.

Lao Tzu dice: «La habitación tiene valor, no por las paredes, sino por el vacío interior». Tú utilizas la habitación, no las paredes. Por supuesto, cuando tú haces la casa haces las paredes, no el vacío; nadie puede hacer el vacío. El vacío es eterno, pertenece a la naturaleza, a la existencia; no está hecho por el ser humano. Las casas están hechas por el ser humano, no el vacío. Pero ¿qué es lo que utilizas? ¿Utilizas las paredes o utilizas el espacio interior? La palabra “habitación” es adecuada. “Habitación” quiere decir espacio. Tú usas el espacio, la espaciosidad. La pared, ¿cómo se atraviesa? ¿Cómo entras y sales? Por la puerta. La puerta está vacía. “Puerta” quiere decir lo vacío, lo que no es, de ahí que puedas entrar y salir. Tú utilizas la puerta, no usas la pared. Tú usas la habitación, no las paredes. ¿Qué utilizas cuando le das uso a una vasija de barro? ¿Las paredes de barro o el vacío interior? Cuando vas al pozo para sacar agua y traerla a casa, ¿qué utilizas? El vacío de la vasija de barro. El vacío es valioso y ese vacío no ha sido creado por ti.

El vacío es eterno, pertenece a la naturaleza, a la existencia; no está hecho por el ser humano.

Los taoístas dicen: todo lo que no es creado por el ser humano es valioso. Lo que es creado puede tener un valor relativo, un valor de mercado, pero no es realmente valioso; no tiene valor. Los objetos creados por el hombre son comodidades. Por supuesto, si vas al mercado y empiezas a vender vacío, nadie lo comprará. No tiene valor y la gente se reirá.

Lao Tzu va atravesando el bosque, y el bosque está siendo talado. Miles de carpinteros están cortando los árboles. Entonces se acerca a un árbol grande, un árbol realmente grande; mil carretas de bueyes pueden descansar a su cobijo; además es muy verde y hermoso. Él envía a sus discípulos a preguntar a los carpinteros por qué no se ha cortado ese árbol todavía. Les dicen: «No es utilizable. No se puede hacer nada con él. No se pueden hacer muebles, no se usar utilizar como combustible: produce mucho humo. No sirve; por eso no lo hemos cortado». Y Lao Tzu dice a sus discípulos: «Aprendan de este árbol. Vuélvanse tan inútiles como este árbol, entonces nadie los cortará».

La inutilidad tiene un gran valor.

Lao Tzu dice: «Mira, observa este árbol. Aprende algo de este árbol. Este árbol es grandioso. Mira, los otros árboles ya no existen. Eran útiles, por tanto ya no existen. Uno

de los árboles era muy recto, por eso ya no existe. Seguramente era muy egoísta, derecho, orgulloso de ser alguien; ya no está. Este árbol no es recto, ni una sola rama está recta. No es orgulloso en absoluto; por eso existe».

Lao Tzu dice a sus discípulos: «Si quieres vivir largo tiempo vuélvete inútil». Recuerda, sin embargo, que para él la palabra “inútil” significa no volverse una mercancía, no volverse un objeto. Si te conviertes en un objeto, serás vendido y comprado en el mercado, y te volverás un esclavo. Si no eres un objeto, ¿quién te puede comprar y quién te puede vender?

No dejes de ser la creación de la existencia, de la naturaleza. No te conviertas en una mercancía humana y nadie será capaz de utilizarte. Y si nadie es capaz de utilizarte, tendrás una hermosa vida propia, independiente, libre, gozosa. Si nadie te puede utilizar, nadie te puede reducir a ser un instrumento. Nunca serás insultado, porque en esta vida no hay un insulto mayor que convertirse en un instrumento. Unos y otros te van a utilizar; a tu cuerpo, a tu mente, a tu ser.

Lao Tzu dice: vuélvete una no-entidad para que nadie te mire, y puedas vivir *tu vida* como *tú* quieras vivirla. Que nadie venga a interferir contigo.

En esta vida no hay un insulto mayor que convertirse en un instrumento. Unos y otros te van a utilizar; a tu cuerpo, a tu mente, a tu ser.

Sucedió que el discípulo de Lao Tzu, Chuang Tzu, se volvió muy famoso, así que el emperador envió a sus ministros para invitarle a convertirse en el primer ministro. Lao Tzu se enojó mucho. Dijo:

–Debes haber hecho algo equivocado, ¿o si no por qué ha llegado a interesarse el emperador por ti? Tienes que haber demostrado que eres de alguna utilidad. Tienes que haber desoído mis enseñanzas, ¿o si no, cómo es que el emperador se ha interesado por ti? Ahora no vas a poder descansar jamás.

Sé una no-entidad, a fin de que nadie llegue siquiera a pensar que puedes ser de alguna utilidad. Hay una inutilidad que es tremendamente útil. Lao Tzu la llama la “utilidad de la inutilidad”. Pero ciertamente no hay en ella valor alguno, no al menos un valor de mercado. Normalmente tú quieres llegar a tener algún valor –como doctor, ingeniero, pintor, poeta, *mahatma*–, quieres llegar a ser alguien valioso, alguien que se vuelve indispensable para el mundo. Te sientes muy feliz si la gente viene y te dice: «Cuando te hayas ido nunca seremos nunca capaces de reemplazarte». Te sientes

tremendamente feliz, pero ¿qué te están diciendo? Te están diciendo: «Eres un objeto que estamos utilizando».

Cuanto más indispensable te vuelvas, más quedas reducido a ser un objeto y más pierdes tu libertad. Si puedes morir como si nada hubiera pasado, si desapareces del mundo y no queda siquiera una huella, entonces...

Ocurrió que un gran taoísta murió y Lieh Tzu fue a dar el pésame, pero miles de personas se habían reunido allí. Esto le sorprendió, así que no presentó sus respetos al hombre muerto y a su cuerpo muerto y se dispuso a irse. Algunas personas le siguieron y le dijeron:

–¿Por qué se va? Usted había venido a presentar sus respetos al difunto, ¿por qué se marcha?

–Este no puede haber sido un hombre del Tao –respondió Lieh Tzu–. Hay tanta gente llorando y gimiendo que de alguna manera él se ha vuelto indispensable en sus vidas. Él debe haber demostrado que es de alguna utilidad. ¿Por qué, si no, está llorando y gimiendo esta gente, como si su padre hubiera muerto o su madre hubiera muerto o su hijo hubiera muerto? ¿Por qué está llorando y gimiendo esta gente? Él no debe haber sido completamente inútil. Alguna utilidad seguramente ha tenido, por eso me voy. Él no ha seguido al maestro correctamente.

Su enfoque implica que hay un valor, un valor supremo en ser nadie, en estar vacío, en no ser útil. Cuando no eres útil para la humanidad, te vuelves tremendamente útil para la existencia. Entonces la existencia empieza a fluir a través de ti, entonces te conviertes en un vehículo, porque al estar tan vacío ella puede fluir a través de ti. Te vuelves un bambú hueco, la existencia puede cantar su canción a través de ti. Cuando tú permites que los labios humanos canten una canción a través de ti, la existencia es denegada.

–*No hay valoración en el vacío* –dijo el hombre–. *¿Por qué valoras el vacío?*

Lieh Tzu contestó:

–*A eso no se le puede llamar valor.*

Es algo tan valioso que únicamente le puedes llamar *invaluable*. No se le puede llamar valor. Valor significa mercancía, valor significa que algo puede ser definido en términos de utilización humana, lo cual puede llegar a ser un medio pero no un fin. El fin no puede ser valorado en el sentido ordinario del término. Por ejemplo, si alguien te dice: «Tú amas, pero ¿cuál es el valor del amor?». ¿Qué dirás? Tú dirás: «Al amor no se le puede dar un valor». El amor no tiene valor en el mismo sentido que un automóvil tiene valor, o que una casa tiene valor. El dinero tiene valor. La salud tiene valor, pero ¿el amor? El amor es lo supremo, el fin. Tú amas por el amor en sí, el cual no es un medio para otra cosa más; es un fin en sí mismo. Su valor es intrínseco, su valor está en sí mismo; no está orientado hacia fuera.

Si alguien pregunta: «¿Cuál es el valor de la vida?». Con seguridad dirás: «A eso no se le puede llamar valor».

«¿Por qué estás viviendo?». Dirás: «Porque disfruto estando vivo». Pero ¿cuál es el valor? “Valor”... no hay ninguno. Todo lo que es supremo no tiene valor en el sentido ordinario de la palabra. Pero gracias a lo supremo todo lo demás es valioso. Por tanto, a eso no se le puede llamar valor, aunque todo valor existe debido a ello.

Tú vas a la oficina, trabajas; eso se puede valorar. Ganarás mil dólares al mes. Y luego vienes y le das mil dólares a tu esposa porque amas a esa mujer. Tú trabajas para ella, trabajas para tus hijos; los amas. El amor no tiene valor. Tu trabajo tiene valor, pero, finalmente, todo lo que tiene valor se pone a los pies de lo que no tiene valor o es invaluable.

Recuerda, el fin no puede tener valor alguno. Por eso los taoístas dicen que la vida no tiene propósito. Esto sorprende a la gente.

Un día un hombre vino a mí y dijo:

–¿Cuál es el propósito de la vida?

–No hay propósito –le contesté–. La vida es, simplemente.

No quedó satisfecho. Dijo:

–Vengo de muy lejos. –Venía de Nepal. Y añadió–: Soy un anciano, un profesor retirado. No me despidas con las manos vacías. He venido a preguntar solo una cosa: ¿cuál es el propósito de la vida?

Yo le respondí:

–Si te pudiera despedir con las manos vacías entonces tu viaje habría tenido un propósito, porque tener las manos vacías es el fin.

–No hables con acertijos –dijo él–. Dime simplemente, en un lenguaje clarísimo, ¿cuál es el propósito de la vida?

Ese hombre no pudo entender que estaba haciendo una pregunta absurda. La vida no puede tener propósito alguno, porque si la vida tuviera algún propósito entonces una cosa se convertiría en algo más valioso que la vida y volverá a surgir la pregunta: ¿cuál es el propósito de eso? Si decimos: «La vida es para llegar a la verdad», entonces la verdad se convierte en el propósito real. Pero entonces ¿cuál es el propósito de la verdad? Si decimos: «La vida es para buscar a Dios», entonces surge la pregunta: «¿Cuál es el propósito de Dios, o de llegar a Dios, o de realizar a Dios?» Al final tienes que dejar la palabra “propósito”; finalmente tienes que dejarla.

Sí, a eso no se le puede llamar valor, a eso no se le puede llamar propósito, y si puedes entender esta revelación se producirá mucha luz en ti. La vida no tiene propósito ni valor. El amor no tiene propósito ni valor. Esto quiere decir que Dios, la Vida, la Verdad, el Amor son simplemente cuatro nombres para la misma cosa. No hay diferencia porque sólo puede haber una cosa que no tenga propósito alguno; todo lo demás le debe a ella su propósito. Es lo máximo, la misma cumbre.

La vida no puede tener propósito alguno, porque si la vida tuviera algún propósito entonces una cosa se convertiría en algo más valioso que la vida.

Precisamente la otra noche una mujer dijo:

–Para mí es muy difícil entender lo que quieres expresar al decir “Dios”, porque no creo en Dios. Me gustaría entenderlo, pero cuando utilizas la palabra “Dios” algo no funciona bien en mi cabeza: empiezo a cerrarme.

–Haz algo muy simple –le dije–: Cada vez que mencione a “Dios”, léelo como “vida”; esto bastará. Cada vez que diga “Dios” escúchalo como “vida”, tradúcelo inmediatamente como “vida”. Ella se sintió feliz.

¡Qué inflexibles somos con las palabras! Si digo “Dios”, eso crea negatividad en algunos; si digo “vida”, eso crea negatividad en otros. Y yo sólo estoy cambiando el nombre...y una rosa es una rosa es una rosa, no importa el nombre que se le dé. Tú puedes llamarla “jazmín” pero la rosa sigue siendo la rosa.

Sólo hay “uno”, que es el supremo. Diferentes personas le han dado nombres distintos. Este “uno” no tiene valor porque es el valor supremo. Más allá de él no existe nada, por tanto no puede ser valioso para algo más. No lo puedes usar como referencia, porque no hay nada más allá de él; él es el más allá.

Lieh Tzu dijo: *«A eso no se le puede llamar valor. Lo mejor es estar quieto, lo mejor es estar vacío. En la quietud y en la vacuidad encontramos una morada; al dar y recibir perdemos el sitio».*

«Lo mejor es estar quieto.» Ahora, más que responder qué es un valor o por qué el vacío es un valor, la insistencia de Lieh Tzu está en la experiencia. El enfoque taoísta es básicamente existencial. No hay una creencia en especulaciones abstractas y conceptos. Se dice: tú puedes experimentarlo, por tanto ¿para qué recurrir a un conocimiento de segunda mano? En realidad Dios no puede ser nunca de segunda mano; tiene que ser de

primera mano. Tú no puedes recurrir a mi Dios; mi Dios es mi Dios. Tú tendrás que dirigirte a tu propio Dios. Por supuesto, cuando lo hayas hecho te darás cuenta de que mi Dios y tu Dios son lo mismo, pero tú tendrás que llegar a ello por ti mismo; es algo que tiene que florecer en tu propio ser.

Existe un relato taoísta:

El duque Huan, sentado en lo alto de su salón, leía una vez un libro mientras el carretero P'ien fabricaba una rueda a sus pies. Dejando a un lado su martillo y su cincel, P'ien subió los escalones y dijo al duque:

–Me atrevo a preguntar a su alteza por las palabras que ocupan su lectura.

El duque respondió:

–Las palabras de los sabios.

–¿Están vivos esos sabios? –prosiguió P'ien.

–Están muertos –respondió el duque.

–Entonces –dijo P'ien– lo que usted, mi gobernante, está leyendo, son únicamente escorias y sedimentos de esos ancianos.

El duque respondió:

–¿Cómo puedes tú, carretero, decir algo sobre el libro que estoy leyendo? Si te puedes explicar, muy bien. Si no puedes hacerlo tendrás que morir; te mataré.

Estaba furioso. ¡Esto era demasiado! Cómo un carretero puede decirle al príncipe: «¡Lo que usted está leyendo son escorias y sedimentos de esos ancianos muertos!».

El carretero dijo:

–Su sirviente mirará este asunto desde el punto de vista de su propio arte. Cuando construyo una rueda, si procedo con suavidad, es bastante placentero, pero el acabado no es fuerte; si procedo con violencia, resulta forzado y las uniones no ajustan. Si los movimientos de mi mano no son demasiado suaves ni demasiado violentos, se lleva a cabo la idea de mi mente, pero no puedo explicar cómo hacerlo con la palabra hablada.

No demasiado forzado, no demasiado suave, justo en el medio, equilibrado...

El carretero añadió:

–Pero no puedo explicar cómo hacerlo con la palabra hablada, cómo lograr este punto medio absoluto entre el esfuerzo y el no-esfuerzo, entre el hacer y el no-hacer. No puedo decir cómo hacerlo por medio de la palabra hablada; hay que encontrar el punto, pero no puedo expresarlo. Lo conozco, pero no puedo expresarlo. No puedo enseñárselo a mi hijo, ni siquiera a mi hijo, tampoco mi hijo puede aprenderlo de mí. No hay forma de enseñarlo y no hay forma de aprenderlo. Aprender y enseñar, enseñar y aprender. Esto sólo puede hacerse con las cosas externas, y aquél es un sentimiento interno. Es así hasta tal punto que estoy cumpliendo setenta años y todavía tengo que elaborar ruedas en mi vejez. Pero esos ancestros, junto con lo que no pudieron manifestar, están muertos y desaparecidos. Por tanto, lo que tú, mi gobernante, estás leyendo ¡no son más que escorias y sedimentos!

Él está diciendo: «Estoy vivo, le tengo cogido el punto a eso, pero no puedo transmitirlo, no puedo transferir mis conocimientos. Estoy vivo y tengo el conocimiento, y amo a mi hijo y me gustaría ser capaz de transmitírselo. Estoy muy viejo, tengo setenta

años, y aun así tengo que trabajar. Si pudiera enseñar a mi hijo, me retiraría. Pero si en vida no puedo transmitirlo, ¿cómo pueden esos viejos sabios que están muertos transmitir algo que sólo puede ser experimentado? No puede ser transmitido mientras el sabio está vivo. ¿Cómo puede entonces transmitirse si el sabio hace ya siglos que no existe? Usted sólo está perdiendo su tiempo señor», le dijo. «Todo esto es basura».

Este anciano es un hombre del Tao. Los taoístas tienen hermosas parábolas como ésta: un hombre ordinario, un hombre pobre, un carretero; nadie lo conoce, pero él tiene una visión. El método taoísta en su totalidad afirma que sólo la experiencia te puede dar la clave. Se puede preguntar, se puede responder, pero esto no tiene un valor definitivo. Para conocer el sabor debes comer, para saber lo que es el amor debes amar. No hay forma de transmitirlo; por eso, en lugar de responder, Lieh Tzu dijo: «*Lo mejor es estar quieto...*».

Sí, valor no es el nombre para eso: estar quieto... ¿Y qué quiere decir él con “estar quieto”? Tú estás agitado constantemente, nunca te estás quieto. Incluso cuando te sientas como una estatua estás agitado. Tu mente se está moviendo continuamente en todas las direcciones, tu llama interior nunca está sin agitar: constantemente va de uno a otro lado; se te tira y se te empuja de un deseo al otro. Cuando no hay deseo, ni siquiera el deseo de alcanzar lo supremo, entonces uno está quieto.

El método taoísta en su totalidad afirma que sólo la experiencia te puede dar la clave. Se puede preguntar, se puede responder, pero esto no tiene un valor definitivo.

La negación de todos los deseos es lo que se entiende por *vía negativa*. Cuando se niegan todos los deseos, súbitamente estás quieto. No hay dónde ir, no hay hacia dónde moverse. No sopla viento alguno. El deseo es el viento que sigue soplando en tu interior y mantiene tu llama interna agitada, por eso no estás quieto. Ni siquiera mientras duermes estás quieto. Ni siquiera mientras estás sentado en meditación, silenciosamente, estás quieto.

Precisamente, el otro día, alguien estaba diciendo: «En la meditación los pensamientos siguen, no se detienen; en realidad vienen más». Cuando tú estás ocupado con tu vida ordinaria de cada día, no te llegan tantos; tú estás ocupado, absorbo. Pero cuando estás sentado sin hacer nada, entonces toda tu energía se va a los pensamientos. Entonces surge una gran tormenta en tu ser: pensamientos y pensamientos, e incluso algunas veces

ni siquiera puedes imaginar ¡qué clase de pensamientos! Memorias del pasado: algo que sucedió hace treinta años surge repentinamente. O pensamientos del futuro; puede que tu esposa ni siquiera esté embarazada y tú estés pensando: «Una vez que haya nacido el niño, ¿a qué colegio lo enviaremos?». Cosas imposibles siguen yendo y viniendo, y tú sabes que son tonterías. Muchas veces las reconoces y quieres dejarlas, pero te sientes impotente.

El deseo es el viento que sigue soplando en tu interior y mantiene tu llama interna agitada, por eso no estás quieto.

Los pensamientos no se pueden detener de forma directa; permite que esto se entienda muy profundamente. Deja que se asiente en tu ser. Los pensamientos no se pueden detener directamente, porque los pensamientos no son más que sirvientes de los deseos. Cuando se presenta un deseo no puedes detener los pensamientos. El amo está ahí; los sirvientes tienen que seguirlo.

Tú quieres detener este pensamiento. Es una tontería, una idiotez: tu esposa ni siquiera está embarazada y y tú estás pensando en el niño que ha crecido y va a la universidad. ¿A qué universidad enviarlo? ¿A Cambridge o a Oxford? Y tú estás muy inquieto: ¿Adónde enviarle? ¿Cuál será la mejor? Y de repente lo reconoces, ¡qué tontería! Es una idiotez. Entonces, ¿por qué surge?

No se trata del pensamiento mismo. Tú tienes un deseo, tienes una ambición. Muchas cosas se han quedado sin satisfacer. Tú quisieras satisfacerlas por medio de tu hijo. El hijo no es otra cosa que la personificación de tu ambición. Tú querías ir a Oxford, pero no pudiste hacerlo; te gustaría ir en la forma de tu hijo. Por eso ha surgido la idea, ha surgido el pensamiento. Han pasado treinta años, y de repente algo sale a la superficie. Nada es repentino, nada deja de ser causado en la mente. Si algo surge, esto quiere decir que hay algo en ello; no se le puede llamar simplemente una estupidez y dejarlo. Hace treinta años alguien te insultó y todavía no lo has dejado pasar. La herida todavía duele. Te sientas en silencio y la herida sale a la superficie. Ocupado en las mil y una cosas del mundo, tú lo olvidas, pero cuando no estás ocupado, la herida se abre. La herida empieza a enviarte mensajes: «Haz algo al respecto. Todavía no hago daño. Todavía no he sido curada. ¡Haz algo al respecto!». ¿Cuántas veces la herida se te ha manifestado, y cuántas

veces has decidido vengarte o hacer algo? Y el dolor de la herida regresa una y otra vez, y todavía tienes el deseo de vengarte del enemigo que te ha insultado.

Esto no concierne al pensamiento, concierne al deseo. Analiza tus pensamientos y siempre hallarás que son los sirvientes y que en algún lugar oculto está el amo, protegido por los sirvientes. Mata al amo y los sirvientes desaparecen. Si continúas matando a los sirvientes nada pasará: el amo seguirá trayendo nuevos sirvientes. Mientras el amo esté vivo seguirá trayendo nuevos sirvientes. Tú podrás seguir matando a los viejos; él proporcionara otros nuevos.

Los pensamientos nunca se detienen por sí mismos. Sólo se detienen cuando la mente que desea desaparece. Éste es el significado de “lo mejor es estar quieto”. Ésa es la forma taoísta de decir “no desees”. Por eso se dice que incluso el deseo de conocer a Dios, de llegar a Dios, es una barrera. Permanece quieto, simplemente, sin deseos, como si nada se tuviera que hacer, como si nada fuera a suceder. Mantén una carencia absoluta de esperanzas, porque la esperanza no es otra cosa que un nombre nuevo para el deseo. La esperanza es el deseo con un nombre hermoso. El deseo como nombre es un tanto feo, el deseo es algo un tanto desnudo, expuesto. La esperanza es un deseo vestido. Permanece sin esperanza. Nada va a pasar. Nunca sucede nada No hay futuro, así que abandona toda ambición. Sólo existe este momento, así que no corras de aquí para allá. No tiene sentido, es de neuróticos, es de locos. Sólo relájate en este momento; simplemente sé. Éste es el significado de “lo mejor es estar quieto...”.

Y la diferencia se tiene que entender. Si vas a donde un profesor de yoga, él te dirá *cómo* estar quieto. Él te dirá qué postura te ayudará a estar quieto, cómo respirar, qué ritmo facilitará la quietud, si debes cerrar los ojos completamente o sólo mirar a la punta de la nariz. Él te dará indicaciones, ayudas; él te dará un mapa.

Sólo existe este momento, así que no corras de aquí para allá. No tiene sentido, es de neuróticos, es de locos. Sólo relájate en este momento; simplemente sé.

Los taoístas no tienen mapa alguno. Dicen que si practicas una postura determinada y miras tu nariz y respiras de una forma concreta, impondrás una cierta quietud, pero no será verdadera. Es cultivada, es algo que se practica, es falsa. La quietud verdadera viene de la comprensión, de la comprensión de que el deseo es fútil.

Trata de comprenderlo. En el Tao no hay ejercicios, no existe algo como los *Sutras yoga* de Patanjali. No existen las “ocho ramas del yoga”. No se te da una postura, una disciplina, una clase de moralidad... No se te dice qué comer, qué no comer, cuándo acostarse y cuándo levantarse por la mañana. Nada se te dice, porque se considera que todas estas cosas pueden darte una experiencia falsa de la quietud, pueden forzarla.

Y esto se tiene que entender. Cuando te sientas en una postura determinada, puedes ayudar a que la mente se quede un poco más quieta. Si el cuerpo está totalmente quieto, la mente se queda ligeramente quieta, porque la mente y el cuerpo no son dos cosas; la división no es completamente clara. La mente y el cuerpo están unidos. Aunque se diga que eres cuerpo y mente, eres *cuerpomente*, una sola palabra. El “y” no es correcto, déjalo. “Mentecuerpo” “psicosomático”. La mente es tu cuerpo más profundo, y el cuerpo es tu mente más externa. Por tanto, cuando el cuerpo está quieto, naturalmente algunas vibraciones de quietud llegan a la mente más profunda. Eso crea una base física y tú sientes algo de quietud.

Míralo de otra forma. Cuando te enojas, ¿qué haces? Aprietas los dientes, cierras los puños. ¿Por qué? ¿Es que no puedes enojarte sin más, sin apretar los dientes y los puños? Inténtalo un día: enójate simplemente, sin apretar los puños, sin apretar los dientes. Permanece relajado en el cuerpo e intenta enojarte y verás que es imposible. ¿Cómo puedes enojarte si no tienes la ayuda del cuerpo? Y después, un día, prueba lo siguiente: sin enojo alguno aprieta los puños y los dientes; muestra únicamente el gesto del enojo y verás que una forma de enojo surgirá repentinamente en ti. Tú te puedes llegar a enojar sólo creando los síntomas; eso es lo que hacen los actores. El actor tiene que actuar en momentos en los que puede no sentirse enojado y tiene que estarlo. ¿Qué se supone que tiene que hacer? Él hará la parte corporal y la parte mental le seguirá. Él no se está sintiendo feliz, pero tiene que hacer la parte corporal; se muestra feliz, y una forma de felicidad le sigue en consecuencia.

Cuerpo y mente van juntos. Los taoístas dicen que esto se debe entender, pues de lo contrario crearás una quietud falsa. La quietud que se crea con la postura corporal no es la quietud real; es un truco. Tiene casi los mismos efectos químicos que cuando tomas un tranquilizante; es una droga.

Si te pones a ayunar, sentirás mucha quietud, porque la química del cuerpo cambia; el cuerpo tiene menos trabajo que hacer, está más relajado; el estómago no tiene nada que hacer, está más relajado. Y si el estómago no tiene nada que hacer, más energía se libera

desde el estómago hacia la cabeza. Eso lo sabes; cuando comes demasiado te sientes somnoliento, porque el estómago se apodera de toda la energía disponible para digerir el alimento. La cabeza no es muy importante –es un lujo–, por tanto, cuando el estómago necesita la energía, la energía va al estómago y abandona la cabeza inmediatamente. Debido a eso empiezas a sentirte somnoliento; los ojos se van cerrando y tú empiezas a comiencas. Esto indica simplemente que la energía se ha desplazado de la cabeza al estómago. Te quedas dormido.

¿Lo has observado? Cuando no has comido bien, te resulta difícil dormir, porque cuando el estómago no tiene de qué ocuparse, se libera energía. La energía va inmediatamente a la cabeza y ésta empieza a funcionar, a fantasear y a pensar.

Por tanto, cuando una persona está ayunando, al tercer o cuarto día siente mucha quietud. Pero éste es un cambio químico, no es una quietud real. Proporcióname alimento y la quietud desaparecerá. ¿Qué tipo de cambio es éste entonces? Si una persona continúa ayunando durante muchos días, sentirá que surge en ella una cierta falta de sexualidad, *brahmacharya*. Esto es falso porque el alimento tiene que suministrar energía sexual. Si no se le da alimento al cuerpo, no se crea energía sexual, la energía sexual desaparece. Después de tres semanas de ayuno, un hombre perderá interés por las mujeres y una mujer perderá interés por los hombres. Así es como han caído en el engaño muchas personas religiosas. Piensan que han logrado el *bramacharya*, el celibato. Esto no es *brahmacharya*; es una forma de impotencia. Se pierde vigor, se pierde vitalidad. Y luego empiezan a tenerle miedo a la comida, entonces no pueden comer bien, porque en cuanto comen bien, se suministra energía a los órganos sexuales y la energía sexual vuelve a surgir.

El Tao tiene un enfoque totalmente diferente. No plantea el cultivar. Plantea el comprender.

«*Lo mejor es estar quieto...*». Mediante la comprensión. Mediante la atención consciente.

«*... Lo mejor es estar vacío. En la quietud y en la vacuidad encontramos una morada...*»

En la vacuidad y la quietud... ¿Qué es la vacuidad? La vacuidad quiere decir que tú no eres. La idea que tienes normalmente de lo que *eres* no es más que una acumulación de todas tus acciones. Has hecho esto, has hecho aquello, has ganado un premio, has tenido éxito en los negocios, tienes una enorme cuenta bancaria, eres famoso, eres el

autor de muchos libros, has hecho muchas cosas. Todas estas cosas juntas te permiten ser alguien. La vacuidad implica dejar todo lo que has hecho, olvidar todo lo que has hecho. Olvida el pasado; es debido al pasado que sientes que eres alguien. Sólo piensa: si tu pasado se pudiera derrumbar en este preciso momento, ¿quién serías tú? Si en este preciso momento, por milagro, se viniera abajo tu pasado, ¿quién serías tú? No sabrías quién eres. Por tanto, lo que eres es tu pasado, y según los taoístas, “vacío” quiere decir dejar el pasado. Una vez te has desconectado del pasado, estás vacío. Entonces no sabes quién eres, porque todas las ideas que tienes de ti mismo vienen del pasado, son creaciones del pasado. Medita precisamente en este hecho. Si no hay un pasado, ¿quién eres tú?

La vacuidad implica dejar todo lo que has hecho, olvidar todo lo que has hecho. Olvida el pasado; es debido al pasado que sientes que eres alguien.

Ramana Maharshi solía pedir a sus discípulos que meditasen únicamente sobre una cosa: ¿quién soy yo? Si continuas meditando en este mantra tan simple, ¿quién soy yo?, tarde o temprano comprenderás que no eres nadie. No eres el cuerpo ni eres la mente, tampoco eres el hijo de alguien o el padre de alguien; ni un rico, ni un pobre. No eres nadie.

El día que llegues a ser nadie llegarás a saber quién eres. Tú eres ese nadie.

«Lo mejor es estar vacío. En la quietud y en la vacuidad encontramos una morada...»

El vacío es tu hogar. Te conviertes en un templo, en un santuario. En este vacío arde la llama de tu conciencia, y esa llama es la de la divinidad, la del Tao. Ésta es la *vía negativa*.

«Al dar y recibir perdemos el sitio.»

Cuando empiezas a dar y recibir, a hacer esto, a no hacer aquello, a relacionarte, a conectar con la gente, pierdes tu lugar, pierdes tu llama interior, pierdes contacto con tu interior. Esto pasa sólo al comienzo. Lieh Tzu se dirige a un buscador principiante, por eso habla así. Al comienzo pasará. Cada vez que estés solo, tranquilo, quieto, te sentirás súbitamente centrado, arraigado; sentirás el tremendo gozo de no ser, de ser nadie. Tu “ser nadie” será luminoso, estará lleno de luz, de fragancia, de bendición y de belleza.

Pero al comienzo sucederá una y otra vez que al relacionarte con otro lo perderás: perderás tu espacio interior. El peligro está en que empieces a tener miedo de

relacionarte. Al comienzo está bien tener miedo, pero si eso se vuelve un hábito y el miedo llega a arraigarse, entonces es peligroso. Este peligro se ha dado en Oriente, en el pasado. Mucha gente llegó a tener miedo de relacionarse: los budistas escaparon de la vida, los taoístas escaparon a los Himalayas o a las montañas para no estar en contacto, porque *«al dar y recibir perdemos el sitio»*.

Cada vez que estés solo, tranquilo, quieto, súbitamente te sentirás centrado, arraigado; sentirás el tremendo gozo de no ser, de ser nadie.

Pero Lieh Tzu no le da este sentido. Él dice: «Sí, al dar y tomar cuando vamos al mercado se pierde la meditación. Primero logra la meditación, luego ve allí una y otra vez y procura estar cada vez más alerta, a fin de que un día puedas ser capaz tanto de relacionarte como de permanecer solo, de estar en el mercado y aun así de no estar allí, de estar en la multitud y aun así estar solo». Esto es lo más elevado. Es algo que no se le puede decir a un principiante. Es algo que sucede sólo cuando se ha llegado a ser un maestro.

Lieh Tzu le dice al principiante: «Entonces tú sabrás quién eres y entonces verás repentinamente que al dar y tomar pierdes una y otra vez». Tú ganas algo y luego, cuando conectas, cuando te relacionas –con la esposa, con el marido, con los hijos, en el mercado, con el cliente, con el jefe–, lo pierdes. Una y otra vez, gánalo: cuando tengas tiempo, vuelve a conectar otra vez contigo mismo. Poco a poco, poco a poco... lentamente. Un día verás que puedes estar en el mercado y permanecer tan solitario y silencioso como en cualquier parte. Entonces te has convertido en un loto: estás en el agua, pero el agua no te toca.

Primero desarróllalo, evoluciona –lo que suele llamarse en sánscrito *shunya*– al cero, al vacío, y luego tráelo al mundo. Lo perderás una y otra vez, es verdad, pero no trates de escapar del mundo por esto, no te vuelvas un escapista. Es un desafío. Y el punto más elevado se logra cuando nadie puede alterar tu espacio interior, nadie, ninguna situación puede alterarlo. Entonces, por primera vez llegas a ser su poseedor. Entonces eres el poseedor y ello te posee. Entonces eso es tuyo, realmente tuyo. Pero si algo puede hacerlo desaparecer, entonces eso no es aún tuyo por completo. Lo has tocado, pero aún no has sido su poseedor.

Me gustaría contarte una historia:

En un país lejano vivía un inventor ingenioso que se había vuelto chiflado un poco jugando con la televisión. En el curso de sus experimentos fabricó una especie de espejo mental al que llamó *psicoscopio*, por medio del cual una persona podía ver su estado mental con la misma claridad con que podía ver su cuerpo físico a través de una lupa.

Una vez fue perfeccionado el instrumento, se abrió una fábrica para producirlo y se dio a conocer en el país con la publicidad adecuada. Pronto hubo un montón de pedidos. Las esposas lo compraban para sus esposos –atención, las esposas lo compraban para sus esposos– y los esposos lo compraban para sus esposas y cuñados. Los padres lo compraron para sus hijos, e incluso los hijos lo compraron para sus padres. Los empresarios hicieron grandes pedidos para sus empleados. Se sabe, o quizás es sólo un rumor, que únicamente un individuo en todo el país, confesó haberlo comprado para su propio uso. El alborozado inventor se vio nadando en la abundancia: se vendieron millones de estos artefactos.

Entonces, casi con la misma celeridad, las ventas descendieron y sin más cayeron a cero. Los investigadores que se enviaron a recorrer el país informaron de que las casas de empeño estaban abarrotadas de *psicoscopios*, mientras millares de ellos se habían estropeado accidentalmente o habían ido a parar misteriosamente a la basura.

Desesperado, el inventor se dedicó a una nueva tarea. Le dio un sentido opuesto al funcionamiento del instrumento, a fin de que idealizara el estado mental reflejado. De esta manera las personas se veían a sí mismas no como eran, sino como querían aparecer, con sus defectos arreglados y coloreados de rosa, y su fealdad encubierta de inocencia. Al final del año, por lo visto, la compañía declaró dividendos del cincuenta por ciento.

La mayor parte de la gente no quiere verse a sí misma como es, ni le gustaría dar una segunda mirada a un espejo mental. Pero aquellos que validan las ilusiones que nos hacemos de nosotros mismos pueden obtener de nosotros prácticamente lo que sea.

Recuerda, estar vacío es llegar a una situación en la que te verás tal como eres. Las personas temen esto, no quieren percibir esta situación interior. Tienen sus imágenes ideales, sus propias imágenes hermosas, decoradas. Tienen miedo de que, al interiorizar, esas imágenes se derrumben. Tienen que derrumbarse y desaparecer porque son falsas y no pueden ser reales. De ahí que nadie interiorice. Todos los maestros en el mundo, ya sean los del camino de la *vía afirmativa* o los del camino de la *vía negativa*, todos los maestros han insistido en una cosa: tienes que acceder a tu realidad, a lo que eres de verdad. Pero nadie los escucha. Incluso cuando las personas quieren saber quiénes son, están esperando realmente tener la misma personalidad que proyectan. Cuando empiezan a trabajar, llegan las dificultades; surge la fealdad; se siente la malicia, la ira terrible, el odio, los celos. Todo un infierno irrumpe y uno empieza a tener miedo y escapa y vuelve a aferrarse a una personalidad ideal.

Estar vacío es llegar a una situación en la que te verás tal como eres.

Eso no vale mucho. Recuerda, uno tiene que conocerse tal como es. Abandona todos tus ideales. Son hermosos pero ponzoñosos; son ilusiones. Si no abandonas todos los ideales que tienes sobre ti mismo, todas las imágenes que has creado en tu impotencia a fin de ocultarte para enmascarar tu realidad... Abandona esas máscaras, permanece quieto, permanece vacío y mira en tu ser, sea lo que sea. Al comienzo será una experiencia casi infernal, pero ése es el precio que tenemos que pagar. Si tienes suficiente valor y puedes perseverar, pronto desaparece el infierno, se van las nubes y el sol brilla en un firmamento despejado. Entonces llegas a tu paraíso interior.

El infierno y el cielo están en tu interior. El infierno es sólo tu circunferencia. El cielo es tu mismo centro. Tú eres el centro del ciclón. El Tao dice que en realidad no se debe hacer nada. Uno simplemente tiene que penetrar en su propio ser.

6. ACATAR LA TORÁ, ESTAR ABIERTO AL TAO (PREGUNTAS Y RESPUESTAS)

¿Sería apropiado admitir que Confucio y la ciencia occidental forman parte del Tao y, en consecuencia, de lo espiritual?

El Tao es vasto; la ciencia puede formar parte de él. Pero la ciencia no es vasta, y el Tao no puede formar parte de ella. La ciencia es una parte del vasto misterio de la vida. Si tomas la ciencia como una parte, entonces no hay nada malo. Pero la ciencia pretende, afirma, abarcar la totalidad, entonces todo sale mal. La situación es exactamente la misma la inteligencia, el cálculo, la aritmética. No tiene nada de malo con el intelecto cuando funciona como una parte y mientras no afirma:

«Yo soy el todo». Pero cuando el intelecto afirma «Yo soy el todo», entonces hay problemas. Cuando el intelecto dice «Yo sólo soy una parte de una vasta entidad, de una gran entidad, y hago lo que me corresponde; aparte de esto no sé qué está sucediendo», entonces no hay problema. Yo no estoy en contra del intelecto como tal. Estoy en contra del intelecto que afirma ser el todo.

Si tomas la ciencia como una parte, entonces no hay nada malo. Pero la ciencia pretende, afirma, abarcar la totalidad, entonces todo sale mal.

Éste es, además, el punto de vista de Lao Tzu, Chuang Tzu y Lieh Tzu. Ellos no están en contra del intelecto. ¿Cómo podrían estarlo? Ellos no están en contra de cosa alguna. Mi mano es parte de mi cuerpo, pero si la mano empieza a afirmar «Yo soy el todo», si la mano empieza a decir «Debería dominar el todo, porque soy el todo, lo demás es

secundario», entonces la mano ha enloquecido. Entonces la mano es peligrosa; ha perdido contacto con el todo.

No tiene nada de malo la ciencia como tal, pero la ciencia tendría que formar parte de lo religioso; entonces sería algo bello. El intelecto tendría que ser una parte de la totalidad de los seres humanos; entonces sería algo bello. El intelecto también es hermoso. Yo continúo utilizando el intelecto a diario. Es lo que estoy haciendo aquí, ahora mismo, ¿no es así? El intelecto es tan significativo que incluso cuando tienes que hablar de algo que no forma parte del intelecto, tienes que usar el intelecto. Incluso para hablar del Tao tienes que recurrir a la ayuda del intelecto. ¿Cómo puede estar el Tao en contra del intelecto, en contra de la razón? Lo único que quiere el Tao que entiendas es que la vida es más que la razón más vasta que la razón. Ésta cubre un espacio pequeño, pero ése no es el límite de la totalidad.

Lao Tzu es grande y Confucio puede formar parte de él, pero Confucio es muy estrecho y Lao Tzu no puede formar parte de él. Lao Tzu es el Tao. Confucio es la Torá. *Torá* es una palabra hebrea, pero me gusta porque va bien con el Tao. Tao quiere decir “amor”, *torah* quiere decir “ley”. En la palabra “tarot” está la palabra “torá”. Tarot proviene de dos palabras: *torah rota*; significa la “rueda de la ley”, la “rueda giratoria de la “ley”. *Torá* quiere decir “ley”. La ley acaba volviéndose rígida; la ley acaba volviéndose estrecha. La ley necesita estar perfectamente definida; si no está definida, no tendrá utilidad alguna. La ley debe tener definiciones, límites perfectamente claros; entonces puede ser de alguna utilidad.

En tales circunstancias, Jesús entró en la historia de los judíos: Él trajo el Tao al mundo de la Torá. Naturalmente, provocó así la crucifixión; fue completamente natural porque la Torá no puede tolerar el Tao. La ley y la mente inclinada hacia la ley no pueden permitir el amor, porque cuando llega el amor cualquier ley se vuelve añicos. El amor es tan vasto, tan oceánico, que cuando se acerca al estrecho mundo de la ley, ésta se desmorona. Los judíos no pudieron aceptar a Jesús porque él trajo un mensaje que nunca había podido imaginar la mente judía.

Jesús es indefinible; Moisés es perfectamente definible. Moisés estaría fácilmente de acuerdo con Confucio, no estaría de acuerdo con Lao Tzu. Los diez mandamientos son el fundamento de la mente que acata la ley y, por supuesto, la mente que acata la ley siempre puede encontrar maneras e interpretaciones y formas de esquivar la ley.

Una mujer, una mujer casada, se enamoró de un hombre joven, y este hombre joven quería hacer el amor con ella, pero la mujer le dijo:

–Esto no es correcto. –Y añadió–: Esto va contra la ley; iremos en contra de un mandamiento.

–¿Y qué? –contestó el joven–. ¡Todavía nos quedan nueve!

La ley es estrecha, tan estrecha que uno tiene que encontrar formas de esquivarla; de otra manera la vida se haría imposible. La ley produce al hipócrita, la ley produce a la persona astuta, la ley produce al criminal; de otra manera la vida se haría completamente imposible. La ley no te deja vivir; hace la vida tan estrecha que te obliga a encontrar formas e interpretaciones... Y luego aparece el abogado. Él te ayuda, te ayuda a violar la ley y aun así a permanecer dentro de ella: ése es todo su trabajo. El abogado se necesita porque la ley crea al criminal por un lado y al abogado por el otro, y los dos son lo mismo.

Me han contado...

Un cura le dijo a un joven:

–Escucha esta historia. Había dos hermanos. Uno era muy seguidor de la ley y llegó a ser abogado, mientras que el otro era muy rebelde y se convirtió en criminal. El que se convirtió en criminal está ahora en prisión para el resto de su vida. ¿Qué tienes que decir a esto?

El joven respondió:

–Sólo puedo decir una cosa: a uno lo han atrapado mientras que al otro todavía no.

El abogado y el criminal son consecuencia de la ley, de la Torá. Yo no estoy en contra de la Torá porque, en una humanidad tan vasta tiene que existir; la Torá se necesita, la ley se necesita. Tú tienes que circular por la derecha en la carretera. Si todo el mundo condujera cruzándose de cualquier manera –tal como lo hace la gente en la India–, entonces sería muy difícil, muy peligroso. Se tiene que seguir la ley.

Pero la ley no es la vida. Uno debe recordar que la ley se tiene que utilizar, se tiene que cumplir y, aun así, uno tiene que mantener una apertura hacia el Tao, hacia lo trascendente. El Tao tendría que ser el objetivo y la Torá tendría que convertirse sólo en un medio. Y la Torá no debería proclamar «Yo soy el todo». Si la Torá proclama: «Yo soy el todo», la vida se vuelve insignificante. Si la lógica proclama «Yo soy la totalidad», la vida se vuelve insignificante. Si alguien dice «La vida no es nada más que ciencia», entonces hay una reducción y todo se rebaja al denominador más bajo. Entonces el amor no es otra cosa que química, un asunto de hormonas. Entonces todo se puede reducir a lo más bajo, entonces el loto no es más que lodo.

Uno debe recordar que la ley se tiene que utilizar, se tiene que cumplir y, aún así, uno tiene que mantener una apertura hacia el Tao, hacia lo trascendente. El Tao tendría que ser el objetivo y la Torá tendría que convertirse sólo en un medio.

Tendrás que mantener una disponibilidad hacia el Tao; tendrás que mantener una apertura hacia el Tao mientras acatas la Torá. En realidad, la Torá es apropiada si te lleva en la dirección del Tao. La ley es realmente apropiada si te lleva hacia el amor. Si va contra el amor, entonces esa ley es ilegal.

Por ejemplo, la ley dice que tú sólo tendrías que hacer el amor con tu esposa. Bien, si tú amas a tu esposa, entonces la ley sigue la dirección del amor. Pero si tú no amas a tu esposa, entonces es inmoral hacerle el amor; entonces la ley va en contra del amor. Si haces el amor a una mujer con la que no estás casado, esto es amor, con ausencia de ley. Y si puedes arreglártelas para casarte con la mujer, entonces se convierte también en ley, pero no va contra el amor. Un hombre sabio verá que en su vida siempre utiliza la ley para el amor. La Torá es el vehículo que lleva al Tao.

Si Confucio está al servicio de Lao Tzu, si la Torá está al servicio del Tao, entonces no hay problema. Si es al contrario, entonces las cosas se tuercen, entonces tienes la cabeza en los pies, y se tiene que hacer algo inmediatamente.

¿Hay alguna diferencia entre la disciplina interior y el amor?

No hay ninguna. Con la disciplina interior el amor surge naturalmente. Pero hay una gran diferencia entre la disciplina *externa* y el amor; y no sólo diferencia sino antagonismo. Si tú te impones a ti mismo una disciplina externa, ésta destruirá tu cualidad de amar, destruirá tu sensibilidad para amar, te volverá insensible. Perderás tu receptividad delicada, porque cualquier disciplina que se impone desde afuera va en contra de tu sensibilidad, y el amor es la culminación de toda sensibilidad.

Cuando te enamoras de una mujer, te enamoras con los cinco sentidos. Puede que tú no seas consciente, porque el ser humano se ha alejado tanto de sus propios sentidos que no es consciente, pero observa a los animales, los cuales están más arraigados a su ser, seguramente inconscientes, pero aun así arraigados a su ser. El perro olerá a su novia antes de hacer el amor. Importa no sólo ver a una hermosa mujer; tú tendrías que sentir también el olor. Sucede algunas veces que una cara hermosa te atrae, pero el olor no.

Entonces, si te casas con esa mujer tendrás problemas. Uno de tus sentidos estará divorciándose constantemente y tus otros sentidos estarán casándose constantemente, y habrá conflicto.

El amor real se produce sólo cuando tus cinco sentidos están en armonía, cuando son como una orquesta. Entonces hay una clase de eternidad en tu amor. Entonces no es algo temporal, entonces no es algo momentáneo. Cuando amas a una mujer, amas su voz, amas su tacto, amas su olor, amas la forma de caminar, amas la forma en que te mira. La amas en su totalidad, y esa totalidad se puede vislumbrar con el conjunto de los sentidos.

El hombre, sin embargo, se ha vuelto muy visual. A los otros sentidos no se les ha permitido decir algo; tú sólo miras con los ojos a la proporción. En los concursos mundiales de belleza no se huele el cuerpo. ¡Es una tontería! Simplemente es una tontería. Una mujer puede tener un cuerpo de bellas proporciones, ¡y oler mal! Puede tener las proporciones adecuadas, pero no una voz adecuada, un tono adecuado. Su voz puede no ser musical, entonces ella no es hermosa, hace falta algo. Un verdadero concurso mundial de belleza tendría que basarse en la totalidad de los cinco sentidos. ¿Por qué tienen que dominar y dictaminar los ojos? Resulta algo muy dictatorial. El ojo es el único que dictamina la totalidad de la propia vida; naturalmente no estás contento porque un sentido se ha convertido en un Adolf Hitler. Tendría que haber una democracia en tu ser, en tu cuerpo. Se les tendría que permitir a todos tus sentidos decir sus cosas y tú tendrías que escucharlos a todos.

Si tú impones una disciplina desde afuera, ésta va a destruir tu amor, porque todas las disciplinas externas tienden a embotarte. Una disciplina externa tiene ese significado. Esto es lo que Mahatma Gandhi dice continuamente. Esto es lo que hizo Adolf Hitler: impuso una disciplina sobre toda la nación desde afuera, y la impuso con tal perfección que las personas empezaron a hacer cosas que nunca hubieran sido capaces de imaginar. La disciplina los embotó completamente; habían perdido la sensibilidad. Millones de judíos fueron incinerados, y la gente encargada de incinerarlos lo presencié sin sentirse afectada. ¿Qué pasó? Su sensibilidad se quedó debilitada. La enorme capa de disciplina externa que les fue impuesta anuló por completo su ser.

Si tú impones una disciplina desde afuera, ésta va a destruir tu amor, porque todas las disciplinas externas tienden a embotarte.

Es algo que se hace en todos los ejércitos. Todo el entrenamiento militar no es otra cosa que una forma de anular a una persona, de debilitar su sensibilidad y su inteligencia. Nunca encontrarás a un militar inteligente; imposible. Si fueran inteligentes ¿cómo iban a estar en el ejército? ¿Es que no pueden ser alguna otra cosa? El ejército tendría que ser el último recurso. El entrenamiento militar no es más que una técnica para anular el verdadero ser de las personas. «Girar a la izquierda, girar a la derecha, girar a la izquierda, girar a la derecha»... Tres o cuatro horas haciendo lo mismo de buena mañana.

Una vez un profesor se convirtió en soldado. Era un hombre muy inteligente, así que cuando se le ordenó girar a la derecha se quedó donde estaba, parado. Entonces el oficial le preguntó:

—¿Por qué te quedas parado si yo he dicho girar a la derecha y todo el mundo lo ha hecho?

El profesor dijo:

—Tarde o temprano usted dirá que giremos a la izquierda, entonces ¿qué sentido tiene girar ahora a la derecha? Todos volverán a la misma posición nuevamente y esto va a seguir así durante tres o cuatro horas.

¿Para qué preocuparse?

¿Por qué este continuo, “girar a la izquierda, girar a la derecha”? Hay una razón: es un condicionamiento; no se te permite pensar. “Girar a la izquierda” quiere decir “girar a la izquierda”; tienes que hacerlo. Continúa haciendo algo, obedeciendo, y poco a poco pierdes tu inteligencia. Entonces no piensas; entonces un día se te ordena matar al enemigo y tú matas. Es simplemente lo mismo que “girar a la derecha, girar a la izquierda”. Tú no piensas, tú no evalúas las circunstancias así: «¿Qué me ha hecho este hombre? ¿Por qué tendría que matarle?». El porqué no surge nunca; tú simplemente lo haces. Te conviertes en un robot, en algo mecánico; dejas de ser un hombre.

En la India, los sijs, la gente del Punjab, son los mejores militares, los mejores soldados y, por supuesto, en todo el país se piensa que son los más estúpidos. Estas dos cosas van juntas. Si una raza es de gran perfección en lo que se refiere a la guerra, entonces se vuelve menos inteligente. Tiene que suceder; las dos cosas no pueden ir juntas. Una persona inteligente tendrá que pensar antes de actuar. El soldado tiene que actuar antes que pensar. Ése es todo el proceso: él tendría que actuar antes que pensar. Y entonces, cuando ya has actuado, ¿qué sentido tiene pensar? Entonces ya no es necesario.

Cualquier disciplina externa, sea ésta la de un soldado o la de un santo, destruye tu sensibilidad, destruye tu fineza, tu receptividad. Y, naturalmente, destruye tu amor,

porque el amor no es otra cosa que la armonía de todos tus sentidos y tu inteligencia. Sin embargo, cuando se trata de la disciplina interior, no hay contradicción con el amor. Con la disciplina interior surge el amor. No obstante, recuerda otra vez que el amor que surge con la disciplina interior no será el amor que has conocido hasta ahora. Tu amor es cualquier cosa menos amor.

La limusina se detuvo frente al manicomio, y un caballero de aspecto aristocrático descendió de ella.
–¿Es éste el asilo para locos? –preguntó al portero.
–Sí señor –respondió el hombre.
–¿Y aceptan reclusos que se recomienden a sí mismos?
–¿Cómo podría yo saberlo? ¿Por qué? –dijo el portero.
–Bueno, verás, acabo de encontrarme con un paquete de mis viejas cartas de amor y... y creo que estoy loco.

Simplemente mira tus viejas cartas de amor, lo más seguro es que creas que también debes ir al manicomio siguiendo tu propia recomendación. Lo que tú llamas amor es pasión, fiebre, una clase de neurosis química; eso no es amor. ¿Cómo puedes tú amar? El amor sólo se produce como una consecuencia de la meditación. Cuando has llegado a estar muy alerta, surge una nueva cualidad; eso es amor.

Ahora mismo, lo que llamas amor son celos, competencia, posesión, ira, odio. A lo mejor estás cansado de ti mismo, no puedes estar contigo mismo, así que necesitas a alguien y a eso le llamas amor. Tú te aferras a alguien, dominas, manipulas a alguien. Esto es política, no amor; es ambición de dominar, no amor. Y naturalmente, eso te lleva al infierno, naturalmente te vuelve más y más infeliz.

¿Qué te ha ocasionado tu amor? Sueños y sueños y sueños. Y los sueños sólo se producen cuando miras a tu amor en algún momento del futuro; entonces son sueños. Cuando miras hacia atrás, al amor que ya pasó, entonces es una pesadilla. Todos los sueños terminan siendo pesadillas. No, esto no es amor; de otra manera la tierra toda sería feliz. Tanta gente amorosa, todo el mundo es amoroso... la madre es amorosa, el padre es amoroso, el hijo, la hermana, el hermano, la esposa, el esposo, el amigo, el cura, el político; todo el mundo ama a todo el mundo, debería haber tanto amor... Pero mira a los ojos de las personas: sólo hay infelicidad, nada más. Entonces algo no ha ido bien, se le ha llamado amor a otra cosa. Eso no es amor. El continente dice: «Amor», pero mira el contenido: celos, posesión, ira, odio, dominación; todo lo feo está ahí. Sí, el continente

es muy hermoso, está muy bien empaquetado, como un regalo de Navidad. Ábrelo... y en el interior solamente hay infierno.

Yo no estoy hablando de este amor. Cuando vas dentro de tu ser, surge una energía completamente nueva. Tienes tanta energía que te gustaría compartirla; entonces el amor es un *compartir*. Entonces no *necesitas* amor, entonces no necesitas que alguien te ame. Por primera vez posees tu tesoro, y aparece una nueva necesidad de compartirlo, de dárselo a quien lo necesite. Compartes y das. Cuando el amor es una necesidad y quieres que alguien te ame, eso trae infelicidad. Es el amor de un mendigo, y los mendigos no pueden ser felices. Cuando se ha conocido el amor –y esto sólo es posible cuando has ido hacia adentro y llegas al santuario más profundo de tu ser–, cuando has conocido allí la fuente del amor, entonces surge una nueva necesidad de compartirlo, de darlo a quien lo necesite. Entrégalo, y te sentirás agradecido de que alguien lo haya recibido. Entonces hay felicidad, entonces el amor es celestial.

No obstante, en tal caso, la necesidad ha tomado un giro radical: ahora necesitas dar. Ahora mismo necesitas que alguien te dé; eres un mendigo. Luego te conviertes en un emperador. La disciplina interior te convierte en un emperador.

Quando vas dentro de tu ser, surge una energía completamente nueva. Tienes tanta energía que te gustaría compartirla; entonces el amor es un *compartir*.

¿Puedo creer en el Tao, no interferir en la vida de otros, aceptar lo que hay ahora, y ser un psicoterapeuta de profesión? ¿Cómo debe ser una terapia a la manera del Tao?

Se trata de algo muy significativo.

Lo primero: «¿Puedo creer en el Tao... ?».

El Tao no depende de la creencia. Tú no puedes creer en él. El Tao no conoce un sistema de creencias. No dice: «Cree». Esto es lo que han hecho otras religiones. Tao es el abandono de todos los sistemas de creencias. Entonces aparece una clase completamente nueva de confianza: la confianza en la vida. Las creencias implican tener fe en los conceptos. Los conceptos se *refieren* a la vida. La confianza no se preocupa de los conceptos. La confianza es inmediata, directa, *en* la vida, no en algo que se *refiere* a la vida. La creencia está muy lejos de la vida. Cuanto más fuerte sea la creencia, mayor es la barrera. El Tao no es ni la creencia ni la incredulidad, sino el abandono de toda

creencia e incredulidad. Cuando abandonas todas las creencias e incredulidades y estás en contacto directo e inmediato con la vida, surge una confianza, un gran «sí» surge en tu ser. Este «sí» transforma, transforma completamente.

Por tanto, lo primero que preguntas: «¿Puedo creer en el Tao...?». No, el Tao no es una creencia. No te acerques cruzando la puerta de las creencias o desembocarás en una filosofía, en una religión, en una Iglesia, en un dogma, pero nunca desembocarás en la vida. La vida es, simplemente. No es una doctrina que alguien predica. La vida simplemente está alrededor, por dentro y por fuera. Cuando dejas de mirar mediante las palabras, los conceptos, las verbalizaciones, se te revela; todo se vuelve muy claro como el cristal, muy transparente. En esa transparencia no estás separado del Tao; ¿Cómo puedes creer en el Tao o no creer? *Tú eres el Tao*. Ése es el camino del Tao: convertirse en el Tao.

La segunda cosa: «¿Puedo creer en el Tao, no interferir en la vida de otros... ?». Una vez has dejado de interferir en tu propia vida, has dejado de interferir en la vida de otros. Si continúas interfiriendo en tu propia vida, acabas por interferir en la vida de otros, lo que no es más que un reflejo, no es más que una sombra. Deja de interferir en tu propia vida; entonces toda interferencia desaparece súbitamente porque es absurda. La vida ya está yendo a donde necesita ir; ¿qué sentido tiene interferir?

El río ya está fluyendo hacia el océano; ¿para qué interferir? ¿Para qué dirigirlo? Si empiezas a dirigir el río, lo matas; se convierte en un canal. Entonces deja de ser un río, entonces desaparece la vida, entonces es un prisionero. Puedes forzarlo para que vaya donde quieres llevarlo, pero entonces no habrá música ni danza; será como llevar un cadáver. El río estaba vivo, el canal está muerto. Que el canal sea un río sólo es un decir. No es un río, porque para ser un río hay que ser libre, fluir, buscar, seguir la propia naturaleza intrínseca. La cualidad propia de un río está en no ser dirigido, en no ser arrastrado y empujado, en no ser manipulado. Una vez has comprendido que creces cuando no interfieres en tu propia vida, cuando entiendes que creces cuando nadie interfiere en tu vida, ¿cómo vas a poder interferir en la vida de otro?

Pero si tú interfieres en tu propia vida, si tienes un ideal sobre cómo tendría que ser, ella, el ideal produce interferencia. El “tendría” es la interferencia. Si tienes algún ideal – el de querer ser como Jesús, o como el Buda, o como Lao Tzu, el de ser un hombre perfecto o una mujer perfecta, el de ser esto o aquello–, entonces vas a interferir. Tendrás un mapa, tendrás una dirección, tendrás un futuro predeterminado. Tu futuro ya estará

muerto, habrás convertido tu futuro en pasado. Dejará de ser un fenómeno nuevo; lo has convertido en una cosa muerta. Cargarás con el cadáver, vas a interferir en todo, porque siempre que sientas que te estás extraviando, y por extraviarse entiendo extraviarse del ideal... Nadie se ha extraviado nunca, nadie *puede* extraviarse. No es posible cometer un error. Déjame repetirlo: es imposible extraviarse, porque dondequiera que vayas está lo divino, y cualquier cosa que hagas culmina en lo divino. Todos los actos son transformados naturalmente en la suprema bondad-y-maldad, todos. Pecador y santo, todos alcanzan la divinidad.

Dios no es algo que puedas evitar, pero si tienes algún ideal, puedes postergar su encuentro. No lo puedes evitar: tarde o temprano Dios va a tomar posesión de ti. Pero lo puedes postergar. Puedes postergarlo hasta el infinito; tienes esa libertad. Tener un ideal implica que estás en contra de la naturaleza.

Gurdjieff solía decir que todas las religiones están contra Dios y él tiene razón; ha logrado una gran revelación al respecto. Todas las religiones están contra Dios porque todas las religiones han proporcionado ideologías, ideales. No hace falta ideal alguno, no hace falta ideología alguna. Tendrías que vivir una vida simple, ordinaria; tendrías que permitir que Dios hiciera lo que él quiera. Si él quiere que seas de esta manera, bien. Si quiere que seas de aquella manera, bien. Permite que venga su reino, permite que se haga su voluntad; ésta es la actitud taoísta. Entonces no hay interferencia. Y una vez disfrutas de la libertad que llega cuando no tienes ideal alguno, ¿cómo podrías interferir en la vida de otros?

Es imposible extraviarse, porque dondequiera que vayas está lo divino, y cualquier cosa que hagas culmina en lo divino.

Tú interfieres en la vida de tus hijos, tú interfieres en la vida de tu esposa, de tu esposo, de tu hermano, de tu amigo, de tu amado. Tú interfieres en sus vidas porque piensas que al hacerlo los estás ayudando. ¡Los estás estropeando! Tu interferencia se asemeja lo que los seguidores del Zen –ellos tienen la expresión correcta– llaman “calzar una serpiente”. Tú estás ayudando, a lo mejor haces un gran esfuerzo, haces grandes cosas –calzas una serpiente– pensando: «¿Cómo puede caminar una serpiente sin zapatos? Puede que haya dificultades, que los caminos sean difíciles, que haya también

espinas. La vida está llena de espinas, así que hay que ayudar a la serpiente, hay que calzar la serpiente». ¡Matarás la serpiente!

Todo esfuerzo por mejorar a los demás es así, precisamente, pero hay un corolario natural: si estás tratando de mejorarte a ti mismo, tratarás de mejorar a otros. Tu propio malestar va a afectar a otros. Una vez dejas de mejorarte a ti mismo, una vez te aceptas *tal como eres*, incondicionalmente, sin amargura, sin queja, una vez te empiezas a amar tal como eres, toda interferencia desaparece.

La tercera cosa: aceptando lo que hay ahora, ¿puedo ser psicoterapeuta de profesión? Se llega a ser un terapeuta, pero de una manera totalmente diferente, no a la manera freudiana; se llega a ser un terapeuta en el verdadero sentido. ¿Y cuál es el sentido real de ser “terapeuta”? Él dará libertad; será simplemente una presencia, una luz, un disfrute. Él no va a cambiar al paciente, aunque el paciente pasará por un cambio. Él no hará ningún esfuerzo por hacer que se sienta bien. No hará ningún esfuerzo por traerlo a la normalidad. No hará ningún esfuerzo por ayudarlo a encajar en esta sociedad neurótica. Él no intentará hacer cosa alguna. Será simplemente una presencia, un agente catalizador. Él amará. Compartirá su energía con el paciente, verterá su energía sobre el paciente. Recuerda, además, que el *amor* es la verdadera terapia; todo lo demás es secundario.

Una vez dejas de mejorarte a ti mismo, una vez te aceptas *tal como eres*, incondicionalmente, sin amargura, sin queja, una vez te empiezas a amar *tal como eres*, toda interferencia desaparece.

En realidad, si hay tantos pacientes psiquiátricos en el mundo es porque no han sido amados, nadie los ha amado; por eso se han trastornado. Han perdido contacto con su centro, porque sólo con el amor uno llega a centrarse. Su enfermedad no es el problema real; el problema real consiste en que, en lo más profundo, nunca han sido amados, nunca han conocido un ambiente de amor. Por tanto, un terapeuta taoísta simplemente dará su amor, su comprensión, su visión. Él compartirá su energía y no interferirá de manera alguna.

Y la curación va a producirse. La curación se producirá, no por esfuerzo alguno del terapeuta, sino por su no-esfuerzo, por su inactividad, por su tremenda pasividad. ¿Has observado cómo se produce? Algunas veces te enfermas, llamas al doctor, y el doctor

llega. Súbitamente, sólo por entrar él en la habitación, tú ya no estás tan enfermo como antes. Él no te ha dado medicina alguna, sólo su presencia, su cuidado, su amor. Él simplemente pone su mano sobre tu cabeza, te toma el pulso, y de repente sientes que se está produciendo un cambio. Y él no ha hecho cosa alguna, no ha dado medicina alguna, ni siquiera ha dado un diagnóstico. Incluso antes del diagnóstico, si el doctor es una persona amorosa, el cincuenta por ciento de la enfermedad desaparece. Con el otro cincuenta por ciento algo tendrá que hacer, porque también ignora que el ser humano no puede curar a nadie. La naturaleza es la que siempre cura. El ser humano sólo puede convertirse en canal de la energía curativa; la curación funciona debido a eso. Simplemente al situarse tres o cuatro personas –personas amorosas– alrededor del paciente, cogidas de las manos, entonando una canción, cantando, el paciente sentirá una mejoría repentina tremenda, una transformación produciéndose dentro de él. ¿Qué ha sucedido? Estas cuatro personas, mediante el amor, se han convertido en vehículos del Tao.

Se puede ser terapeuta. El Tao no está en contra de la terapia, pero la terapia tendrá una cualidad diferente. Será *wu wei*, será acción en la inacción, será femenina. No será agresiva, no forzará al paciente para que se cure; será persuasiva. Simplemente seducirá al paciente para que esté saludable, eso es todo. Será una gran seducción. El terapeuta está centrado, con los pies en la tierra, fluye; su presencia, su luz, su amor ayudará para que la energía del paciente resurja, para que aflore a la superficie de su ser. Siempre ha estado allí; él ha perdido el contacto.

En los templos zen se trata a los locos. No se hace nada. Se les cuida. En el momento de orar, la persona demente viene y se sienta, pero nadie está rezando por ella en absoluto; eso no les concierne. Se ora como siempre, se canta como es usual y la persona demente se sienta. Cien monjes cantan y el canto es hermoso junto con la vibración, la atmósfera, y el silencio de una comunidad zen, y los árboles y el jardín rocoso, y la atmósfera en conjunto... El paciente se sienta, simplemente. En realidad ni siquiera se le llama paciente, porque llamar «paciente» a una persona es fijar la idea en su mente de que está enferma. Es una sugestión; es muy peligroso. No se le llama paciente: una persona que necesita meditación, una persona que necesita relajación, pero no un paciente. No es que esté enfermo, o que algo no vaya bien, o que esté “chiflado”, no.

El Tao no está en contra de la terapia, pero la terapia tendrá una cualidad diferente. Será *wu wei*, será acción en la inacción, será femenina.

La idea misma de que alguien esté chiflado le produce la fijación: «Estoy loco», y sigue repitiéndoselo e intenta con fuerza no serlo. Los hipnotistas han descubierto una ley llamada “la ley del efecto contrario”. Si te esfuerzas demasiado por no estar loco, te llegarás a enloquecer. Tú puedes intentarlo y observar. Intenta no estar loco durante siete días; permanece consciente todo el tiempo: «No estoy loco». Observa cada acto que ejecutas, ¡y al cabo de siete días te habrás vuelto loco! En un monasterio zen pensarán que esa persona necesita relajación, que ha estado en el mundo demasiado y se ha puesto muy tensa, que está muy cansada, eso es todo. No hay juicios, sólo compasión. No se le envía a un hospital, se le envía a un templo.

En la antigüedad los templos solían funcionar como sitios de terapia. El templo es el lugar adecuado para la terapia, porque parte de una idea diferente. Tú no eres un paciente, no se te tiene que hospitalizar, no tienes que recostarte en el diván del psiquiatra; tú vas al templo. Vas al templo a renovar tu contacto con la existencia, porque la existencia es la fuente de curación, de salud y sentido de totalidad.

Sí, una persona puede ser un psicoterapeuta. En realidad, sólo un taoísta puede ser un psicoterapeuta auténticamente real. Sin embargo, él no será un hacedor. Será simplemente un vehículo, un médium.

El peligro de tus charlas sobre el taoísmo está en que hay muchas personas irresponsables y perezosas que racionalizan sus malos hábitos diciendo que son taoístas inactivos. Por favor, aclara la diferencia que hay entre un taoísta y un escapista perezoso.

Lo primero: hay dos peligros que he mencionado; uno es el egoísmo y el otro la pereza, el letargo. Recuerda, además, que si tienes que caer en una trampa, la de la pereza es mejor que la del egoísmo. Éste es más peligroso; la persona perezosa no hace nada malo; una persona perezosa no puede hacer mal alguno. Nunca hará algo bueno, de acuerdo, pero tampoco hará algo malo. No se ocupará de matar a otros, de torturar a otros, de crear campos de concentración, de ir a la guerra; no se molestará. La persona perezosa dice: «¿Para qué? Si puedo descansar, ¿para qué?». Una persona perezosa no es

peligrosa por naturaleza. La única cosa que puede echar a faltar es su propio crecimiento espiritual, pero ella no interferirá en el crecimiento de los demás; no será un obstáculo. No será un benefactor, pues las personas más maliciosas del mundo son los benefactores. Una persona perezosa está casi ausente. ¿Qué puede hacer? ¿Has oído alguna vez que algún perezoso haya hecho algo malo?

No, el problema real viene del egoísta y esta posibilidad existe para quien hace la pregunta. No te preocupes porque unos cuantos se vuelvan perezosos; déjalos, no hay nada malo. El problema real está en el egoísta, en el que quiere ser espiritual, en el que quiere ser especial, en el que quiere obtener poderes espirituales. El problema real está en el que quiere demostrar al mundo algo espiritualmente. Si tienes que fracasar, elige la pereza. Si no puedes fracasar, si tienes que evitarlo, vale la pena evitar *ambos*.

La pereza es simplemente como el resfriado común; no hay mucho de que preocuparse. El ego es como el cáncer. Es mejor no tener ninguno de los dos, pero si tienes que elegir y quisieras tener un asidero, el resfriado común está bien, puedes depender de él, nunca mata a nadie, nunca ha matado a nadie. Pero no escojas nunca el cáncer... y ésta es la mayor posibilidad.

Ahora bien, la persona que pregunta dice: «El peligro de tus charlas sobre el taoísmo está en que hay muchas personas irresponsables y perezosas...».

La pereza es simplemente como el resfriado común; no hay mucho de qué preocuparse. El ego es como el cáncer. Es mejor no tener ninguno de los dos.

Lo primero: cuando empiezas a pensar en los demás, estás cayendo en una trampa del ego. ¿Quién eres tú para que te metas en la vida de otros? Es su vida. Si se sienten perezosos, ¿quién eres tú para interferir? La persona que pregunta tiene a un benefactor en su ser; le preocupan mucho los demás; esto es algo peligroso. Y, por supuesto, ella desapueba. Esta pregunta tiene una desaprobación: «El peligro de tus charlas sobre el taoísmo está en que hay muchas personas irresponsables y perezosas que racionalizan sus malos hábitos diciendo que son taoístas inactivos». ¿Quién eres tú para decir que sus hábitos son malos?

La pereza como hábito es mejor que estar obsesionado por la actividad. Estar obsesionado por la actividad es demencial. Una persona perezosa puede estar sana. Algunas veces se ha encontrado que las personas más perezosas son las más sanas.

Tengo la impresión de que si la persona que pregunta conociera a Lao Tzu pensaría que es perezoso. Lao Tzu puede parecer perezoso al no pretender nunca fin o propósito alguno. Si la persona que pregunta conociera a Diógenes, pensaría que es perezoso. Si conociera al Buda pensaría que es perezoso. «Sentado debajo de un árbol *bodhi*... ¿qué estás haciendo? Podrías al menos dirigir una escuela primaria y enseñar a los niños, o puedes fundar un hospital y servir a la gente enferma. Hay tanta gente muriendo, pasando hambre... ¿qué estás haciendo aquí, sentado debajo del árbol bodhi?».

Esa persona habría cogido al Buda para llevarle a trabajar. «¿Qué estás haciendo? ¿Sólo sentarte y meditar? ¿Acaso es éste el momento para meditar? ¿Es acaso el momento para sentarse en silencio sin más, y disfrutar de tu dicha? ¡Eso es egoísmo!».

Esta actitud condenatoria es realmente peligrosa: Te hace creer que eres más santo que el otro. «Soy mejor que tú. Tú... ¡perezoso!».

La persona que pregunta continúa enviando preguntas cada día, que no he respondido; cada día: «Esta gente es inútil, son *hippies*».

Esa persona busca un amante, pero no puede encontrar uno aquí porque piensa que nadie aquí... Ella quiere a una “persona correcta” y no puede encontrar aquí a la persona correcta. Aquí son todos “*hippies* y *yuppies*”, y ella quiere a alguien que esté bien establecido. Escribió una carta: «Alguien bien establecido, que tenga una cuenta bancaria, que sea un caballero, un señor, que tenga prestigio, respetabilidad. Aquí todos son unos holgazanes, vagos, errabundos». La persona que pregunta habría rechazado al Buda, habría rechazado a Lao Tzu: ellos no fueron personas “correctas”. Esta persona me escribe: «¡Esta gente de pelo largo!».

Escribe con tal repugnancia que debido a esta repugnancia se ha vuelto una persona muy antipática y así no encontrará un amante. Lo ha estado buscando en Occidente durante un año. Primero fue a buscarlo en América, luego se fue a buscar a un hombre a Israel. No pudo encontrarlo en América; no pudo encontrarlo en Israel. ¡No lo va a encontrar en ninguna parte! Aunque se vaya al cielo, Dios le va a parecer un vagabundo. Esa persona tiene una actitud tan condenatoria que no puede amar a un simple ser humano.

Sí, existen las imperfecciones, existen las limitaciones, pero todo el mundo tiene estas limitaciones. Si quieres amar, tienes que amar a un hombre con todas sus limitaciones. Tú no puedes encontrar a la persona perfecta. La perfección no existe. La existencia no permite la perfección, porque la perfección es muy monótona. Piensa simplemente en lo que es vivir con una persona perfecta... Después de veinticuatro horas te suicidarás. ¿Vivir con una persona perfecta? ¿Cómo sería tu vida? Él sería casi como una estatua de

mármol: muerto. Cuando una persona se vuelve perfecta está muerta. Una persona viva nunca es perfecta, y mi enseñanza tiende básicamente hacia la totalidad y no hacia la perfección.

Sé total y recuerda la diferencia. El ideal de la perfección dice: «Sé de esta manera, sin ira, sin celos, sin ser posesivo, sin imperfecciones, sin limitaciones». El ideal de la totalidad es completamente diferente: si estás enojado, enójate completamente. Si amas, ama por completo. Si estás triste, entristécete completamente. Nada se deniega, únicamente lo parcial se tiene que dejar y así una persona se vuelve hermosa.

Cuando una persona se vuelve perfecta está muerta. Una persona viva nunca es perfecta, y mi enseñanza tiende básicamente hacia la totalidad y no hacia la perfección.

Una persona total es hermosa. Una persona perfecta está muerta.

No estoy tratando de crear *mahatmas* aquí. ¡Ya está bien! Esos *mahatmas* ya han hecho suficientes tonterías en el mundo. Necesitamos gente hermosa, floreciente, fluida, vital. Sí, algunas veces se pondrán tristes, pero ¿qué hay de malo en sentirse triste? Algunas veces se enojarán, pero ¿qué hay de malo en sentirse enojado de vez en cuando? Esto simplemente indica que estás vivo, que no eres una cosa muerta, que no eres un leño a la deriva. Algunas veces peleas, algunas veces lo dejas correr, tal como cambian los climas: algunas veces está lluvioso y lleno de nubes, otras veces está soleado y las nubes han desaparecido. Además se necesitan todas las estaciones: la fría, la caliente, el invierno, el verano; todas las estaciones son necesarias. Y el hombre real, el hombre auténtico tiene todos los climas en su ser, sólo que con un punto de atención: cualquier cosa que hace, la tendría que hacer completamente y con plena atención; eso es todo, es suficiente: ahí tienes una hermosa persona. Pero la persona que pregunta está buscando al hombre perfecto.

Me han contado...

Una vez, un hombre viajó por todo el mundo buscando a la mujer perfecta. Él quería casarse, pero ¿cómo iba a poder aceptar a un modelo imperfecto? Él quería a una mujer perfecta. Regresó después de haber desperdiciado toda su vida porque no pudo encontrarla. Entonces, un día, un amigo le dijo:

—Ahora ya tienes setenta años y has buscado toda tu vida. ¿No pudiste encontrar a una sola mujer perfecta?

El hombre contestó:

—Sí, una vez encontré a una mujer que era perfecta.

–¿Y qué sucedió?

El hombre dijo entristecido:

–¿Qué sucedió? Esa mujer estaba buscando al hombre perfecto, así que no sucedió *nada*.

Recuerda, el ideal de perfección es un ideal egoísta.

Ronald Coleman le contó a Herb Stein la historia de un farsante de Hollywood que hablaba con un acento falso de Oxford, llevaba una insignia falsa de la universidad y pagaba con cheques falsos. Cuando llegó a una situación extrema, decidió suicidarse, así que se fue a los raíles del ferrocarril de Santa Fe. Fumó con calma algunos cigarrillos de importación mientras tres o cuatro trenes de mercancías pasaban resollando. Un vagabundo que lo estaba observando exclamó irónicamente:

–Si lo vas a hacer ¿por qué no de una vez?

–No seas vulgar –respondió el farsante–. Un hombre como yo espera a que pase el talgo.

Un egoísta que se va a suicidar espera que pase el talgo, el mejor tren. Él dice: «No seas vulgar. Un hombre como yo espera a que pase el talgo». Incluso para suicidarse quiere lo perfecto, no quiere un tren de carga.

El matrimonio es como el suicidio: lo puedes llevar a cabo en cualquier parte. No hace falta que esperes a que pase el talgo. La mujer que pregunta está buscando y le resulta imposible –por la forma en que ve las cosas condenándolas– encontrar a alguien a quien amar.

«Por favor, aclara la diferencia que hay entre un taoísta y un escapista perezoso.»

No hay mucha, y si la hay, es tan interna que sólo la persona lo sabrá; tú nunca serás capaz de juzgar desde afuera. Mírame. Yo también soy una persona perezosa. ¿Me has visto alguna vez hacer algo? Es muy difícil saber desde afuera. Además amo a los perezosos... sean o no taoístas: Amo a los perezosos porque nunca ha surgido un Adolf Hitler de un perezoso, ni un Gengis Khan, ni un Tamerlán. Los perezosos han vivido su vida en silencio y han desaparecido sin dejar huella alguna en la historia, sin contaminar la humanidad. No han polucionado la conciencia. Han estado aquí como si no estuvieran. Si eres perezoso y estás alerta... te habrás convertido en un taoísta. Esto no quiere decir que te vuelvas inactivo. Quiere decir simplemente que la actividad obsesiva desaparece. Quiere decir que también te has vuelto capaz de no-hacer.

Una persona preguntó a uno de sus discípulos de un maestro zen:

–¿Qué milagros puede hacer tu maestro?

El discípulo le respondió:

–¿Eres un seguidor de alguien?

–Sí, sigo a un maestro –contestó el hombre–, un gran hacedor de milagros; él puede hacer grandes milagros. Una vez que yo estaba parado en esta orilla del río y él estaba en la otra orilla, me gritó: «Quiero escribir algo en tu libro». El río tenía además un ancho de casi medio kilómetro, así que cogí mi libro, lo alcé y desde la otra orilla él empezó a escribir con su pluma y la escritura llegó a mi libro. Yo he visto este milagro y llevo el libro conmigo; puedes verlo.

El discípulo del otro maestro se rió y dijo:

–Mi maestro puede hacer milagros más grandes.

–¿Qué milagros? –preguntó el hombre.

–Mi maestro puede hacer milagros –contestó el discípulo–, y es tan capaz... *tan capaz* que tiene también la capacidad de no hacerlos.

Tiene también la capacidad de no hacerlos; mira la belleza de esto. Él es tan capaz que también tiene la capacidad de *no* hacerlos.

Un taoísta es una persona que hace sólo aquello que es absolutamente necesario. Su vida es casi como un telegrama. Cuando tú vas a la oficina de correos no escribes una carta larga si quieres enviar un telegrama. Vas recortando el mensaje, lo que se puede recortar aquí y allá, hasta que te quedan nueve o diez palabras, o las que sean. Si escribes una carta nunca escribirás sólo diez palabras. ¿Has observado además una cosa? Un telegrama es más expresivo que cualquier carta. Dice mucho más con muy pocas palabras. Se deja lo innecesario y sólo se conserva lo más necesario.

Un taoísta es telegráfico, su vida es como un telegrama. Lo obsesivo, lo innecesario, lo febril se ha abandonado. Él hace sólo lo que es absolutamente necesario. Y déjame decirte que lo absolutamente necesario es algo tan pequeño que verás a un taoísta casi como si fuera un perezoso.

Recuerda, sin embargo, que no estoy alabando la pereza. Simplemente condeno la actitud egoísta. Estoy más a favor de la pereza que del egoísmo. Pero no estoy a favor de la pereza en sí misma; la pereza tendría que estar llena de atención consciente. Entonces tú estás más allá, tanto de la actividad como de la pereza. Entonces te vuelves trascendental. No eres activo ni inactivo; estás centrado. Haces lo que es necesario, no haces lo que no es necesario. No eres un hacedor ni un no-hacedor. Dejas de concentrarte en el hacer. Eres conciencia.

Un taoísta es telegráfico, su vida es como un telegrama. Lo obsesivo, lo innecesario, lo febril se ha abandonado. Él hace sólo lo que es absolutamente necesario.

Así que, por favor, no tomes lo que he dicho en el sentido de que te estoy ayudando a que seas perezoso. Ser *realmente* perezoso no quiere decir ser inactivo, sino estar tan lleno de energía que te conviertes en un acumulador de energía, perezoso en lo que respecta al mundo, pero tremendamente dinámico interiormente, no indolente.

Un taoísta es perezoso en lo exterior; en lo interior se ha convertido en un fenómeno similar a un río, está fluyendo continuamente hacia el océano. Ha abandonado muchas actividades porque estaban sustrayendo innecesariamente su energía. El peligro siempre está ahí –en todo lo que digo hay peligro–, el peligro de la interpretación. Si digo «Sé activo», existe la posibilidad de que te vuelvas egoísta. Si digo «Sé inactivo», existe la posibilidad de que te puedas volver indolente. La mente es astuta. No deja de interpretar a su manera; no deja de encontrar razones, racionalizaciones, trucos para defenderse a sí misma. Quiere permanecer como es. En eso consiste todo el esfuerzo de la mente: quiere permanecer como es. Si es perezosa quiere seguir siendo perezosa. Si es activa –muy activa, obsesivamente activa–, quiere seguir siéndolo. Por tanto, tienes que ser cuidadoso para no defender tu mente cuando yo diga algo. Tienes que desembarazarte de tu mente.

El hombre entró furioso por la puerta, arrancó a su esposa de las rodillas del extraño y le preguntó iracundo:

–¿Cómo es que lo encuentro besando a mi esposa?

–No lo sé –respondió el extraño–. ¿No será que usted ha regresado a casa antes de lo acostumbrado?

La gente puede encontrar razones. Tú mantén la atención. Y mantén la atención con respecto a tu propia persona, no con respecto a otros. Lo que otros hacen no es asunto tuyo. Ésta tendría que ser una de las actitudes básicas: no pensar en lo que el otro está haciendo. Ésa es su vida. Si él decide vivir así, eso es asunto suyo. ¿Quién eres tú para tener siquiera una opinión al respecto? Incluso tener una opinión significa que estás listo para interferir, que ya has interferido.

Una persona religiosa es aquella que trata de vivir su vida de la mejor forma, de la forma más completa que le es posible, de la forma más atenta que le es posible; lo intenta. Además, no interfiere en la vida de otros, ni siquiera con una opinión.

¿Lo has visto, lo has observado? Si pasas delante de alguien y tienes cierta opinión sobre él, tu cara cambia, tus ojos cambian, tu actitud, tu forma de caminar. Si eres crítico, todo tu ser empieza a irradiar crítica, disgusto.

No, tú estás interfiriendo. Ser verdaderamente religioso implica no interferir. Otorga libertad a las personas; la libertad es su derecho de nacimiento.

Una persona religiosa es aquella que trata de vivir su vida de la mejor forma, más completa que le es posible, de la forma más atenta que le es posible. Además, no interfiere en la vida de otros, ni siquiera con una opinión.

Sucedió una vez que me alojé en casa de uno de mis profesores, de mis maestros. Aunque yo era un estudiante y él mi profesor, había de su parte mucho respeto por mí. Él era un hombre religioso, especial, pero era un bebedor, y cuando estuve en su casa, le dio mucho miedo beber en mi presencia. ¿Qué iba a pensar yo? Yo le observaba, sentía su desasosiego, así que al día siguiente le dije:

–Hay algo en su mente. Si no se relaja me marcharé inmediatamente e iré a un hotel; no me alojaré aquí. Hay algo en su mente. Siento que usted no está relajado; mi presencia está creando algún problema.

–Ya que has planteado el problema –me dio él–, me gustaría contártelo. Nunca te he dicho que bebo muchísimo, pero siempre bebo en casa y me voy a dormir. Ahora que te alojas aquí no quiero beber en tu presencia, y por eso ha surgido el problema. No puedo pasar sin beber, pero no me puedo imaginar bebiendo delante de ti.

Me eché a reír.

–Qué tontería –le contesté–. ¿Qué tengo yo que ver con ello? ¿No me obligará a beber?

–No, jamás.

–Entonces, asunto concluido; el problema está resuelto. Usted bebe y yo le haré compañía. Yo no beberé pero puedo tomar otra cosa, Coca Cola o Fanta. Le haré compañía, usted beba. Le puedo llenar el vaso, puedo ayudarle.

Él no lo podía creer, pensó que yo estaba bromeando, pero cuando por la noche llené su vaso, él empezó a llorar.

–Nunca llegué a pensar que tú no tendrías un juicio sobre esto. Además, yo te he estado observando –dijo–, y tú no tienes ninguna opinión sobre mi forma de beber, sobre mi conducta, sobre lo que estoy haciendo.

–Tener un juicio sobre usted es simplemente una tontería –contésté–. No es algo muy significativo que no tenga un juicio sobre usted. En primer lugar, ¿por qué tendría que tenerlo? ¿Quién soy yo para tenerlo? Su vida le pertenece. Si quiere beber, beba.

Tener un juicio sobre ti significa que, profundamente, de alguna manera, quiero manipularte. Tener un juicio sobre ti significa que, de una manera u otra, tengo un deseo profundo de tener poder sobre la gente. Eso es lo que define a un político. Una persona religiosa no tendría que interferir.

¿Por qué nos aferramos al pasado? ¿Por qué tenemos miedo de lo nuevo?

Existe una razón natural para ello. Con lo viejo uno es eficiente, con lo nuevo uno es torpe. Con lo viejo tú sabes qué hacer; con lo nuevo tienes que aprender a partir del abecedario. Con lo nuevo empiezas por sentirte ignorante. De lo viejo tienes conocimiento, has hecho algo una y otra vez; lo puedes hacer mecánicamente, no necesitas mantener una atención consciente alguna. Con lo nuevo tendrás que estar alerta, consciente; de otra forma puedes equivocarte.

¿No lo has observado? Cuando estás aprendiendo a conducir estás muy atento. Cuando ya has aprendido, te olvidas de ello; cantas una canción, escuchas la radio, hablas con un amigo o tienes mil y un pensamientos mientras que conducir continúa siendo algo mecánico, a la manera de un robot; tú no eres necesario. Lo viejo se vuelve mecánico, habitual. Por eso con lo nuevo viene el temor. Por eso los niños son capaces de aprender. Cuanto más viejo te hagas, menos capacidad tendrás de aprender. Es muy difícil enseñar nuevos trucos a un perro viejo. Él repetirá los viejos trucos una y otra vez, aquellos trucos que conoce.

Una vez me contaron esta historia:

Un diplomático extranjero no sabía hablar inglés, cuando sonó el timbre anunciando el almuerzo en la asamblea de Naciones Unidas, se colocó detrás de un hombre que estaba junto al mostrador y le escuchó pedir pastel de manzana y café, así que también ordenó pastel de manzana y café. Durante las siguientes dos semanas continuó pidiendo pastel de manzana y café. Finalmente, decidió probar otra cosa, así que escuchó atentamente mientras otro hombre pedía un bocadillo de jamón.

–Bocadillo de jamón –le dijo al camarero.

–¿Blanco o de centeno? –le preguntó aquél.

–Bocadillo de jamón –repetió el diplomático.

–¿Blanco o de centeno? –preguntó otra vez el camarero.

–Bocadillo de jamón –repetió el diplomático.

El camarero enrojeció de la ira.

–Mira, Mac –le gritó, sacudiendo su puño cerca de la nariz del diplomático–. ¿Lo quieres con pan blanco o de centeno?

–Pastel de manzana y café –respondió el diplomático.

¿Qué falta hace preocuparse? El asunto se pone muy peligroso, por eso uno sigue con lo viejo. Pero si vives con lo viejo, no vives en absoluto, sólo vives aparentemente.

La vida sólo existe con lo nuevo. Sólo con lo nuevo y *únicamente* con lo nuevo existe la vida. La vida tiene que estar fresca. Sigue siendo un aprendiz, no te conviertas nunca en un entendido. Permanece abierto; no te vuelvas cerrado. Continúa siendo ignorante, no dejes de desprenderte del conocimiento que acumulas, automáticamente, con naturalidad. Cada día, a cada momento, libérate de todo lo que has conocido y vuelve a ser como un niño. Volverse tan inocente, como un niño, es la manera de vivir y de vivir abundantemente.

La vida sólo existe con lo nuevo. Sólo con lo nuevo y *únicamente* con lo nuevo existe la vida.
La vida tiene que estar fresca. Sigue siendo un aprendiz, no te conviertas nunca en un entendido.

SOBRE EL AUTOR

Las enseñanzas de Osho desafían toda clasificación y lo abarcan todo, desde la búsqueda individual de sentido hasta los más urgentes temas sociales y políticos de la sociedad actual. Sus libros no han sido escritos sino transcritos de grabaciones sonoras y vídeos de charlas improvisadas ofrecidas en respuesta a preguntas de discípulos y visitantes, a lo largo de un período de 35 años. El *Sunday Times* de Londres ha descrito a Osho como uno de los «mil artífices del siglo XX», y el autor norteamericano Tom Robbins le ha calificado como «el hombre más peligroso desde Jesucristo».

Acercas de su propia obra, Osho ha dicho que está ayudando a crear las condiciones para el nacimiento de un nuevo tipo de ser humano. Suele tipificar a este nuevo ser humano como «Zorba el Buda», capaz de disfrutar tanto de los placeres terrenales como un Zorba el Griego, como de la silenciosa serenidad de un Gautama el Buda. Discurriendo como un hilo conductor, a lo largo de la obra de Osho hay una visión que abarca la sabiduría eterna de Oriente y el potencial más elevado de la ciencia y tecnologías occidentales.

Osho también es famoso por su revolucionaria contribución a la ciencia de la transformación interior, con un enfoque de la meditación que tiene en cuenta el ritmo acelerado de la vida contemporánea. Sus incomparables «Meditaciones activas» están diseñadas para, en primer lugar, liberar las tensiones acumuladas en cuerpo y mente, de manera que resulte más fácil experimentar el estado relajado y libre de pensamientos de la meditación.

Sobre el autor existe una obra autobiográfica disponible: *Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto* (Kairós, 2001).

RESORT DE MEDITACIÓN OSHO INTERNACIONAL

El Resort de Meditación fue creado por Osho con el fin de que las personas puedan tener una experiencia directa y personal con una nueva manera de vivir, con una actitud más atenta, relajada y divertida. Situado a unos 160 kilómetros al sudeste de Mumbai (antigua Bombay) en Pune, India, el resort ofrece una amplia variedad de programas para los miles de visitantes anuales, procedentes de más de cien países de todo el mundo. En principio desarrollado como lugar de retiro veraniego para los maharajás y los colonialistas británicos, Pune es actualmente una moderna y vibrante ciudad que alberga varias universidades e industrias de tecnología punta. El Resort de Meditación se extiende a lo largo de 13 hectáreas, en un arbolado suburbio conocido como Koregaon Park. El campus del centro proporciona alojamiento de lujo a un número limitado de huéspedes en una nueva *Guesthouse* (casa de huéspedes), y existen además numerosos hoteles y apartamentos particulares en las proximidades que ofrecen la posibilidad de realizar estancias de entre unos pocos días y varios meses.

Los programas del Resort están basados en la visión de Osho acerca del que cualitativamente será un nuevo tipo de ser humano, capaz tanto de participar creativamente en la vida cotidiana como de relajarse en el silencio y la meditación. La mayoría de los programas se desarrollan en instalaciones modernas, provistas de aire acondicionado, e incluyen diversas sesiones individuales, cursos y talleres dedicados tanto a las artes creativas como a tratamientos de salud holísticos, crecimiento personal y terapias, ciencias esotéricas, el enfoque “zen” de los deportes y el esparcimiento, cuestiones relacionales e importantes transiciones en las vidas de hombres y mujeres. A lo largo del año se ofrecen tanto sesiones individuales como talleres grupales, junto con un programa diario de meditaciones. Los restaurantes y cafeterías al aire libre que

existen en el interior de los terrenos del centro sirven comida tradicional india así como una variedad de platos internacionales, en los que se utilizan verduras biológicas cultivadas en la granja del centro. El Resort también cuenta con un suministro propio de agua potable y filtrada. Véase www.osho.com/resort.

MÁS INFORMACIÓN

www.OSHO.com

Un amplio sitio web en varias lenguas, que ofrece una revista, libros, audios y vídeos Osho, y la biblioteca Osho con el archivo completo de los textos originales de Osho en inglés y hindi, y una amplia información sobre las meditaciones Osho. También encontrarás el programa actualizado de la Multiversity Osho e información sobre el Resort de Meditación Osho Internacional.

Para contactar con **Osho International Foundation**, dirígete a www.osho.com/oshointernational. Visita además:

<http://OSHO.com/resort>

<http://OSHO.com/magazine>

<http://OSHO.com/shop>

<http://www.youtube.com/OSHO>

<http://www.oshobytes.blogspot.com>

<http://www.Twitter.com/OSHOtimes>

<http://www.facebook.com/OSHOespanol>

<http://www.flickr.com/photos/oshointernational>

Lecturas recomendadas

Si deseas conocer algo más acerca de Osho, su visión y sus revolucionarias técnicas de meditación puedes leer:

En editorial Kairós:

El ABC de la iluminación

Libro de la vida y la muerte

Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto

Música ancestral en los pinos

La sabiduría de las arenas

Dang, dang, doko, dang

Ni agua, ni luna

El sendero del yoga

El sendero del zen

Dijo el Buda...

Guerra y paz interiores

La experiencia tántrica

La transformación tántrica

Nirvana la última pesadilla

El libro del yoga I y II

En otras editoriales:

Meditación. La primera y la última libertad. (Grijalbo, 2005). Más de 60 técnicas de meditación explicadas en detalle, las meditaciones dinámicas, instrucciones, obstáculos, dudas...

El libro de los secretos. (Gaia Ediciones, 2003). Comentarios sobre el Vigyana Bahirava Tantra. Una nueva visión sobre la ciencia de la meditación.

Tarot Osho Zen. (Gaia Ediciones, 1998).

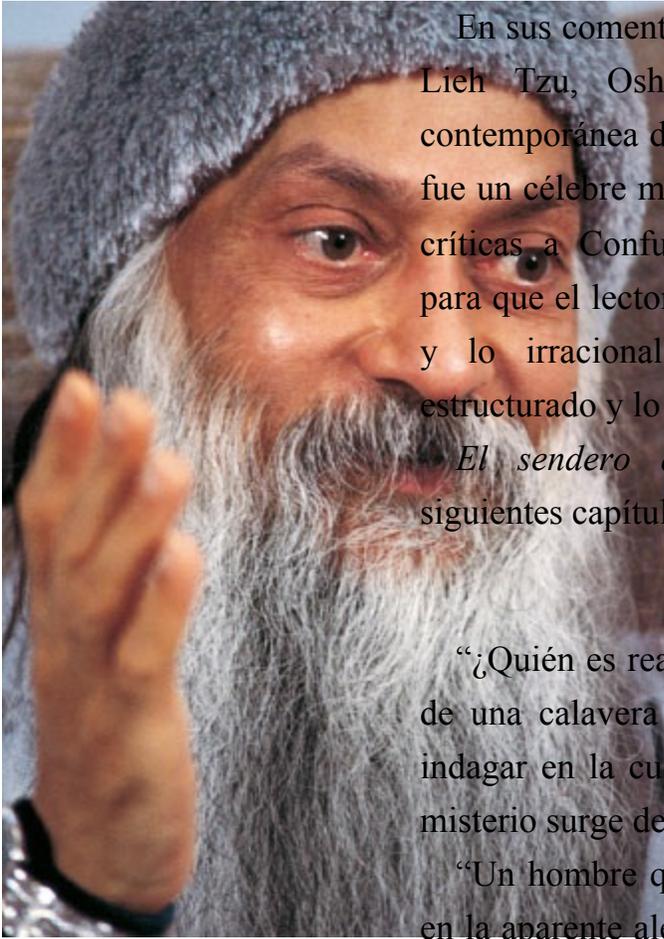
Música

El sello NEW EARTH ofrece en CD todas las músicas de las meditaciones dinámicas diseñadas por Osho con sus respectivas instrucciones. De venta en librerías especializadas y en la página web: <http://newearthrecords.com>

NOTAS

[1] *God* en inglés. (*N. del T.*)

[2] En inglés, *to saw* (sembrar) y *to sew* (coser) tienen una similitud fonética, lo que da lugar al juego de palabras. (*N. del T.*)



© Osho International Foundation

En sus comentarios sobre cinco parábolas tomadas del Lieh Tzu, Osho hace una interpretación fresca y contemporánea de la clásica sabiduría del Tao. Lieh Tzu fue un célebre maestro taoísta del siglo -IV, y sus astutas críticas a Confucio aportan abundantes oportunidades para que el lector explore los contrastes entre lo racional y lo irracional, lo masculino y lo femenino, lo estructurado y lo espontáneo.

El sendero del Tao viene estructurado en los siguientes capítulos:

“¿Quién es realmente feliz?” utiliza el descubrimiento de una calavera humana a la vera de un camino para indagar en la cuestión de la inmortalidad y en cómo el misterio surge de la existencia del ego.

“Un hombre que sabe cómo consolarse” se concentra en la aparente alegría de un monje errante y cuestiona la perdurabilidad de la felicidad a lo largo de los altos y

bajos de la vida.

“Sin arrepentimiento” es una parábola sobre la diferencia entre la sabiduría recogida del exterior y el “conocimiento” que surge desde dentro.

“No hay descanso para los vivos” utiliza un diálogo entre un buscador abatido y su maestro para revelar los límites de la filosofía y las consecuencias catastróficas de vivir en virtud de un objetivo futuro.

“Es mejor estar quieto, es mejor estar vacío” trata de las diferencias entre el sendero de la voluntad, la *vía afirmativa* del cristianismo, el judaísmo y el Islam, y el sendero del místico, la vía negativa de Buddha y de Lao Tzu.

“Acatar la Torá, estar abierto al Tao” es una sección de preguntas y respuestas que, en términos prácticos y concretos, gira en torno a la aplicación cotidiana de la comprensión taoísta.

Osho es un místico contemporáneo cuya vida y enseñanzas han influido en millones de personas de todo el mundo, de todas las edades y de todos los estratos sociales. El *Sunday Times* de Londres lo ha descrito como “uno de los 1.000 hacedores del siglo XX” y el *Sunday Mid-Day* de la India como una de las diez personas (junto a Gandhi, Nehru y Buda) que han cambiado el destino de la India. En la actualidad, la influencia de su enseñanza sigue expandiéndose, interesando cada vez más a buscadores de todo el mundo.

Sabiduría Perenne

Índice

Portada	2
Créditos	3
Sumario	4
Introducción	6
1. ¿Quién es verdaderamente feliz?	9
2. Un hombre que sabe cómo consolarse	31
3. Sin arrepentimiento	53
4. No hay descanso para los vivos	78
5. Es mejor estar quieto, es mejor estar vacío	103
6. Acatar la Torá, estar abierto al Tao (preguntas y respuestas)	124
Sobre el autor	146
Resort de Meditación OSHO Internacional	147
Más información	149
Notas	152
Contracubierta	153